

SEMINARIO EVANGELICO YAVE

LA VIDA Y MINISTERIO DEL APOSTOL PABLO

Capítulo 1

LUGAR DE PABLO EN LA HISTORIA

El hombre necesitado por el tiempo

Hay algunos hombres cuya vida es imposible estudiar sin recibir la impresión de que fueron enviados al mundo expresamente para hacer una obra demandada por las exigencias de la época en que vivieron. Por ejemplo, la historia de la Reforma no puede ser leída sin admirar la disposición providencial por la que hombres tan grandes como Lutero, Zwinglio, Calvino y Knox se levantaron simultáneamente en diferentes partes de Europa con el objeto de romper el yugo del papado y publicar de nuevo el evangelio de gracia. Cuando el avivamiento evangélico, después de haber sido de bendición para Inglaterra, estuvo próximo a romper en Escocia y terminar el triste reino del Modernismo, se levantó con Tomás Chalmers una inteligencia capaz de absorber por completo el nuevo movimiento y de bastante simpatía e influencia para difundirlo hasta en los más remotos confines de su país natal.

Ninguna vida mejor que la del Apóstol San Pablo ha producido esta impresión de que venimos hablando. El fue dado al cristianismo cuando éste se hallaba en los primeros momentos de su historia. El cristianismo, en verdad, no era débil, y ningún hombre puede ser considerado como indispensable para aquel, pues llevaba en sí mismo el vigor de una existencia inmortal y divina que no podía menos de revelarse en el curso del tiempo. Pero si reconocemos que Dios hace uso de los medios que se recomiendan aun a nuestros ojos como adaptados al fin que tiene delante, entonces debemos decir que el movimiento cristiano, en el momento en que se presentó San

Pablo en la palestra, necesitaba en extremo de un hombre de extraordinarias dotes, quien, poseído de genio, lo incorporase en la historia general del mundo; y en Pablo encontró al hombre que necesitaba.

Un tipo del carácter cristiano

El cristianismo obtuvo en Pablo un tipo incomparable del carácter cristiano. En verdad, ya poseía el modelo perfecto del carácter humano en la persona de su fundador; pero él no fue como otros hombres, porque nunca tuvo que luchar con las imperfecciones del pecado; y el cristianismo necesitaba aún demostrar lo que podía hacer de la naturaleza humana imperfecta. Pablo proporcionó la oportunidad para demostrar esto. Naturalmente era de gran fuerza y alcance mental. Aun si nunca hubiera sido cristiano siempre habría sido un hombre notable. Los otros apóstoles habrían vivido y muerto en la oscuridad de Galilea si no hubieran sido elevados a un lugar prominente por el movimiento cristiano; pero el nombre de Saulo de Tarso hubiera sido recordado bajo algún carácter, aun cuando el cristianismo nunca hubiera existido. En Pablo el cristianismo tuvo la oportunidad de demostrar al mundo toda la fuerza que traía consigo. Pablo estaba convencido de esto, aunque lo expresó con perfecta modestia cuando dijo: "Por esto fui recibido a misericordia para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia para ejemplo de los que habían de creer en él para vida eterna".

Su conversión probó el poder del cristianismo para destruir las más fuertes predisposiciones y estampar su propio tipo en una gran naturaleza por una revolución tan instantánea como permanente. La personalidad de Pablo era tan fuerte y original, que de cualquier hombre se hubiera esperado, menos de él, un cambio tan completo; pero desde el momento en que tuvo contacto con Cristo quedó tan dominado por su influencia que por todo el resto de su vida su deseo dominante fue el de ser un mero eco y reflexión de Aquel para el mundo. Pero si el cristianismo demostró su fuerza por la tan completa conquista que hizo de Pablo, no demostró menos su valor en la clase de hombre que de él hizo, cuando Pablo se entregó a su influencia. Satisfizo las necesidades de una naturaleza peculiarmente hambrienta, y nunca, hasta el fin de su vida, reveló en lo más mínimo que esta satisfacción hubiese disminuido. Su constitución original estaba compuesta de materiales; finos: pero el Espíritu de Cristo, pasando a ellos, los levantó a un grado de excelencia del todo sin igual. Ni a él mismo ni a otros le fue dudoso que la influencia de Cristo le hiciera lo que él fue. El verdadero lema de su vida sería su propia frase: "y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí". En verdad, Cristo fue tan perfectamente formado en él que podemos estudiar el carácter de Cristo en el suyo; y los principiantes tal vez pueden aprender mucho más de Cristo por el estudio de la vida de Pablo que por la de Jesús. Había en Cristo mismo una concurrencia tal de todas las excelencias que impidió que su grandeza fuera vislumbrada por el principiante a la manera como por la perfección misma de las pinturas de Rafael quedan decepcionados los ojos sin educación cuando las ven. En Pablo, en cambio, unos pocos de los más grandes elementos del carácter cristiano estuvieron expuestos con tan clara

determinación que ninguno puede dudar de su existencia, así como las características más prominentes de las pinturas de Rubens pueden ser apreciadas por cualquier espectador.

El pensador del cristianismo

En segundo lugar, el cristianismo obtuvo en Pablo un gran pensador. Por el momento esto era especialmente lo que necesitaba. Cristo había partido del mundo, y aquellos a quienes dejó para que le representaran eran pescadores sin instrucción, y la mayor parte sin ninguna notabilidad intelectual. En un sentido, este hecho demuestra una gloria peculiar del cristianismo, porque prueba que no debe el lugar que tiene como una de las grandes influencias del mundo a las habilidades de sus representantes humanos: no por fuerza, ni por poder, sino por el Espíritu de Dios se estableció el cristianismo en la tierra. Sin embargo, si miramos al pasado, claramente podemos ver cuan esencial era que un apóstol de educación y carácter diferentes se levantara.

Cristo una vez por todas había manifestado la gloria del Padre y había completado su obra expiatoria. Pero esto no era suficiente. Era necesario que el objeto de su venida se explicara al mundo. ¿Quién era el que había estado aquí? ¿Qué fue lo que precisamente hizo? A estas preguntas los primeros apóstoles podían contestar con respuestas breves y populares; pero ninguno de ellos tenía el alcance intelectual o la disciplina mental necesarios para responder satisfactoriamente al mundo de las inteligencias. Felizmente no es esencial a la salvación poder contestar a tales cuestiones con exactitud científica. Hay muchos que conocen y creen que Jesús fue el Hijo de Dios y murió para la remisión de los pecados, y que confiando en El como en su Salvador son purificados por la fe, pero que no podrían explicar estas afirmaciones sin caer en equívocos en casi cada frase. Sin embargo, si el cristianismo había de hacer una conquista tanto moral como intelectual del mundo, era necesario para la iglesia haberse explicado exactamente la completa gloria de su Señor y el significado de su obra salvadora. Por supuesto, Jesús había tenido en su mente una comprensión tanto de lo que fue como de lo que hizo, tan clara como la luz del sol. Pero era uno de los aspectos más patéticos de su ministerio terrestre el hecho de que no podía declarar toda su mente a sus seguidores. Ellos no eran capaces de llevarla; eran demasiado rudos y limitados para entenderla. Jesús tenía que llevarse del mundo sus más profundos pensamientos sin haberlos expresado, confiando con una fe sublime en que el Espíritu Santo guiaría su iglesia en el curso de su desarrollo subsecuente. Aun lo que él expresó fue entendido muy imperfectamente. Había una inteligencia, es cierto, en el círculo original de los apóstoles, de las más bellas cualidades y capaz de remontarse a las mayores alturas de la especulación. Las palabras de Cristo penetraron en la mente de Juan, y, después de haber quedado en ella por medio siglo, aparecieron y crecieron en las admirables formas en que las heredamos en su Evangelio y Epístolas. Pero aun la mente de Juan no era apropiada a las exigencias de la iglesia; era demasiado fina, mística y rara. Sus pensamientos son aún hoy día la posesión especial de las inteligencias más ilustradas y espirituales. Se necesitaba de un hombre

de pensamientos más vastos y más sólidos, que bosquejara el primer contorno de las doctrinas cristianas; y tal hombre se encontró en Pablo.

Pablo fue un gran pensador por naturaleza. Su inteligencia fue de extensión y fuerza majestuosas; trabajaba sin descansar; nunca fue capaz de abandonar un asunto que tuviera entre manos, sino cuando lo había perseguido hasta sus primeras causas, y cuando había vuelto de nuevo a demostrar todas sus consecuencias. No le era bastante saber que Cristo fue Hijo de Dios; tenía que descomponer este hecho en sus elementos y entender precisamente lo que significaba. No le bastaba creer que Cristo murió por los pecadores; necesitaba más; tenía que investigar por qué fue necesario que lo hiciera así y cómo su muerte los lavó. Pero no solamente poseía este poder especulativo por naturaleza, sino que su talento fue desarrollado por la educación. Los demás apóstoles eran hombres iliteratos, pero él reunía los más completos adelantos de la época. En la escuela rabínica aprendió la manera de arreglar, afirmar, y defender sus ideas. Tenemos la prueba de todo esto en sus epístolas, que contienen la explicación mejor que el mundo posee del cristianismo. El verdadero modo de verlas es considerarlas como la confianza en las enseñanzas propias de Cristo. Ellas contienen los pensamientos que Cristo no expresó cuando estuvo en la tierra. Por supuesto, Jesús las hubiera expresado de una manera diferente y mucho mejor. Los pensamientos de Pablo en todo tienen el colorido de sus propias peculiaridades mentales; pero en sustancia son los mismos que los de Cristo, si él los hubiera expresado.

Hubo especialmente un gran asunto que Cristo tenía que dejar sin explicación: su muerte. Él no podía explicarlo antes de que sucediera. Este fue el tema principal del pensamiento de Pablo: enseñar por qué la muerte de Cristo fue necesaria y cuáles fueron sus benditos resultados. Pero en realidad no hay ningún aspecto de la vida de Cristo que no fuera penetrado por su mente infatigable e investigadora. Sus trece epístolas, cuando están arregladas en orden cronológico, demuestran que su mente de continuo penetraba más y más en lo profundo del asunto. Los progresos de sus pensamientos fueron determinados en parte por los progresos naturales de su propia experiencia en el conocimiento de Cristo, porque siempre escribió de su propia experiencia; y en parte por las varias formas de error con las cuales tenía que encontrarse constantemente. Estas vinieron a ser medios providenciales para estimular y desarrollar su comprensión de la verdad; así como en la iglesia cristiana la aparición del error ha sido el medio de excitar las más claras afirmaciones de doctrina. Sin embargo, el impulso gobernante de su pensamiento como de su vida siempre fue Cristo; y fue su devoción eterna a este inagotable tema lo que le constituyó en el gran pensador del cristianismo.

En tercer lugar, el cristianismo obtuvo en Pablo al misionero a los gentiles. Es raro encontrar unido el más alto poder especulativo con la mayor actividad práctica; pero en él estuvieron unidas ambas cosas. No solamente fue el pensador más grande de la iglesia, sino el obrero más infatigable que ésta haya poseído. Hemos considerado la tarea especulativa que le aguardaba

cuando se unió con la comunidad de los cristianos. Pero hubo una tarea práctica no menos estupenda que también le aguardaba. Esta fue la evangelización del mundo gentil.

Uno de los grandes objetos de la venida de Cristo fue romper el muro de separación entre judíos y gentiles y hacer las bendiciones de salvación propiedad de todos los hombres sin distinción de raza o idioma. Pero no le fue permitido llevar este cambio a la realización práctica. Fue una de las extrañas restricciones de su vida terrestre, el ser enviado solamente a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Fácilmente puede imaginarse cuánto congenió dicha tarea con su corazón intensamente humano, para llevar el evangelio más allá de los límites de Palestina y proclamarlo de nación en nación. Pero él fue quitado en la mitad de sus días, y tenía que dejar la tarea para sus seguidores.

Antes de la aparición de Pablo en la escena, la ejecución de dicha obra había ya comenzado. Se habían disipado parcialmente las preocupaciones de los judíos, el carácter universal del cristianismo en cierto grado había quedado establecido, y Pedro había dado acceso a los primeros gentiles en la iglesia por el bautismo. Pero ninguno de los primeros apóstoles se había colocado a la altura de la emergencia. Ninguno de ellos pudo comprender la idea de una igualdad perfecta de judío y gentil, y aplicarla a todas las consecuencias prácticas; y ninguno de ellos tenía la combinación de dones necesaria para aventurarse en la conversión del mundo gentil en grande escala. Ellos fueron pescadores de Galilea, bastante aptos para enseñar y predicar dentro de los límites de Palestina; pero más allá de Palestina estaba el gran mundo de Grecia y Roma; el mundo de grandes poblaciones, de poder y cultura, de placeres y ocupaciones. Se necesitaba un hombre de ilimitadas aptitudes, de educación, de inmensa simpatía humana, para ir allá con el mensaje del evangelio. Un hombre que no solamente fuera un judío a los judíos, sino un griego a los griegos, un romano a los romanos, un bárbaro a los bárbaros; un hombre que no solamente se encontrara con rabíes en sus sinagogas, sino con orgullosos magistrados en sus cortes y con filósofos en sus centros de educación; un hombre atrevido, que viajara por tierra y por mar, que demostrara su presencia de ánimo en todas circunstancias y que no se acobardara por dificultad alguna. Ningún hombre de talla semejante perteneció al círculo de los primeros apóstoles, pero el cristianismo necesitaba uno de tales condiciones y lo encontró en Pablo. Originalmente apegado de un modo más estricto que cualquier otro de los apóstoles a las peculiaridades y prevenciones del exclusivismo judaico, apartó su camino del matorral de estas distinciones, aceptó la igualdad de todos los hombres en Cristo, y aplicó inflexiblemente ese principio en todos sus fines. Dio su corazón a la misión entre los gentiles, y la historia de su vida es la historia de cuan sincero fue en su vocación. Nunca hubo tal sencillez de atención y tal entereza de alma. Nunca hubo energía tan incansable y sobrehumana.

Nunca hubo tal acumulación de dificultades tan victoriosamente dominadas, ni de sufrimientos, motivados por la defensa de causa alguna, tan alegremente sobrellevados. En él estaba Jesucristo para evangelizar al mundo, haciendo uso de sus manos y de sus pies, de su lengua, su cerebro, y

su corazón, para hacer la obra que no le había sido posible hacer personalmente a causa de los límites de la misión que tenía que cumplir.

Capítulo 2

SU PREPARACIÓN INCONSCIENTE PARA SU OBRA

Fecha y lugar de su nacimiento

Las personas cuya conversión ha tenido lugar en la edad adulta, suelen ver retrospectivamente hacia el período de su vida anterior a su conversión, con tristeza y vergüenza, y desean que una mano obliteradora lo borre del registro de su existencia. San Pablo experimentó con fuerza este mismo sentimiento; hasta el fin de sus días estuvo rodeado por el espectro de sus años perdidos, y solía decir que él era el menor de todos los apóstoles, que no era digno de ser llamado apóstol, porque había perseguido a la iglesia de Dios. Pero estos pensamientos sombríos sólo son parcialmente justificables. Los propósitos de Dios son muy profundos, y aun en aquellos que no le conocen, puede estar sembrando semilla que solamente germinará y producirá el fruto mucho tiempo después que éstos hayan terminado su carrera impía. Pablo nunca hubiera sido el hombre que llegó a ser, ni hubiera hecho el trabajo que hizo, si en los años precedentes a su conversión no hubiera tenido un curso designado de preparación que lo hiciera apto para su carrera por venir. El no conocía para qué estaba siendo preparado; sus propias intenciones para el futuro eran diferentes de las de Dios; pero hay una divinidad que dispone nuestros fines, y ella lo hizo una flecha aguda para la aljaba de Dios, aunque él no lo sabía.

La fecha del nacimiento de Pablo no se conoce exactamente, pero puede fijarse con aproximación, lo cual es suficiente para el propósito práctico. Cuando en el año 33 d.C. los que apedrearon a Esteban pusieron sus capas a los pies de Pablo, era "un joven". Tal término en verdad, en el original griego es muy amplio y puede indicar una edad comprendida entre veinte y treinta años. En este caso probablemente se refiere, mejor que al primero, al último límite; pues hay razón para creer que en este tiempo, o poco después, fue miembro del concilio, oficio que ninguno que no tuviera treinta años de edad podía obtener; y la comisión que inmediatamente después recibió del concilio para perseguir a los cristianos apenas habría sido confiada a un joven. Treinta años después de haber lamentablemente participado en el asesinato de Esteban, en el año 62 d.C., se hallaba en una prisión en Roma esperando la sentencia de muerte por la misma

causa por la que Esteban había sufrido; y cuando escribía una de sus últimas epístolas, la de Filemón, se llamaba "anciano". Este último término, también, es muy amplio, y un hombre que ha pasado por muchos sufrimientos muy bien puede considerarse de más edad que la que tiene; aunque apenas podría tomar el nombre de "Pablo el anciano" antes de los sesenta años de edad. Estos cálculos nos conducen a creer que nació casi en el mismo tiempo que Jesús. Cuando el niño Jesús jugaba en las calles de Nazaret, el niño Pablo jugaba en las calles de su ciudad natal, al otro lado de las cumbres del Líbano. Parecían tener carreras totalmente distintas; sin embargo, por el arreglo misterioso de la Providencia, estas dos vidas, como caudal que corre de fuentes opuestas, un día, cual río y tributario, habrían de unirse.

El lugar de su nacimiento fue Tarso, capital de la provincia de Cilicia al sudeste del Asia Menor. Estaba a unas cuantas millas de la costa en medio de un llano fértil, y situado sobre las dos orillas del río Cidno, que descendía de las montañas vecinas del Tauro, en cuyas nevadas cimas era la costumbre de los habitantes del país contemplar, en las tardes de verano, desde los techos llanos de sus casas, la belleza de la puesta del sol. Arriba de la ciudad, no lejos de ella, el río se arrojaba sobre las rocas en gran catarata, pero abajo venía a ser navegable, y dentro de la ciudad sus orillas estaban cubiertas de muelles donde se reunían las mercancías de muchos países, mientras los marineros y comerciantes, vestidos según las costumbres de diferentes razas, y hablando diversos idiomas, constantemente se encontraban en las calles. Tarso hacía un comercio extenso en maderas, en las cuales abundaba la provincia, y en el fino pelo de las cabras que a millares eran apacentadas en las montañas vecinas. Este era empleado en hacer una especie de paño burdo y en la fabricación de varios artículos; entre los cuales, las tiendas, como las que después Pablo se ocupaba en coser, formaban un extenso artículo de cambio por todas las costas del Mediterráneo. Tarso era también el centro de intenso transporte mercantil; pues, atrás de la ciudad, un famoso paso llamado las Puertas Milicianas conducía a las montañas de los países centrales de Asia Menor; y Tarso era el depósito adonde se llevaban los productos de estos países para ser distribuidos por el Oriente y el Occidente. Los habitantes de la ciudad eran numerosos y ricos. La mayoría eran cilicianos nativos, pero los comerciantes más ricos eran griegos. Estaba la provincia bajo el dominio de los romanos, viéndose en la capital las señas de su soberanía, aunque Tarso gozaba el privilegio de gobierno propio. El número y variedad de habitantes crecían aún más por el hecho de que Tarso no solamente fue el centro del comercio sino también el asiento de la instrucción. Era una de las tres principales ciudades universitarias establecidas en aquella época, siendo las otras dos Atenas y Alejandría; y se dice que sobrepujaba a sus rivales en eminencia intelectual. En sus calles se veían estudiantes de muchos países, espectáculo que no podía sino despertar en las jóvenes inteligencias pensamientos acerca del valor y objeto de la instrucción.

¿Quién dejará de ver cuan a propósito fue que el apóstol de los gentiles naciera en este lugar? En cuanto él crecía se preparaba inconscientemente para encontrarse con hombres de todas clases y razas, para simpatizar con la naturaleza humana en todas sus variedades, y tolerar la mayor diversidad de hábitos y costumbres. En su vida posterior siempre fue amante de las ciudades. Mientras su Maestro huyó de Jerusalén y gustaba de enseñar en las montañas o en las orillas de

los lagos, Pablo constantemente se movía de una gran ciudad a otra. Antioquia, Efeso, Atenas, Corinto, Roma, las capitales del mundo antiguo, fueron los lugares de su actividad. Las palabras de Jesús' son peculiares del campo y abundan en pinturas de su belleza tranquila y del trabajo del hogar: los lirios del campo, las ovejas que siguen al pastor, el sembrador en el surco, el pescador que arroja sus redes. Pero el lenguaje de Pablo está impregnado con la atmósfera de la ciudad y como activado por el movimiento y confusión de las calles. Su imaginación está poblada de escenas de la energía humana y de movimientos de la vida culta: el soldado con su armadura completa, el atleta en la arena, el constructor de casas y templos, la triunfal procesión del general victorioso. Tan duraderas son las asociaciones del niño en la vida del hombre.

Su hogar

Pablo tenía cierto orgullo por el lugar de su nacimiento, como lo demostró en una ocasión, jactándose de que era ciudadano de una ciudad no baja. Tenía un corazón formado por la naturaleza para sentir el ardor del más vehemente patriotismo. Sin embargo, no era por Cilicia ni Tarso, por lo que este fuego ardía. Era extranjero en la tierra de su nacimiento. Su padre fue uno de los muchos judíos que se esparcieron en aquella época por las ciudades del mundo gentil a causa del tráfico y del comercio. Habían dejado la Tierra Santa, pero no la habían olvidado. Nunca se mezclaron con los pueblos entre quienes vivían; aun en el vestido, alimento, religión y otros muchos particulares permanecieron como un pueblo peculiar. Como regla general eran menos rígidos en sus opiniones religiosas y más tolerantes de las costumbres extranjeras que los judíos que permanecieron en Palestina. Pero el padre de Pablo no fue de los que daban lugar a la relajación de costumbres. Pertenecía a la más estricta secta de su religión. Es probable que haya salido de Palestina no mucho tiempo antes del nacimiento de su hijo; pues Pablo se llamaba a sí mismo "hebreo de hebreos", nombre que parecía pertenecer únicamente a los judíos de Palestina y a los que continuaban en conexión muy íntima con ella. De su madre absolutamente nada sabemos, pero todo parece indicar que el hogar donde Pablo fue educado fue uno de aquellos de donde se han levantado casi todos los eminentes maestros religiosos, un hogar de piedad, de carácter, tal vez de algún principio extremo y fuertemente afecto a las peculiaridades de un pueblo religioso. Tal espíritu fue imbuido en él que, aunque no pudo menos que recibir impresiones innumerables e imperecederas de la ciudad donde nació, la tierra y la ciudad de su corazón eran Palestina y Jerusalén; y los héroes de su imaginación no fueron Curcio y Horacio. Hércules y Aquiles, sino Abraham y José, Moisés, David, y Esdras. Al remontarse hasta el pasado, no fueron los anales oscuros de Cilicia donde él puso los ojos, sino que contempló la corriente clara de la historia de los judíos hasta sus fuentes en Ur de los Caldeos; y cuando pensaba en el futuro, la visión que se levantaba delante de él era el reino del Mesías entronizado en Jerusalén y gobernando las naciones con vara de hierro.

El sentimiento de pertenecer a la aristocracia espiritual lo elevaba sobre la mayoría de aquellos entre quienes vivía, y se profundizó más en él por lo que vio de la religión del pueblo que le

rodeaba. Tarso era el centro de una forma del culto a Baal, de carácter imponente, pero por todo extremo degradante, y en ciertas estaciones del año era el escenario de festividades frecuentadas por toda la población de las regiones vecinas, y acompañadas con orgías de un grado de abominación moral felizmente fuera del alcance de nuestra imaginación. Por supuesto, un niño no pudo ver los abismos de este misterio de iniquidad, pero pudo ver bastante para huir de la idolatría con el oprobio peculiar a su nación y considerar la pequeña sinagoga donde su familia adoraba al Santo de Israel como mucho más gloriosa que los brillantes templos de los paganos. Tal vez a esta primera experiencia podemos atribuir en cierto grado aquellas convicciones de los abismos en donde la naturaleza humana puede caer, y su necesidad de una fuerza redentora omnipotente, que después formaron una parte tan fundamental de su teología y le dieron tanto estímulo en su obra.

Su educación

Ciudadanía romana.

Al fin llegó el tiempo para decidir qué ocupación debía escoger el joven, momento crítico en la vida de todo hombre; y en la de éste, de una decisión trascendental. Quizá la carrera más propia para él hubiera sido la de comerciante; porque su padre se ocupaba en el comercio, los negocios de la ciudad ofrecían precios espléndidos a la ambición mercantil, y la energía propia del joven habría garantizado un éxito brillante. Además su padre tenía una ventaja que darle, especialmente útil para un comerciante: aunque judío, era ciudadano romano; y este derecho daría protección a su hijo en todas partes del mundo romano donde tuviera ocasión de viajar. No podemos decir cómo obtuvo este derecho el padre; pudo ser comprado, ganado por servicios distinguidos al estado, o adquirido de otros varios modos; en todo caso, su hijo nació libre. Fue un valioso privilegio y demostró ser de gran utilidad para Pablo, aunque no de la manera que su padre esperó que lo usara. Pero se decidió que no debía ser comerciante. La decisión puede haberse debido a las decididas opiniones religiosas de su padre, o a la ambición piadosa de su madre, o a su propia predilección; pero se resolvió que iría al colegio para ser un rabí; es decir, ministro, maestro y abogado, al mismo tiempo. Fue una sabia determinación en vista del espíritu y capacidades del joven, y resultó ser de importancia infinita para el futuro de la humanidad.

Fabricante de tiendas

Pero aunque así eludió las oportunidades que parecían llevarlo a un llamamiento secular, sin embargo, antes de ir a prepararse para la profesión sagrada, debía adquirir algunas nociones en

los asuntos de la vida: porque era costumbre entre los judíos, que todo joven, cualquiera que fuese la profesión que iba a seguir, debía aprender algún oficio como recurso en tiempo de necesidad. Esta era una costumbre sabia, porque daba empleo a los jóvenes en una edad en que la molicie es demasiado peligrosa, y enseñaba, en cierto sentido, a los ricos y a los instruidos, los sentimientos de aquellos que tenían que ganar su pan con el sudor de su frente. El oficio a que se dedicó era uno de los más comunes en Tarso, la fabricación de tiendas de pelo de cabra, tejidos por los cuales se había hecho célebre el distrito. Poco pensaron él y su padre, cuando comenzó a manejar el desagradable material, cuan importante iba a serle este oficio en los años subsecuentes. Llegó a ser el medio de su sostenimiento durante sus viajes misioneros, y en el tiempo en que era esencial que los propagadores del cristianismo se sobrepusieran a las sospechas de motivos egoístas, este oficio lo capacitó para sostenerse en una posición de noble independencia.

Sus conocimientos de la literatura griega

Es natural preguntar si, antes de dejar el hogar para ir a obtener su educación como rabí, Pablo asistió a la Universidad de Tarso. ¿Bebió en los manantiales de saber que fluían del monte de Helicón antes de ir a sentarse junto a los que brotaban del de Sión? Del hecho de consignar dos o tres citas de los poetas griegos se ha inferido que le era conocida toda la literatura de Grecia. Pero por otro lado se ha indicado que estas citas eran breves y comunes, tanto que cualquiera que hablara griego tenía que usarlas alguna vez; y el estilo y vocabulario de sus epístolas no son de modelos de la literatura griega sino de los de la Septuaginta, la versión griega de las escrituras hebreas que estaba entonces en uso universal entre los judíos de la época de la dispersión. Probablemente su padre hubiera considerado un pecado permitir que su hijo asistiera a una universidad pagana. Sin embargo, no es verosímil que creciera en un gran asiento de instrucción sin recibir alguna influencia del tono académico del lugar. Su discurso en Atenas demostró que era capaz, cuando lo creía conveniente, de manejar un estilo mucho más elevado que el de sus escritos; y una inteligencia tan sutil no es admisible que permaneciera en ignorancia total de los grandes monumentos del lenguaje en que se reflejaba.

Hubo también otras impresiones que probablemente recibió de la ilustrada Tarso. Su universidad era famosa por esas pequeñas disputas y nulidades que algunas veces turban la calma de los retiros académicos; y es posible que el rumor de las tales haya podido dar el primer impulso al desdén por la astucia de los retóricos y las tempestuosas disputas de los sofistas, que forma un distintivo tan notable de algunos de sus escritos.

Las miradas de la juventud son claras y seguras, y, aunque joven, pudo haber percibido cuan pequeñas son las almas de ciertos hombres y cuan mezquinas sus vidas, aun cuando sus bocas estén llenas de la fraseología más bella.

Su educación rabínica, Gamaliel. Su conocimiento del Antiguo Testamento.

El colegio para la educación de los rabíes judíos estaba en Jerusalén, y allí fue enviado Pablo, cerca de los trece años de edad. Su llegada a la Ciudad Santa pudo haber acontecido en el mismo año en que Jesús a la edad de doce la visitaba por primera vez; y las emociones dominantes del niño de Nazaret, en la primera visita a la capital de su nación, pueden tomarse como un indicio de la experiencia no registrada del de Tarso. Para todo niño judío de disposición religiosa, Jerusalén era el centro universal —las pisadas de los profetas y reyes resonaban en sus calles; recuerdos sagrados y sublimes palpitaban en sus muros y edificios— y brillaba en un horizonte de ilimitadas esperanzas.

Sucedió que en este tiempo el colegio de Jerusalén era presidido por uno de los más notables maestros que habían tenido los judíos. El tal fue Gamaliel, a cuyos pies Pablo nos dice que fue educado. Era llamado por sus contemporáneos la "Hermosura de la Ley", y aún es recordado entre los judíos como el Gran Rabí. Era un hombre de elevado carácter e ilustrado, un fariseo muy apegado a las tradiciones de sus padres. Sin embargo, no era intolerante ni hostil a la cultura griega, como lo fueron algunos de los escrupulosos fariseos. La influencia de tal hombre en el despejado entendimiento de Pablo debe haber sido muy grande; y aunque por algún tiempo el discípulo llegó a ser un intolerante celoso, sin embargo el ejemplo del maestro debe haber tenido algo que ver con la conquista que finalmente superó las preocupaciones.

El curso de instrucción que un rabí' tenía que sostener, era prolongado y peculiar. Consistía enteramente en el estudio de las Escrituras, y de los comentarios de los sabios y maestros acerca de ellas. Las palabras de las Escrituras y las sentencias de los sabios eran aprendidas de memoria; se tenían discusiones acerca de puntos debatibles; y, merced a las numerosas cuestiones que les era permitido suscitar tanto a los discípulos como a los maestros, las inteligencias de los estudiantes se aguzaban y sus opiniones se dilataban. Las relevantes cualidades de la inteligencia de Pablo que fueron conspicuas en su vida ulterior, su maravillosa memoria, la perspicacia de su lógica, la superabundancia de sus ideas, y su manera original de recurrir a cualquier asunto, se desplegaron por primera vez en esta escuela, y excitaron, podemos creer, el ardiente interés de su maestro.

Aquí él mismo aprendió mucho que le fue de gran importancia en su carrera subsiguiente. Aunque con especialidad tenía que ser el misionero de los gentiles, también fue un gran misionero de su propio pueblo. En toda ciudad que visitaba donde había judíos se presentaba desde luego al público de la sinagoga. Su educación como rabí le aseguraba la oportunidad de hablar, y su familiaridad con los modos de pensar y raciocinar de los judíos le habilitaba para dirigirse a sus oyentes de la manera más adaptada para asegurar su atención. Su conocimiento de las Escrituras le capacitaba para aducir pruebas de una autoridad que sus oyentes reconocían ser suprema. Además, estaba destinado a ser el gran teólogo del cristianismo y el principal escritor del Nuevo Testamento. Ahora lo nuevo resultaba de lo antiguo; el uno es en todas sus partes la profecía y el otro el cumplimiento. Pero se requería una mente henchida, no sólo del cristianismo sino del Antiguo Testamento, para dar tal resultado, y en la edad en que la memoria tiene mayor poder de retención Pablo adquirió nociones tan sólidas del Antiguo Testamento que todo lo que contiene estaba a su disposición. La fraseología antiguo testamentaria vino a ser el lenguaje de su pensamiento; literalmente él escribe en citas, y cita de todas partes con igual facilidad: de la ley, de los profetas y de los salmos. Así, fue el guerrero equipado con la armadura y las armas del Espíritu, antes de saber en la defensa de qué causa habrían de emplearlas.

Su desarrollo moral y religioso

Entretanto, ¿cuál era su estado moral y religioso? Estaba estudiando para ser un maestro de la religión. ¿Era él mismo religioso? No lo son todos los enviados por sus padres al colegio con objeto de prepararse para el servicio sagrado; y en cada ciudad del mundo la senda de la juventud está rodeada de tentaciones que pueden arruinar la vida desde el primer momento. Algunos de los más grandes maestros de la iglesia, como San Agustín, han tenido que ver casi la mitad de su vida empañada y cicatrizada por el crimen o el vicio. Tal caída no afeó los primeros años de Pablo; cualesquiera que hayan sido las luchas que en su pecho sostuvo con sus pasiones, su conducta siempre fue pura. En aquella época Jerusalén no era un lugar muy favorable para la virtud. Era la Jerusalén contra cuya santidad exterior, e interior depravación, nuestro Señor, unos pocos años después, arrojó tan duras cuanto merecidas invectivas; era el asiento mismo de la hipocresía donde un joven de carácter algo débil podía aprender la manera de ganar las recompensas de la religión mientras evitaba sus cargas. Pero Pablo se preservó de estos peligros, y después pudo declarar que había vivido en Jerusalén desde el principio en toda buena conciencia.

La ley.

El había llevado consigo desde su hogar la convicción que forma la base de una vida religiosa, es a saber, que las únicas recompensas que dignifican la vida son el amor y el favor de Dios. Esta

convicción creció en él de una manera muy apasionada a medida que entraba en años, y preguntó a su maestro cómo podía ganar tales recompensas. Era obvia la respuesta: guardando la ley. Y esa respuesta fue terrible; porque la ley significaba no solamente lo que entendemos por el término, sino también la ley ceremonial de Moisés, y las mil reglas añadidas a ella por los maestros judíos, cuya observancia hizo de la vida una especie de purgatorio para toda conciencia delicada. Pero Pablo no era hombre que huyera de las dificultades. Él había puesto su corazón en el ventajoso favor de Dios, sin el cual esta vida le parecía un blanco y la eternidad la tiniebla más oscura; y si este era el camino para llegar al término, él deseaba recorrerlo. Sin embargo, en esto no solamente estaban comprendidas sus esperanzas personales; las esperanzas de su nación también dependían de ello, pues era la creencia universal de su pueblo que el Mesías sólo vendría a una nación que guardara la ley, y aun se decía que si un hombre la guardaba perfectamente por un día tan sólo, su mérito traería a la tierra al rey que ellos esperaban. La educación rabínica de Pablo entonces lo encumbró en el deseo de ganar esta recompensa de rectitud, y al dejar el colegio de Jerusalén hizo de esto el propósito de su vida. La resolución del estudiante solitario fue momentánea por el mundo; porque primero probó entre secretas agonías que este camino de salvación era falso, y entonces quiso enseñar su descubrimiento a la humanidad.

Partida de Jerusalén y regreso a ella

No podemos decir en qué año terminó la educación de Pablo en el colegio de Jerusalén, ni adonde fue inmediatamente después. Los jóvenes rabinos después de completar sus estudios salían a la manera que lo hacen hoy los estudiantes de teología, y comenzaban una obra práctica en diferentes partes del mundo judío. Tal vez regresó a Cilicia y allí practicó su vocación en alguna sinagoga. En todo caso, por algunos años estuvo a cierta distancia de Jerusalén y Palestina, porque éstos fueron los mismos años en que se sintió el movimiento religioso de Juan el Bautista y el ministerio de Jesús, y es claro que Pablo no habría estado cerca sin verse envuelto en alguno de estos movimientos, ya como amigo, ya como enemigo.

No mucho tiempo después regresó a Jerusalén. En aquellos tiempos era para los más elevados talentos rabínicos tan natural tender hacia Jerusalén como lo es en los nuestros para los talentos literarios y comerciales superiores tender hacia París o Londres. Llegó a la capital del judaísmo poco después de la muerte de Jesús; y fácilmente podemos imaginarnos las impresiones que recibiría de sus amigos farisaicos, con respecto al evento y a la carrera de aquel modo terminado. No tenemos razón para suponer que tuviera todavía duda alguna de su propia religión. En verdad, de sus escritos inferimos que ya había pasado por varios conflictos mentales muy severos. Aunque la convicción permanecía firme en su mente de que las bendiciones de la vida eran alcanzadas tan sólo por el favor de Dios, sin embargo, sus esfuerzos para alcanzar esta codiciada posición por la observancia de la ley no le habían satisfecho. Por el contrario mientras más se esforzaba por guardar la ley más activas venían a ser las incitaciones del pecado dentro de

él; su conciencia llegó a estar más oprimida con el sentimiento de la culpa; y la paz de un alma llena de reposo en Dios era la recompensa que pedía a sus esfuerzos. No dudaba de las enseñanzas dadas en las sinagogas. Hasta entonces, esto para él tenía la misma autoridad que la historia del Antiguo Testamento, donde veía las figuras de los santos y profetas, los cuales eran la garantía de que el sistema que representaban debía ser divino, y tras el cual vio al Dios de Israel revelándosele en el don de la ley. La razón por la que él creía que no había alcanzado la paz y comunión con Dios, era porque no había luchado bastante contra el mal de su naturaleza ni honrado bastante los preceptos de la ley. ¿No había servicio, entonces, que completara todas las deficiencias y ganara esa gracia en la cual los grandes de otro tiempo habían estado firmes? Tal era el estado mental en que regresó a Jerusalén y se llenó de indignación y asombro al tener noticia de la secta que creía que Jesús, el que había sido crucificado, era el Mesías del pueblo judío.

Estado de la Iglesia Cristiana

El cristianismo tenía sólo dos o tres años de existencia y se desarrollaba muy tranquilamente en Jerusalén. Aunque aquellos que lo habían oído predicar en el Pentecostés habían llevado las nuevas de él a sus hogares, y por lo mismo a muchos distritos, sus representantes públicos, sin embargo, no habían dejado la ciudad de su nacimiento. En el principio las autoridades se habían inclinado a perseguirlo, y a rechazar a sus enseñadores cuando aparecieron en público. Pero cambiaron su opinión y actuando bajo el consejo de Gamaliel resolvieron despreciarlo, creyendo que perecería si lo dejaban solo. Los cristianos por su parte, en cuanto les fue posible, incurrieron en pocas faltas; en lo externo de la religión continuaron siendo judíos estrictos y celosos de la ley, concurriendo al templo para el culto, observando las ceremonias judaicas, y respetando a las autoridades eclesiásticas. Fue una especie de tregua que se concedió a los cristianos por un espacio corto para el crecimiento secreto. En sus cenaderos se reunían los hermanos para partir el pan y para orar a su Señor que había ascendido. Era un hermoso espectáculo. La nueva fe había descendido a ellos como un ángel y fue derramada pura en sus almas, y alentó en sus humildes reuniones el espíritu de paz. Su mutuo amor no tenía límite; estaban llenos de la inspiración del sentido revelador, y cuantas veces se reunían, su Señor invisible aparecía en medio de ellos. Era como el cielo sobre la tierra. Mientras Jerusalén proseguía al derredor de ellos en su curso ordinario de mundanalidad y rigidez eclesiástica, estas almas humildes se felicitaban entre sí con un secreto que no ignoraban contenía las bendiciones de la humanidad y el futuro del mundo.

Pero el reposo no había de durar mucho, y las escenas de paz pronto fueron invadidas con el terror y la matanza. El cristianismo no podía tener tal descanso, porque hay en él una fuerza conquistadora del mundo, que lo impele a todo peligro para propagarse, y la fermentación del nuevo vino del evangelio de libertad, era seguro, que tarde o temprano debía romper las formas de la ley judaica. Al fin se levantó en la iglesia un hombre en quien estaban incorporadas estas tendencias agresivas. Este fue Esteban, uno de los siete diáconos que habían sido nombrados

para velar sobre los negocios temporales de la sociedad cristiana. Era un hombre lleno del Espíritu Santo y poseía dones que la brevedad de su carrera bien podía sugerir, pero que no permitía desarrollarse por sí mismos. Iba de sinagoga en sinagoga predicando el oficio mesiánico de Jesús, y anunciando el advenimiento de la libertad del yugo de la antigua ley. Se encontró con los campeones de la ortodoxia judaica, pero no eran capaces de comprender su elocuencia y celo santo. Sobrepujados en argumentos, ellos empuñaron otra clase de armas y excitaron a las autoridades y al populacho al fanatismo sanguinario.

Una de las sinagogas en las cuales acontecieron disputas de esta clase, fue la de los cilicianos, los paisanos de Pablo. ¿Pudo éste haber sido un rabí en esta sinagoga y uno de los oponentes de Esteban en la argumentación? En todo caso cuando el argumento de la lógica fue cambiado por el de la violencia él estaba al frente. Cuando los testigos que arrojaron las primeras piedras se desnudaban para su obra, pusieron sus vestidos a sus pies. Allí, en el teatro de aquella escena de salvajismo, en el campo del asesinato judicial, vemos su figura que permanecía un poco apartada, y vivamente vuelta contra las masas de perseguidos no recordados en el registro de la fama; a sus pies la confusa mezcla de mantos de variadas clases, y ante su vista el santo mártir, de rodillas en el momento de morir y orando así: "¡Señor, no les imputes tal pecado!".

El perseguidor

Su celo en esta ocasión puso a Pablo prominentemente bajo el conocimiento de las autoridades. Es probable que procurara tener un asiento en el concilio, donde pronto después lo encontramos dando su voto contra los cristianos. De todos modos, este celo hizo que se le confiara la obra de la destrucción completa del cristianismo, a lo cual ahora se habían resuelto las autoridades. El aceptó la proposición, porque creía que era la obra de Dios. Vio con más claridad que cualquier otro que el designio del cristianismo, si se propagaba con potencia, era trastornar todo lo que él consideraba más sagrado. La anulación de la ley era, a sus ojos, la extinción del único medio de ser salvo, y la fe en un Mesías crucificado una blasfemia contra la esperanza divina de Israel. Además tenía un profundo interés personal en la tarea. Hasta ahora se había esforzado en agradar a Dios, pero siempre sintió que sus servicios eran cortos; aquí hubo una oportunidad para recuperar todos los atrasos por medio de un espléndido acto de servicio. Fue la agonía de su alma lo que hizo enérgico su celo. En todo caso no era hombre que hiciera las cosas a medias; y se arrojó temerario a su empresa.

Terribles fueron las escenas que sucedieron. Voló de sinagoga en sinagoga y de casa en casa, arrastrando hombres y mujeres, que fueron puestos en prisión y castigados. Parece que algunos fueron condenados a muerte y a los más infames ultrajes de la plebe; otros fueron obligados a

blasfemar del nombre del Salvador. La iglesia de Jerusalén fue esparcida, y los miembros que escaparon de la ira del perseguidor se desbandaron por los países y provincias vecinas.

Parece demasiado llamar a esto el último período de la preparación inconsciente de Pablo para su carrera apostólica, pero en verdad así fue. Al entrar en la carrera de perseguidor iba en derechura por la línea del credo en el cual había sido educado, y esta era su reducción a lo absurdo. Además, por la obra de gracia de Aquel, cuya gloria más alta es traer del mal el bien, resultó que estos hechos tristes engendraron en la mente de Pablo una humildad tan grande, una voluntad tal para servir al menor de los hermanos de quienes había abusado, y un celo por redimir el tiempo perdido que más tarde fueron los estímulos de su actividad en la nueva carrera que emprendió.

Capítulo 3

SU CONVERSIÓN

La severidad de su persecución

La esperanza del perseguidor era exterminar completamente el cristianismo. Pero él comprendía poco de la índole de este último. No sabía que crece por la persecución, y que la prosperidad a menudo le ha sido fatal, más la persecución nunca. "Los que eran esparcidos iban por todas partes predicando la palabra." Hasta entonces la iglesia había estado limitada dentro de los muros de Jerusalén; pero ahora, en toda Judea y Samaria, y en la lejana Fenicia y Siria, el faro del evangelio comenzó a esparcir luz entre las tinieblas, y en muchos pueblos y aldeas dos y tres se reunían en un salón, para impartirse unos a otros el gozo del Espíritu Santo.

Podemos imaginarnos cuánta ira sentiría el perseguidor ante la noticia de estas erupciones del fanatismo que él había esperado demoler. Pero él no era persona capaz de darse por vencida, y resolvió perseguir a los que eran objeto de su odio aun en los más oscuros y apartados escondites. De consiguiente, en cada ciudad, una después de otra, aparecía, armado con los aparatos del inquisidor, para llevar a cabo su sanguinario propósito. Habiendo oído que Damasco, la capital de Siria, era uno de los lugares donde los fugitivos habían encontrado refugio, y que llevaban adelante su propaganda entre los numerosos judíos de aquella ciudad, él fue al príncipe de los sacerdotes, quien tenía jurisdicción sobre los judíos tanto fuera como

dentro de Palestina, y obtuvo cartas que le autorizaban para perseguir y traer atados a Jerusalén a todos los que allí encontrara que hubiesen aceptado el nuevo camino.

Dando coces contra el aguijón

Al verlo partir para un viaje que debía ser tan importante, es muy natural que nos preguntemos: ¿Cuál era el estado de su mente? Tenía inclinaciones nobles y corazón tierno; pero la obra en que estaba comprometido puede suponerse que sólo podría congeniar con hombres de los más brutales sentimientos. Entonces, ¿no había sentido algún remordimiento? Aparentemente no. Se nos dice que, al andar por ciudades extranjeras en persecución de sus víctimas, se sentía excesivamente airado contra ellas; y cuando se dirigía a Damasco todavía respiraba amenazas y deseos de matanza. Estaba a cubierto de la duda por medio de su reverencia hacia los objetos que corrían peligro con la herejía; y si tenía que actuar contra sus sentimientos naturales y ultrajarlos con la sangrienta misión, ¿no era su mérito tanto mayor?

Pero en su viaje la duda por fin asaltó su mente. Era un viaje muy largo, de más de 180 millas, y con los medios lentos y cansados de locomoción que entonces se usaban, tardan cuando menos seis días en realizarlo. Una parte considerable de este tiempo temía que ocuparla en atravesar un desierto donde nada había que distrajera su mente y alterara su reflexión. La duda, pues, se levantó en esta inacción involuntaria. ¿Qué otra cosa puede significar la palabra con la que el Señor le saludó: "Dura cosa te es dar coces contra el aguijón"? Esta figura de lenguaje fue tomada de la costumbre de los países orientales: el boyero lleva en la mano una garrocha terminada en aguda punta de hierro, de la cual se sirve para hacer andar al animal, para hacerlo pararse, cambiar de dirección, etc.; si el buey es rebelde, da coces contra la garrocha, lastimándose y enfureciéndose con las heridas que recibe. Este es el vivo retrato de un hombre herido y atormentado por los remordimientos de su conciencia. Había algo en él que se rebelaba contra la corriente de la humanidad, en la que su barquilla iba flotando, y le sugería que estaba peleando contra Dios.

No es difícil concebir de donde se levantaron estas dudas. Él era discípulo de Gamaliel el abogado de la humanidad y de la tolerancia, y quien había aconsejado al concilio que dejaran a los cristianos. El mismo era demasiado joven todavía para haber endurecido y acostumbrado su corazón a todo lo desagradable de obra tan horrible. Por muy grande que fuera su celo religioso, la naturaleza no pedía menos que hablar por fin. Pero probablemente sus remordimientos se despertaron con especialidad a causa de la conducta de los cristianos. Él había oído la noble defensa de Esteban, y había visto brillar su rostro como el de un ángel, en la Cámara del Consejo. Le había visto arrodillarse en el campo de la ejecución, y orar por sus asesinos. Sin duda en el curso de sus persecuciones había sido testigo de otras escenas parecidas. ¿Parecían

estas gentes enemigas de Dios? Habiendo penetrado en sus hogares para llevarlos a la cárcel, adquirió algunas ideas acerca de la vida social de los cristianos. Estas escenas de pureza y amor ¿podrían ser el producto del poder de las tinieblas? Aquella serenidad con que sus víctimas iban al encuentro de su destino cruel ¿no parecía la misma paz por la que él había en vano suspirado? Los argumentos de los cristianos también deben haber hablado a una mente como la suya. El había oído a Esteban probar por las Escrituras que era necesario que el Mesías sufriese; y el tenor general de la apologética de los primitivos cristianos demuestra que en su prueba deben haber apelado a pasajes como el 53 de Isaías, donde se predice una carrera al Mesías admirablemente parecida a la de Jesús de Nazaret. El había oído de los labios' cristianos incidentes de la vida de Cristo que representaban un personaje muy diferente del que mostraban los retratos bosquejados por sus informadores fariseos; y las palabras que los cristianos citaban de su Maestro no sonaban como el lenguaje del fanático, como creía a Jesús.

Su visión de Cristo

Tales son algunas de las reflexiones que agitaban al viajero mientras caminaba sumido en triste meditación. Pero ¿no serían éstas meras sugerencias de la tentación, de la fantasía calenturienta de una mente cansada, o de un espíritu malo que quería retraerlo del servicio de Jehová? La vista de Damasco, brillante como una joya en el corazón del desierto, lo sacó de su abstracción. Allí, en compañía de rabíes cariñosos, y en la excitación del esfuerzo, arrojaría de sí estos fantasmas nacidos con la soledad. Así pues se apresuró a caminar, y el sol de mediodía le alumbraba, urgiéndole a llegar a las garitas de la ciudad.

La noticia de la venida de Saulo había llegado a Damasco antes que él; y el pequeño rebaño de Cristo hacía oración para que se impidiera, si fuera posible, la aproximación del lobo que estaba en camino para atacar el redil. Sin embargo, cada vez estaba más y más cerca; había llegado a la última jornada de su viaje, y a la vista del lugar que contenía sus víctimas crecía e! apetito por su presa. Pero el buen pastor había oído los gritos de su rebaño afligido, y se adelantó a encontrar al lobo por el bien de las ovejas. Repentinamente, a mediodía, mientras que Saulo y su compañía cabalgaban hacia la ciudad bajo el ardiente sol siriaco, una luz, que debilitó aun el brillo del gran astro, resplandeció alrededor de ellos, un golpe hizo vibrar la atmósfera, y en un momento se hallaron postrados en tierra. Lo demás sólo fue para Pablo. Una voz sonó en sus oídos: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? ". Pablo miró hacia arriba y preguntó a la radiante figura que le había hablado: "¿Quién eres, Señor?". Y la respuesta fue: "Yo soy Jesús, a quien tú persigues".

El lenguaje en que Pablo se expresaba después al hablar de este suceso, nos prohíbe pensar que hubiera sido una mera visión de Jesús lo que él vio. La consideró como la última aparición del Salvador a sus discípulos, y la coloca en el mismo lugar que las apariciones a Pedro, a Santiago,

a los once y a los quinientos. Fue en realidad Cristo Jesús, investido de su humanidad glorificada, quien dejó su lugar, donde quiera que esté en los espacios del universo donde él está sentado en su trono mediatorio. para mostrarse a este discípulo electo, y la luz que sobrepujó a la del sol no fue otra que la gloria en que su humanidad está envuelta. Las palabras dirigidas a Pablo suministran una evidencia incidental de esto. Esas palabras fueron dichas en hebreo, o más bien en arameo, la misma en que Jesús había acostumbrado dirigirse a las multitudes en el lago y para conversar con sus discípulos en las soledades del desierto; y como en los días de su encarnación solía abrir su boca en parábolas, así ahora revistió su reprensión con una fuerte metáfora, "dura cosa te es dar coces contra el aguijón".

Efectos de su conversión sobre su pensamiento

Sería imposible exagerar lo que pasó en la mente de Pablo en este solo instante. No es sino un modo ordinario el que tenemos de dividir el tiempo por el reloj, en minutos y horas, días y años, como si cada porción así medida fuera del mismo tamaño que otras de igual extensión. Esto puede adaptarse bastante bien para los fines comunes de la vida, pero hay medidas más finas para las que es completamente inconducente. El tamaño real de cualquier espacio de tiempo debe medirse por la suma en cantidad y el valor en calidad de las experiencias adquiridas por el alma; ninguna hora es exactamente igual a otra, y hay simples horas que son más grandes que los meses. Así medido, este solo momento de la vida de Pablo fue tal vez- más largo que todos sus años precedentes. El deslumbramiento de la revelación fue tan intenso que muy bien pudo haber fogueado el ojo de la razón y aun quemado la vista misma, como la luz externa deslumbró los ojos de su cuerpo hasta la ceguera. Cuando sus compañeros se recobraron y volvieron a su jefe, descubrieron que había perdido la vista, y tomándolo por la mano lo condujeron a la ciudad. ¡Qué cambio se efectuó! En vez del orgulloso fariseo que caminaba por las calles con la pompa de un inquisidor, un hombre afligido, temblando, andando a tientas, pendiente de la mano de su guía, llega a la posada entre la consternación de los que lo recibieron, y tiene que pedir apresuradamente un cuarto donde pueda pedirles que lo dejen solo. Allí queda en medio de la oscuridad, abandonado a sus meditaciones.

Pero aunque la oscuridad reinaba exteriormente, en lo interior había luz. La ceguera le había venido con el propósito de excluirlo de distracciones exteriores y hacerlo capaz de reconcentrarse en el asunto que se había presentado a su mirada interna. Por la misma razón, ni comió ni bebió por tres días. Estaba demasiado absorto en los pensamientos que se agrupaban en su mente de un modo rápido y continuo.

En estos tres días, puede decirse con seguridad, que obtuvo comprensión, cuando menos en parte, de todas las verdades que después proclamó al mundo, porque toda su teología no es más

que la explicación de su propia conversión. Su vida previa entera cayó en fragmentos a sus pies. A él mismo le pareció que, a pesar de sus imperfecciones, estaba en la línea de la voluntad de Dios. Pero muy lejos de esto, ella se había arrojado en oposición diametral de la voluntad y revelación de Dios, y ahora había sido parada y rota en pedazos por la colisión. Aquello que le había parecido la perfección del servicio y obediencia, envolvió su alma en la culpa de blasfemia y sangre inocente. Tal había sido la consecuencia de buscar la justificación por las obras de la ley. En el mismo instante en que su justificación parecía al fin haberse vuelto a la blancura tanto tiempo deseada, fue cogida en la llama de esta revelación, y tornada en tinieblas. Había sido un equívoco, pues, desde el principio hasta el fin. La justificación no había de obtenerse por la ley, sino solamente la culpa y la condenación. Este era el resultado inequívoco, y llegó a ser uno de los polos de la teología de Pablo.

Pero mientras su teoría de la vida caía así en pedazos, con un estampido que por sí solo hubiera agitado su razón, en el momento mismo le sobrevino una experiencia contraria. Jesús de Nazaret le apareció sin cólera ni venganza, como se hubiera esperado que apareciera al enemigo mortal de Su causa. La primera palabra hubiera sido una demanda de retribución, y su primera podría haber sido su última. Pero en vez de esto, su rostro había aparecido lleno de divina benignidad, y sus palabras de consideraciones para su perseguidor. En el momento en que la divina fuerza lo arrojó en tierra, se sintió circundado de divino amor. Esta era la recompensa por la que en vano él había luchado todo el tiempo de su vida, y ahora la obtenía al descubrir que sus luchas habían sido combates contra Dios. Fue levantado de su caída en los brazos del amor divino; fue reconciliado y aceptado para siempre. Cuanto más pasaba el tiempo tanto más seguro estaba él de esto. Sin esfuerzo, encontró en Cristo la paz y la fuerza moral que en vano había buscado. Y esto vino a ser el otro polo de su teología: que la justificación y la fuerza se encuentran en Cristo, sin las obras de los hombres, por la mera confianza en la gracia de Dios y aceptación de su dádiva. Mucho más había entre estos dos extremos, y la adquisición de su contenido era cuestión de tiempo; pero el sistema del pensamiento de Pablo siempre ha girado dentro de estos polos.

Efectos de su conversión en su destino

Los tres días de oscuridad no le vinieron sino después de conocer una cosa: que debía dedicar su vida a la proclamación de estos descubrimientos. En cualquier caso lo mismo hubiera sucedido. Pablo nació propagandista, y no llegaría a ser el poseedor de verdad tan revolucionaria sin difundirla. Además, tenía un corazón ardiente, susceptible de ser conmovido por la gratitud; y cuando Jesús, de quien él blasfemaba y cuya memoria había tratado de borrar del mundo, lo trató con divina benignidad, volviéndole de su existencia desastrosa y colocándole en aquella posición que ya le había parecido el premio de la vida, sintió que no podía menos que dedicarse a su servicio con todos sus poderes. Era un exaltado patriota. Para él, la esperanza del Mesías había ocupado todo el horizonte del futuro; y cuando conoció que Jesús de Nazaret era el Mesías de su

pueblo y el Salvador del mundo, se deducía naturalmente que debía gastar su vida en dar a conocer a este Mesías.

Pero su destino también le fue anunciado claramente desde el exterior. Ananías, con toda probabilidad el principal en la pequeña comunidad de los cristianos de Damasco, fue informado en visión del cambio que había acontecido en Pablo y enviado para restaurarle la vista y admitirle en la iglesia cristiana por el bautismo. Nada más hermoso que la manera como este siervo de Dios se acercó al hombre que había venido a la ciudad para matarlo. Tan luego como conoció el estado del caso perdonó y olvidó todos los crímenes del enemigo, y se apresuró a recogerlo en los brazos del amor cristiano. Seguro como estaba Pablo del perdón en su ser íntimo, debe haber sido para él gratísimo consuelo, al abrir de nuevo sus ojos a la luz del mundo externo, no encontrar contradicción alguna que empañara las visiones que había tenido, sino, por el contrario, ver desde luego un rostro humano inclinándose a él con miradas de perdón y amor sincero. Aprendió de Ananías que había sido tomado por Cristo para ser el vehículo de Su nombre a gentiles y reyes y a los hijos de Israel. Aceptó la misión con devoción infinita, y desde entonces hasta la hora de su muerte no tuvo más que una ambición: conseguir aquello para lo que Cristo Jesús le había adquirido.

Capítulo 4

SU EVANGELIO

Su permanencia en Arabia

Cuando un hombre ha sido repentinamente convertido, como Pablo, por lo general es guiado por un fuerte impulso a dar testimonio de su caso. Tal testimonio es muy impresionante, porque es el de un alma que está recibiendo sus primeras luces de las realidades del mundo invisible; y hay tal viveza en el informe que da de ellas, que produce los efectos irresistibles de la realidad y la evidencia. No podemos decir con certeza si Pablo se entregó de una vez a este impulso o no. El lenguaje del libro de los Hechos, donde se dice que "luego predicó a Cristo en las sinagogas", nos conduciría a suponerlo. Pero aprendemos de sus escritos, que hubo otro impulso poderoso que al mismo tiempo tenía influencia sobre él; y es difícil averiguar a cuál de los dos obedeció primero. Este impulso fue el deseo de retirarse a la soledad y profundizar el significado y los resultados de lo que le había acaecido. No sería extraño que él considerara esto como una

necesidad. Había sido ejemplarmente leal a su primer credo y lo había consagrado todo a él; pero verlo de repente despedazado debe haber sido cosa que le trastornó de un modo muy severo. La nueva verdad que le había iluminado fue tan penetrante y revolucionaria que no podía ser entendida de una vez en todas sus relaciones. Pablo era un pensador de nacimiento. No le era suficiente experimentar alguna cosa; tenía que comprenderla y ajustarla a la estructura de sus convicciones. Por este motivo, inmediatamente después de su conversión, partió, según él mismo nos lo dice, para Arabia. En verdad no expresa el objeto que le llevó allá; pero como no hay ningún registro de sus predicaciones en aquel país, y la declaración de su viaje se halla en medio de una vehemente defensa de la originalidad de su evangelio, podemos concluir con una muy considerable certeza, que se retiró con el fin de comprender las relaciones y los detalles de la revelación de que había sido hecho poseedor. En el silencio de su retiro solitario formuló su importantísima consulta, y cuando volvió a los hombres, ya estaba en posesión de aquel juicio del cristianismo que tan peculiar le fue, y que más tarde formó el tema de sus predicaciones.

Hay alguna duda en cuanto al lugar preciso de su retiro, porque *Arabia* es una palabra de vago y variable significado. Pero más probablemente denota la Arabia de las peregrinaciones, cuyo punto de cita principal! fue el Monte Sinaí. Era éste un recinto santificado por grandes memorias y por la presencia de varios de los prohombres de la revelación. Aquí Moisés había visto la zarza ardiendo, y se había comunicado con Dios en la cima de la montaña. Aquí Elías se había retirado, perdida la esperanza, y bebido de nuevo en las fuentes de la inspiración. ¿Qué lugar hubiera sido más a propósito para las meditaciones de este sucesor de aquellos hombres de Dios? En los valles donde el maná cayó, y a la sombra de las cumbres que habían ardido a los pies de Jehová, profundizó el problema de su vida. Es un gran ejemplo, pues la originalidad en la predicación de la verdad religiosa depende de la intuición solitaria de ella. Pablo gozó de la especial inspiración del Espíritu Santo; pero esto no hizo innecesaria la actividad concentrada de su mente, sino la hizo más intensa; y la claridad y certidumbre de su evangelio fueron debidas a estos meses de meditación en el desierto. Su retiro puede haber durado un año o más; porque entre su conversión y su partida final de Damasco, adonde volvió desde Arabia, pasaron tres años, y uno de ellos, a lo menos, fue empleado en el camino.

No tenemos registro detallado de cuáles eran los bosquejos de su evangelio, hasta un período muy posterior a éste; pero como dichos bosquejos, cuando se distinguen por primera vez, son sólo un trasunto de las características de su conversión, y como su intelecto trabajó mucho y poderosamente en la interpretación de este evento en aquel período, no puede dudarse de que el evangelio bosquejado en las Epístolas a los Romanos y a los Calatas era en sustancia el mismo que había predicado desde el principio. Estamos seguros en inferir de estos escritos nuestra historia de sus meditaciones en Arabia.

El fracaso de la justificación humana

El punto de partida del pensamiento de Pablo era todavía la convicción, heredada de generaciones piadosas, de que el verdadero fin y la felicidad del hombre consisten en gozar del favor de Dios. Este fin había de ser alcanzado por la justicia: solamente con los justos podía Dios estar en paz; y solamente a ellos podía favorecer con su amor. Por esta razón, alcanzar la justicia debía ser el móvil principal del hombre.

Pero el hombre no había alcanzado la justicia, y por ello había perdido el favor de Dios, y se había expuesto a su ira. Pablo prueba esto llamando la atención hacia el cuadro de la historia de los hombres en los tiempos precristianos, en sus dos grandes secciones, la de los gentiles y la de los judíos.

El fracaso de los gentiles.

Los gentiles fracasaron. Podía, en verdad, suponerse que no habían tenido las condiciones preliminares para buscar la justicia, porque no gozaron de la ventaja de una revelación especial. Pero Pablo sostiene que aun los gentiles conocen bastante de Dios para tener conciencia del deber de buscar la justicia. Hay una revelación natural de Dios en sus obras, y en el íntimo sentido humano, suficiente para iluminar a los hombres en cuanto a este deber. Pero los gentiles, en vez de hacer uso de esta luz, la extinguieron culpablemente. No quisieron retener a Dios en su conocimiento ni conformarse con las restricciones que esta sola noción les imponía. Corrompieron la idea de Dios para proporcionarse los goces de una vida inmoral. La venganza de la naturaleza vino sobre ellos en el oscurecimiento y la confusión de sus inteligencias. Cayeron en la insensatez de cambiar la naturaleza gloriosa e incorruptible de Dios en la imagen de hombres y bestias, aves y reptiles. A esta degeneración intelectual siguió una degeneración moral más profunda. Dios, cuando ellos le abandonaron, les abandonó a ellos también; y cuando su gracia restrictiva fue quitada, cayeron en los abismos de la podredumbre moral. La concupiscencia y la pasión les dominaron, y su vida llegó a ser una masa de enfermedades morales. Hacia el fin del primer capítulo de la epístola a los Romanos las características de su condición son bosquejadas en colores que podían haberse tomado de la habitación de los demonios, pero que fueron tomados literalmente, como se prueba con toda claridad por las páginas aun de los historiadores gentiles, de la condición de las naciones paganas cultas en aquel tiempo. Esta, entonces, era la historia de una mitad del género humano: había caído enteramente de la justicia, y se expuso a la ira de Dios, que es revelada del cielo contra toda injusticia de los hombres.

El fracaso de los judíos.

Los judíos componían la otra mitad del mundo. ¿Habían tenido éxito donde los gentiles habían fracasado? Gozaron, en verdad, de grandes ventajas sobre los gentiles, porque poseyeron los oráculos de Dios, en los cuales la naturaleza divina fue exhibida en una forma que la hizo inaccesible a la perversión humana, y la ley divina fue escrita con igual claridad en la misma forma. ¿Pero habían aprovechado estas ventajas? Una cosa es saber la ley, y otra cumplirla; y la justicia consiste en cumplirla, no en saberla. Entonces, ¿habían cumplido la voluntad de Dios, la cual conocieron? Pablo había vivido en la misma Jerusalén en donde Jesús atacó la corrupción e hipocresía de los escribas y fariseos; había examinado íntimamente las vidas de los representantes de su nación; y no vacila en acusar a los judíos en masa de los mismos pecados que a los gentiles; va todavía más allá: dice que por ellos el nombre de Dios fue blasfemado entre los gentiles. Se jactaban de su conocimiento, y de ser los que llevaban la antorcha de la verdad, cuya llama resplandeciente sacó a luz los pecados de los paganos. Pero su religión era una crítica amarga de la conducta de otros. Se olvidaron de examinar su propia conducta a la luz de la misma antorcha; y mientras repetían, "no hurtes", "no cometas adulterio", y una multitud de otros mandamientos, ellos mismos eran culpables de estos pecados. En estas circunstancias, ¿qué bien reportaban de sus conocimientos? Solamente les condenaron más; porque su pecado era en contra de la luz. Mientras los paganos conocían tan poco que sus pecados eran comparativamente inocentes, los pecados de los judíos eran conscientes y presuntuosos. La superioridad de que se jactaban se convirtió por esta razón en inferioridad. Fueron mucho más condenados que los gentiles a quienes despreciaron, y se expusieron a una maldición más pesada.

La caída, la causa fundamental del fracaso

La verdad es que tanto los gentiles como los judíos habían fracasado por una misma razón. Seguid estas dos corrientes hasta los manantiales de su origen y llegaréis a un punto donde no son dos corrientes sino una. y antes que la bifurcación aconteciera, algo había sucedido que predeterminó el fracaso de ambos. En Adán todos cayeron, y de él todos, tanto gentiles como judíos, heredaron una naturaleza demasiado débil para alcanzar la justicia. La naturaleza humana es carnal ahora, no espiritual. Y por esto no es capaz de esta acción espiritual suprema. La ley no pudo alterar esto; no tuvo poder creador para hacer de lo carnal espiritual; al contrario agravó el mal; en realidad, multiplicó las ofensas, porque su descripción plena y clara de los pecados, que hubiera sido una incomparable guía para la naturaleza normal y sana, se convirtió en tentación para la naturaleza morbosa. El mismo conocimiento del pecado impele a hacerlo; el mismo mandamiento de no hacer alguna cosa es para la naturaleza enferma una razón de hacerla. Este fue el efecto de la ley: multiplicó y agravó las transgresiones y este fue el intento de Dios. No que fuera el autor del pecado, sino que como un hábil médico, que algunas veces tiene que usar ciertas medicinas para madurar una llaga antes de curarla, así Dios permitió que los paganos siguieran su propio camino, y dio a los judíos la ley para que el pecado de la naturaleza humana exhibiera todas sus cualidades inherentes antes de intervenir en su curación. La curación, sin embargo, fue su constante y real propósito; les encerró a todos bajo el pecado para tener de todos también misericordia.

La justificación de Dios

La desesperación del hombre fue la oportunidad para Dios. No, en verdad, en el sentido de que habiendo fracasado un modo de salvación, Dios inventara otro. La ley nunca, en su intento, había sido un modo de salvación; fue solamente un medio de ilustrar la necesidad de la salvación. Pero el momento en que esta demostración llegó a ser completa, fue la señal para que Dios manifestara el método que había guardado en su consejo durante las generaciones de la prueba humana. Nunca había sido su intento permitir que el hombre fracasara en su verdadero fin, solamente dio tiempo para probar que el hombre caído nunca podía alcanzar la justificación por sus propios esfuerzos; y cuando se hubo demostrado que la justificación del hombre era imposible, reveló su secreto, la justificación de Dios.

Este fue el cristianismo. Esta fue la suma, y éste fue el resultado de la misión de Cristo: conferir al hombre, como un don gratuito, lo que es indispensable para su felicidad, pero que él mismo no ha podido alcanzar. Es un acto divino; es la gracia; y el hombre lo obtiene reconociendo que él mismo no ha podido alcanzarlo, y aceptándolo de Dios. Se obtiene por la fe solamente. Es la justificación de Dios por la fe en Jesucristo para todos los que creen.

Aquellos que así la reciben entran desde luego en la posesión de la paz y favor de Dios, que es en lo que consiste la felicidad humana y que fue el fin que tenía delante Pablo cuando se esforzaba en alcanzar la justificación por la ley. "Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios". Es una vida brillante de gozo, paz, y esperanza la que disfrutaban aquellos que han llegado a conocer este evangelio. Puede haber pruebas en ella; pero cuando la vida del hombre descansa en la adquisición de su verdadero fin, las pruebas son ligeras, y todas las cosas actúan juntamente para bien.

Esta justificación de Dios es para todos los hijos de los hombres. No para los judíos solamente, sino para los gentiles también. La demostración de la incapacidad del hombre para alcanzar la justificación fue hecha de acuerdo con el propósito divino en ambas secciones de la raza humana, y su cumplimiento fue la señal para la exhibición de la gracia de Dios igualmente a ambas. La obra de Cristo no fue para los hijos de Abraham, sino para los hijos de Adán. Como en Adán todos murieron, así todos en Cristo vivirán. Los gentiles no tenían necesidad de sujetarse a la circuncisión y guardar la ley para poder ser salvos, porque la ley no era parte de la salvación; perteneció enteramente a la demostración preliminar del fracaso del hombre; y cuando había cumplido este servicio, estuvo lista para desaparecer. La única condición humana de obtener la justificación de Dios, es la fe; y esta condición es tan accesible al gentil como al judío. Esta fue una deducción de la propia experiencia de Pablo. En su conversión había sido tratado, no como

judío sino como hombre. Ningún gentil hubiera tenido menos derecho de obtener la salvación por los propios méritos que él. Pero la ley, lejos de conducirle un solo paso hacia la salvación, le había apartado todavía más de Dios que a cualquier gentil, y le había arrojado en una condenación más profunda. Entonces, ¿para qué aprovecharía a los gentiles estar colocados en tal puesto? Para obtener la justificación, en la cual ahora Pablo se regocijaba, no había hecho nada que no hubiera estado en el poder de todo ser humano.

Fue este amor universal de Dios, revelado en el evangelio, lo que inspiró a Pablo su ilimitada admiración del cristianismo. Sus simpatías habían sido restringidas y limitadas a una concepción mezquina de Dios. La nueva fe libertó su corazón y lo sacó al aire libre y puro. Dios vino a ser un nuevo Dios para él. Llama su descubrimiento el misterio que había sido escondido por edades y generaciones, pero que había sido revelado a él y a los demás apóstoles. Le pareció ser el secreto de los tiempos y estar destinado para inaugurar una nueva era, mucho mejor que cualquiera otra que el mundo hubiera visto. Lo que los reyes y profetas no habían conocido, le había sido revelado a él. Se le presentó como la mañana de una nueva creación. Dios ofrecía ahora a todos los hombres la suprema felicidad de la vida; aquella justificación por la que se habían esforzado en vano en las edades pasadas.

Este secreto de la nueva época, en realidad, no había sido totalmente ignorado en los tiempos anteriores. Había sido atestiguado por la ley y por los profetas. La ley pudo dar testimonio de él sólo negativamente, por la demostración de su necesidad. Pero los profetas lo anticiparon de un modo positivo. David, por ejemplo, describió la bienaventuranza del hombre a quien Dios ha imputado la justificación sin obras. Todavía más claramente Abraham lo había anticipado. Fue un hombre que alcanzó la justificación, y no por las obras, sino por la fe. Creyó en Dios, y le fue imputado a él para justificación. La ley nada tenía que ver con su justificación, porque no existió hasta cuatro siglos después; ni la circuncisión tenía que ver con ella, porque fue justificado antes que este rito se instituyera. En resumen, fue como hombre y no como judío que fue tratado por Dios, y Dios pudo tratar a cualquier ser humano de la misma manera. El camino escabroso de la justificación legal, sagrado en concepto de Pablo, le había hecho pensar alguna vez que Abraham y los profetas lo habían recorrido antes que él. Ahora conoció que su vida de místico gozo y sus salmos de santa calma fueron inspirados por experiencias muy diferentes, las cuales ahora estaban difundiendo la paz del cielo también en su corazón. Pero solamente los primeros rayos de la mañana habían sido vistos por ellos; el día perfecto había llegado en el tiempo de Pablo.

El descubrimiento de Pablo de este camino de la salvación fue una experiencia actual. Conoció simplemente que Cristo, en el momento en que lo encontró, le había colocado en aquella posición de paz y favor con Dios que tanto había buscado en vano; y en cuanto pasó el tiempo, sintió más y más que en esta posición estaba disfrutando la verdadera felicidad de la vida. De aquí en adelante su misión sería proclamar este descubrimiento en su realidad simple y concreta bajo el nombre de la justificación de Dios. Pero un entendimiento como el suyo no pudo menos

que preguntar cómo la posesión de Cristo había hecho tanto para él. En el desierto de Arabia estudió esta cuestión, y el evangelio que predicó después contenía la respuesta luminosa.

De Adán sus hijos reciben una triste doble herencia: una deuda de culpas que no pueden reducir, pero que, en cambio, está creciendo constantemente, y una naturaleza carnal incapaz de alcanzar la justificación. Estas son las dos características de la condición religiosa del hombre caído, y son la doble fuente de todas sus miserias. Pero Cristo es un nuevo Adán, una nueva cabeza de la humanidad; y aquellos que están unidos con él por la fe llegan a ser herederos de una doble herencia de clase precisamente opuesta. Por un lado, como por nuestro nacimiento en la línea del primer Adán heredamos la culpa inevitablemente, así por nuestro nacimiento en la línea del segundo conseguimos una herencia ilimitada de méritos, que Cristo, como la cabeza de su familia, hace de propiedad común para sus miembros. Esto extingue la deuda de nuestra culpa y nos hace ricos en la justificación de Cristo. "Como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así por la obediencia del otro los muchos serán constituidos justos". Por otro lado, de la misma manera que Adán transmitió a su posteridad una naturaleza carnal alejada de Dios e incapaz para la justificación, así el nuevo Adán imparte a la raza, de la que es cabeza, aquella naturaleza espiritual inclinada hacia Dios y que se goza en la justificación. La naturaleza del hombre, según Pablo, consta normalmente de tres elementos: cuerpo, alma y espíritu. En su constitución original, estos ocuparon relaciones definidas de superioridad y subordinación unos respecto de otros, siendo supremo el espíritu, inferior el cuerpo, y ocupando el alma una posición media. Pero la caída desarregló este orden, y todos los pecados consisten en la usurpación por el cuerpo o el alma del lugar del espíritu. En el hombre caído, estas dos secciones inferiores de su naturaleza, que juntas forman lo que Pablo llama la carne, o sea aquel lado de la naturaleza humana que mira hacia el mundo y hacia el tiempo, han tomado posesión del trono y gobiernan completamente la vida; mientras el espíritu, el lado del hombre que ve hacia Dios y hacia la eternidad, ha sido destronado y reducido a la condición de ineficacia y muerte. Cristo restaura la superioridad perdida del espíritu del hombre, tomando posesión de él por su propio Espíritu. Su Espíritu mora en el espíritu humano, vivificándolo y sustentándolo con una fuerza tan creciente que llega a ser más y más la parte suprema de la constitución humana. El hombre cesa de ser carnal y llega a ser espiritual. Es guiado por el Espíritu de Dios y viene a estar más y más en armonía con todo lo que es santo y divino. Pero la carne no se sujeta fácilmente a la pérdida de la supremacía. Interrumpe y obstruye la marcha progresiva del espíritu, y lucha para volver a tomar posesión del trono. Pablo ha descrito con viveza terrible esta lucha en la que todas las generaciones de los cristianos han reconocido los caracteres de su experiencia más profunda. Mas el resultado de la lucha no es dudoso. El pecado no volverá a tener dominio sobre aquellos en quienes el Espíritu de Cristo mora, ni les alejará de su posición en el favor de Dios.

Las peculiaridades notables del evangelio de Pablo

Tales son los bosquejos sencillos del evangelio que Pablo trajo consigo de la soledad de Arabia, y que después, con entusiasmo incansable predicó. Este evangelio no pudo menos que ser mezclado en su mente y en sus escritos con las peculiaridades de su propia experiencia como judío, y éstas hacen difícil para nosotros comprender su sistema en algunos de sus detalles. La creencia en la cual había sido educado, de que ningún hombre podía ser salvo sin hacerse judío, y las nociones acerca de la ley, de las que tuvo que librarse, están muy distantes de nuestras simpatías modernas. Sin embargo, su teología no pudo formularse en su entendimiento, sino en contraste con estas concepciones falsas. Esto posteriormente vino a ser todavía más inevitable cuando se encontró con sus antiguos errores sirviendo como lemas de un partido dentro de la misma iglesia cristiana contra el cual tuvo que hacer una larga y obstinada guerra. Aunque este conflicto le forzó a expresar con mayor claridad sus opiniones, las embarazó con referencias a sentimientos y creencias que ahora han perdido su interés entre los hombres. Pero a pesar de estos obstáculos, el evangelio de Pablo sigue siendo una propiedad de valor incalculable para la raza humana. Su investigación profunda del fracaso y de las necesidades de la naturaleza humana, su maravilloso desenvolvimiento de la sabiduría de Dios en la educación del mundo precristiano, y su presentación de la profundidad y universalidad del amor divino, figuran entre los elementos más notables de la revelación.

Pero es en su manera de concebir a Cristo en lo que el evangelio de Pablo lleva su corona imperecedera. Los evangelistas bosquejaron con numerosas características de hermosura simple y conmovedora la manera de la vida terrestre del hombre Jesús, y en éstos se buscará el modelo de la conducta humana; pero para Pablo fue reservada la tarea de hacer conocer en sus alturas y profundidades la obra que el Hijo de Dios cumplió como Salvador de la raza. Pocas veces se refiere a los incidentes de la vida terrestre de Cristo, aunque aquí y allí manifiesta que los conoció bien. Para él, Cristo fue siempre el ser glorioso, brillando con el resplandor del cielo, que le había aparecido en el camino de Damasco, y el Salvador que le había elevado a la paz y gozo celestiales de la nueva vida. Cuando la iglesia de Cristo piensa en su Cabeza como libertador del alma del pecado y de la muerte, como influencia espiritualizadora que siempre está con ella y actúa siempre en cada uno de los creyentes, y como Señor sobre todas las cosas, el cual vendrá otra vez aparte de pecado para salvación, lo hace en formas de pensamiento dadas por el Espíritu Santo por instrumentalidad de Pablo.

Capítulo 5

LA OBRA QUE AGUARDABA AL OBRERO

Ocho años de inactividad comparativa en Tarso

Pablo estaba ahora en posesión de su evangelio, y conoció que la misión de su vida era predicarlo a los gentiles. Pero todavía tuvo que esperar largo tiempo antes de comenzar su obra peculiar. Oímos poco de él por siete u ocho años. Y solamente podemos conjeturar cuáles pueden haber sido las razones de la Providencia al hacer esperar a su siervo tanto tiempo.

Puede haber habido razones personales para ello, relacionadas con la historia espiritual de Pablo, porque el esperar es un instrumento común de la disciplina providencial para aquellos a quienes ha sido designada una obra extraordinaria. Una razón pública puede haber sido que Pablo era todavía demasiado antipático a las autoridades judaicas para ser tolerado en aquellas reuniones en que la actividad cristiana tenía influencia. Había tratado de predicar en Damasco donde ocurrió su conversión. Pero inmediatamente fue forzado a huir de la furia de los judíos, y yendo de allí para Jerusalén y comenzando a testificar como cristiano encontró en dos o tres semanas demasiada oposición. No es de extrañarse; pues, ¿cómo hubieran podido los judíos permitir que el hombre que últimamente había sido el adalid principal de su casa predicara la fe para cuya destrucción se le había empleado? Cuando huyó de Jerusalén dirigió sus pasos a Tarso, su ciudad natal, donde por años quedó en oscuridad. Sin duda dio testimonio de Cristo a su familia, y hay algunas indicaciones de que llevó el evangelio a su provincia de Cilicia; pero si lo hizo, se puede decir que su obra era la de un hombre que trabaja en secreto, porque no estuvo en la corriente central ni visible del nuevo movimiento religioso.

Estas no son más que meras conjeturas motivadas por la penumbra histórica de aquellos años. Pero hubo una razón indudable y de la más grande importancia posible para la dilación de la carrera de Pablo. En este intervalo aconteció aquella revolución, una de las más importantes en la historia del género humano, por la cual los gentiles fueron admitidos a gozar privilegios iguales con los judíos en la iglesia de Cristo. Este cambio procedió del círculo originario de los apóstoles en Jerusalén; y Pedro, el principal de todos ellos, fue el instrumento para efectuarlo. Por medio de la visión del lienzo bajado del cielo con los animales puros e impuros, que tuvo en Jope, fue preparado para la parte que había de tomar en este cambio, y admitió en la iglesia a Cornelio y su familia, un gentil incircunciso de Cesárea, por bautismo. Esta fue una innovación que envolvía incalculables consecuencias. Fue un preliminar necesario para la obra misionera de Pablo, y los eventos subsecuentes demostraron cuan sabio fue el arreglo divino por el cual los primeros gentiles que entraron en la iglesia fueron admitidos por las manos de Pedro, y no por las de Pablo.

Pablo descubierto por Bernabé y llevado a Antioquia Su obra allí

Tan luego como este hecho aconteció, el campo estuvo listo para la carrera de Pablo e inmediatamente fue abierta una puerta para su entrada en él. Casi al mismo tiempo en que acontecía el bautismo de la familia gentil en Cesárea, un gran avivamiento brotó entre los gentiles de la ciudad de Antioquia, capital de Siria. El movimiento había principiado con los fugitivos arrojados de Jerusalén por la persecución, y fue continuado con la sanción de los apóstoles, quienes enviaron de Jerusalén, para presidirlo, a Bernabé, uno de sus colaboradores de más confianza. Este hombre conoció a Pablo. Cuando este último llegó a Jerusalén la primera vez después de su conversión, y trató de unirse con los cristianos de allí, todos tuvieron miedo de él, sospechando que los dientes y las garras del lobo estuvieran ocultos bajo el vellón del cordero. Pero Bernabé superó estos temores y sospechas, y habiendo tomado al nuevo convertido y oído su historia, creyó en él y persuadió a los demás a recibirle. La comunión comenzada así duró solamente dos o tres semanas en aquella época, puesto que Pablo tuvo que dejar Jerusalén; pero Bernabé había recibido una profunda impresión de su personalidad y no se olvidó de él. Cuando fue enviado para presidir el avivamiento en Antioquia pronto se encontró embarazado con su magnitud y sintió la necesidad de ayuda. Se le ocurrió la idea de que Pablo era el hombre que necesitaba.

Tarso no estaba lejos, y allá se fue para buscarle. Pablo aceptó su invitación y volvió con él a Antioquia. La hora que había esperado había llegado, y se entregó a la obra de evangelizar a los gentiles con el entusiasmo de una gran naturaleza que al fin se encuentra en su propia esfera. El movimiento desde luego respondió a su actividad. Los discípulos llegaron a ser tan numerosos y prominentes, que los paganos les dieron un nuevo nombre —el de cristianos— que, desde entonces, ha continuado siendo el título de su fe en Cristo; y Antioquía, una ciudad de medio millón de habitantes, llegó a ser el centro del cristianismo, en lugar de Jerusalén. Pronto una gran iglesia se formó, y una de las manifestaciones del celo de que estuvo llena fue el propósito, que gradualmente se transformó en resolución entusiasta, de enviar misioneros a los paganos. Como consecuencia, Pablo fue designado para este servicio.

El mundo conocido en aquel periodo

Al verle afrontando, al fin, la obra de su vida, detengámonos para hacer una breve revista del mundo, al cual fue enviado a conquistar. Nada menos que esto se propuso. En el tiempo de Pablo el mundo conocido era tan pequeño que no parecía imposible que un solo hombre hiciera la conquista espiritual de él, especialmente cuando éste había sido preparado maravillosamente para enfrentar la nueva fuerza que estaba a punto de atacarlo.

Consistía en un disco estrecho de tierra que el mar Mediterráneo rodeaba. Este mar mereció en aquel tiempo el nombre que llevaba, porque el centro de gravedad del mundo, que desde entonces ha cambiado a otras latitudes, estaba en él. El interés de la vida humana estaba

concentrado en los países del sur de Europa, la porción occidental de Asia, y una zona del norte de África, las que forman sus orillas. En este pequeño mundo hubo tres ciudades que se dividieron entre sí los intereses de aquella época. Estas fueron Roma, Atenas y Jerusalén, las capitales de las tres razas, la romana, la griega y la judaica. Estas ciudades gobernaban en todos sentidos aquel antiguo mundo. Esto no significa que cada una de ellas hubiera conquistado una tercera parte del círculo de la civilización, sino que cada una de ellas se había difundido en turno sobre todo él, y todavía lo dominaba, o, a lo menos, había dejado señales imperecederas de su presencia.

Los griegos

Los griegos fueron los primeros en tomar posesión del mundo. Fueron el pueblo de destreza y genio, los maestros perfectos del comercio, de la literatura y de las artes. En las épocas muy primitivas desplegaron su instinto de colonización, y enviaron a sus hijos a conseguirse nuevas habitaciones por el Oriente y el Occidente, lejos de su hogar natal. Por fin, se levantó entre ellos uno que concentró en sí mismo las tendencias más fuertes de la raza, y que por la fuerza de las armas extendió el dominio de Grecia hasta la frontera de la India. El vasto imperio de Alejandro Magno se rompió a su muerte, pero un resto de la vida e influencia griegas permaneció en todos los países por los cuales había pasado la corriente de sus ejércitos conquistadores. Las ciudades griegas, tales como Antioquia en Siria y Alejandría en Egipto, florecieron en todo el Oriente; los comerciantes griegos abundaban en todos los centros del comercio; los maestros griegos enseñaron la literatura de su patria en muchas comarcas; y, lo que es más importante, el idioma griego llegó a ser el vehículo general para la comunicación, entre las naciones, de los pensamientos más serios. Aun los judíos, en los tiempos del Nuevo Testamento, leyeron sus propias Escrituras en una versión griega, habiendo muerto el original hebreo. Tal vez la lengua griega es la más perfecta que el mundo ha conocido, y hubo una providencia especial en su difusión completa, antes que el cristianismo necesitara un medio de comunicación internacional. El Nuevo Testamento se escribió en griego, y dondequiera que los apóstoles del cristianismo viajaban, estaban en posibilidad de ser entendidos en este idioma.

Los romanos.

En seguida tocó su turno a los romanos en la posesión del globo. Originalmente, los individuos de una pequeña tribu, vecina de la ciudad que les dio nombre, se extendieron poco a poco, se fortalecieron y adquirieron tanta habilidad en el arte de la guerra y del gobierno, que llegaron a ser conquistadores irresistibles, marchando en todas direcciones para hacerse amos del mundo. Sujetaron a la Grecia misma y dirigiéndose al Oriente conquistaron los países que Alejandro y los que le sucedieron habían gobernado. En realidad, todo el mundo conocido llegó a ser suyo, desde el Estrecho de Gibraltar hasta el más lejano Oriente. No poseyeron el genio de los griegos.

Sus cualidades eran la fuerza y la justicia. Sus artes no eran las del poeta ni las del pensador, sino las del soldado y las del juez. Derribaron las divisiones entre las tribus de los hombres y les obligaron a estar en paz unos con otros, porque todos igualmente estaban bajo el mismo gobierno de hierro. Cubrieron los países de caminos que los unían con Roma, y que fueron triunfos tan sólidos de ingeniería que algunos de ellos han permanecido hasta hoy. Por estos caminos avanzó el mensaje del evangelio. De esta manera los romanos también demostraron ser los precursores del cristianismo, porque su autoridad en tantos países proporcionó a los primeros propagadores facilidad de movimiento, y protección contra los caprichos e injusticias de los tribunales de ciertas localidades.

Los judíos.

Entretanto, la tercera nación de la antigüedad también había completado su conquista del mundo. Aunque no por la fuerza de las armas, los judíos, también se difundieron como los griegos y romanos lo habían hecho. Verdad es que por varios siglos habían soñado con la venida de un héroe guerrero, cuyo valor sobrepasaría al de los más célebres conquistadores gentiles. Pero nunca vino; y la ocupación por los judíos de los centros de civilización tuvo que efectuarse de una manera más quieta. No ha habido cambio en las costumbres de ningún pueblo más extraordinario que el ocurrido en la raza judaica, en el intervalo de cuatro siglos entre Malaquías y Mateo, del cual no tenemos registro en las sagradas Escrituras. En el Antiguo Testamento vemos a los judíos encerrados dentro de los estrechos límites de Palestina, ocupados principalmente en asuntos de agricultura, y guardándose con celo de toda comunicación con las naciones extranjeras. En el Nuevo Testamento los encontramos todavía apegados con tenacidad desesperada a Jerusalén, y a la idea de su propio estado de separación. Pero sus costumbres y habitaciones han cambiado completamente. Han abandonado la agricultura y se han entregado con actividad y éxito extraordinarios al comercio.

Y con este objeto en vista, se han difundido por todas partes, por África, Asia y Europa: y no hay ciudad de importancia donde no se encuentren. Por cuáles pasos este cambio extraordinario se efectuó, sería largo y difícil de decir. Pero se había efectuado y el resultado fue de suma importancia en la historia primitiva del cristianismo. Donde quiera que los judíos se establecieron, tuvieron sus sinagogas, sus Escrituras sagradas, su creencia inflexible en el único y verdadero Dios. No solamente esto; sus sinagogas, por todas partes agruparon prosélitos de los pueblos gentiles en derredor de ellas. Las religiones paganas estaban en este período en un estado de prostración completa. Las naciones más pequeñas habían perdido la fe en sus deidades, porque no habían podido defenderlas de los victoriosos griegos y romanos. Pero los conquistadores, por otras razones, habían perdido igualmente la fe en sus propios dioses. Fue una época de escepticismo, decaimiento religioso y corrupción moral. Pero siempre ha habido hombres que desean un credo en que poder confiar. Estos andaban en busca de una religión, y muchos de ellos encontraron refugio de los mitos degradantes e increíbles de los dioses del politeísmo, en la

pureza y monoteísmo del credo judaico. Las ideas fundamentales de este credo son los fundamentos de la fe cristiana también. Donde quiera que los mensajeros del cristianismo viajaron se encontraron con personas con quienes tenían muchos conceptos religiosos en común. Sus primeros convertidos fueron judíos y prosélitos. La sinagoga fue el puente por el cual el cristianismo pasó a los paganos.

Los bárbaros y los cristianos.

Tal fue, pues, el mundo al que Pablo fue enviado a conquistar. Fue un mundo lleno por todas partes de estas tres influencias. Pero hubo otros dos elementos en la población, que proporcionaron numerosos convertidos para los primeros predicadores: los habitantes originarios de varios países, y los esclavos aprisionados en las guerras, o los descendientes de éstos, sujetos a ser cambiados de un lugar a otro, y vendidos según las necesidades o caprichos de sus amos. Una religión cuya principal gloria era predicar las buenas nuevas a los pobres no rechazaría estas clases bajas; aunque el conflicto del cristianismo con las fuerzas del tiempo que tenían posesión del destino del mundo naturalmente atrajo la atención, no debe olvidarse que sus mejores triunfos han consistido siempre en el alivio y mejoramiento de la condición de los humildes.

Capítulo 6

SUS VIAJES MISIONEROS

El primer viaje y Sus compañeros

Desde el principio había sido costumbre de los predicadores del cristianismo, no ir solos en sus expediciones, sino de dos en dos. Pablo mejoró esta práctica, yendo generalmente con dos compañeros, uno de ellos joven, el cual tal vez tomó el cargo de los arreglos del viaje. En su primera expedición sus compañeros fueron Bernabé y Juan Marcos, el sobrino de Bernabé.

Ya hemos visto que Bernabé puede ser llamado el descubridor de Pablo. Y cuando partieron juntos en este viaje, probablemente estuvo en condiciones de ser el patrón de Pablo, pues gozaba de mucha consideración en la comunidad cristiana. Convertido aparentemente en el día de Pentecostés, había tomado una parte importante en los eventos posteriores. Fue un hombre de alta posición social, propietario en la isla de Chipre, y lo sacrificó todo en aras del nuevo movi-

miento a que se había unido. En el ardor del entusiasmo que condujo a los primeros cristianos a partir sus propiedades unos con otros, vendió todo lo que tenía y puso el dinero a los pies de los apóstoles. Desde entonces estaba empleado constantemente en la obra de la predicación, y tenía un don de elocuencia tan notable que fue llamado el "hijo de exhortación". Un incidente que ocurrió en la última parte de este viaje nos da una idea del aspecto de los dos hombres. Cuando los habitantes de Listra los tomaron por dioses, llamaron a Bernabé Júpiter, y a Pablo Mercurio. En el arte antiguo, Júpiter fue representado siempre por una figura alta, majestuosa, y benigna, mientras Mercurio fue el pequeño y rápido mensajero del padre de los dioses y de los hombres. Probablemente les pareció por esto que Bernabé, por su figura grande, graciosa, y paternal, era el jefe y director de la expedición, mientras Pablo, pequeño y ardiente, no era más que el subordinado. La dirección que tomaron fue la que se esperaba que Bernabé escogería naturalmente. Se fueron primero a Chipre, la isla en donde había tenido su propiedad, y donde muchos de sus amigos todavía residían. Estaba a ochenta millas al sudoeste de Seleucia, el puerto de Antioquia, y pudieron llegar a ella en el mismo día en que dejaron a esta última ciudad, centro de sus operaciones.

Chipre

Pero aunque Bernabé parecía ser el jefe, este buen hombre probablemente conoció que las humildes palabras del Bautista podían ser usadas por él mismo con referencia a su compañero: "A él conviene crecer, mas a mí menguar". De todos modos, tan pronto como su obra entrara en un período de actividad, esta debía ser la relación entre ellos. Después de pasar por toda la isla, del oriente al occidente, evangelizando, llegaron a Pafo, su ciudad principal, y allí los problemas para cuya solución habían salido les encontraron en la más concreta forma. Pafo era el centro del culto de Venus, la diosa del amor, la cual se dijo haber nacido de la espuma del mar en este mismo sitio, y su culto se caracterizó por el libertinaje y la disolución. Fue en pequeño la pintura de Grecia, sumida en la decadencia moral, Pafo fue el asiento del gobierno romano también, y en la silla proconsular se sentaba un hombre, Sergio Paulo, cuyo carácter noble, pero absolutamente falto de una fe sólida, demostraba la ineptitud de Roma en aquella época para satisfacer las mayores necesidades de sus mejores hijos. En la corte proconsular, jugando con la credulidad del investigador, prosperaba un hechicero judaico, llamado Elimas, cuyas artes formaron el cuadro de las más bajas miserias a que el carácter judaico pudo descender. Toda la escena fue una especie de miniatura del mundo, cuyos males habían salido a curar los misioneros. En presencia de tales exigencias, Pablo desplegó por primera vez los poderes superiores de que estaba dotado. Un acceso del Espíritu Santo le tomó y le capacitó para vencer todos los obstáculos. Redujo al hechicero judaico a la vergüenza, convirtió al gobernador romano, y fundó en la ciudad una iglesia cristiana en oposición al templo griego. Desde aquella hora Bernabé ocupó el segundo lugar, y Pablo tomó su posición natural como jefe de la misión. Ya no leemos más, como antes, de Bernabé y Saulo, sino siempre de Pablo y Bernabé. El subordinado había llegado a ser el jefe; y como para indicar que se había convertido en un nuevo hombre y tomado un nuevo puesto, ya no fue llamado por el nombre judaico de Saulo, que hasta entonces había llevado, sino por el nombre de Paulo (Pablo), que, a partir de allí, ha sido su nombre entre los cristianos.

El continente del Asia Menor.

El movimiento que siguió vino a señalar tan claramente la elección del nuevo jefe, como el anterior había fijado la del chipriota Bernabé. Cruzaron el mar hasta Perge, población a la mitad de la costa meridional de Asia Menor; luego pasaron hacia el norte, cien millas en el continente, y entonces hasta el este, hasta un punto casi directamente al norte de Tarso. Esta ruta les condujo por una especie de semicírculo, por los distritos de Panfilia, Pisidia, y Licaonia, que tocan por el oeste y norte con Cilicia, la provincia natal de Pablo. Así que, si se dio el caso de haber evangelizado ya a Cilicia, ahora estaba extendiendo sus trabajos a las regiones más cercanas.

La deserción de Marcos

En Perge, punto de partida de la segunda mitad del viaje, una desgracia aconteció a la expedición: Juan Marcos desertó de sus compañeros y partió para su hogar. Puede ser que la nueva posición asumida por Pablo le ofendió, aunque su generoso tío no sintió tal enemistad por aquello que fue la ordenanza de la naturaleza y la de Dios. Pero es más probable que la causa de su separación fuera el desmayo producido por la intuición de los peligros que había de encontrar. Estos fueron tales que bien pudieron infundir terror aun en los corazones más resueltos. Más allá de Perge se levantaban las cimas cubiertas de nieve del monte Tauro, que habían de penetrar por estrechos desfiladeros en los que debían cruzar, por débiles puentecillos, rápidos-torrentes, y en donde los castillos de los ladrones, que velaban para prender a los viajeros, estaban escondidos en posiciones tan inaccesibles, que aun los ejércitos romanos no habían podido exterminarlos. Cuando estos peligros preliminares hubieron sido vencidos, la perspectiva de más allá no fue más atractiva. El país al norte del Tauro era una vasta mesa más elevada que las cumbres de las más altas montañas de Inglaterra, contaba con lagos solitarios, masas irregulares de montañas y extensiones de desierto, donde la población era ruda y hablaba una variedad casi infinita de dialectos. Estas cosas llenaron de terror a Marcos y le hicieron volverse. Pero sus compañeros, llevando sus vidas en la mano, iban adelante. Para ellos era suficiente saber que allí había una multitud de almas que perecían y que necesitaban la salvación de que ellos eran los heraldos. Y Pablo conoció que allí había una porción de su propio pueblo esparcida en estas distantes regiones de los paganos.

Antioquia en Pisidia, e Iconio

¿Podemos concebir cuál fue su conducta en las ciudades que visitaron? Es difícil, ciertamente, representárnoslo. Al tratar de verlos con los ojos de la inteligencia entrar en alguna población, naturalmente pensamos de ellos como de los más importantes personajes del lugar. Para nosotros su entrada es tan augusta como si hubieran sido llevados en un carro de triunfo. Muy diferente, sin embargo, fue la realidad. Entraban en una ciudad tan quieta y secretamente como dos extranjeros cualesquiera, que alguna mañana pasasen por una de nuestras poblaciones. Su primer cuidado era conseguir alojamiento, y luego tenían que buscar trabajo, porque trabajaban en su ocupación donde quiera que se hallaran. Nada podía ser más común. ¿Quién había de pensar que este hombre, cubierto del polvo del camino, yendo de la puerta de un fabricante de tiendas a la de otro, buscando trabajo, estaba llevando el porvenir del mundo bajo su capa? Cuando el sábado llegara, cesarían de trabajar, como los otros judíos de la ciudad, y se reunirían en la sinagoga. Participarían en cantar los Salmos y en orar con los otros adoradores, y escucharían la lectura de las Escrituras. Después de esto el presbítero, quizá, preguntaría si alguno tenía palabra de exhortación que pronunciar. Esta sería la oportunidad de Pablo. Se levantaría y con mano extendida comenzaría a hablar. Desde luego el auditorio reconocería los acentos del rabí educado, y la nueva voz ganaría su atención. Considerando los pasajes que habían sido leídos, pronto se juntaría con la corriente de la historia judaica hasta hacer el anuncio sorprendente de que el Mesías, esperado por sus padres y prometido por sus profetas, había llegado ya, y que el que hablaba había sido enviado entre ellos como su apóstol. Entonces seguiría la historia de Jesús: era cierto que había sido rechazado por las autoridades de Jerusalén y crucificado, pero podía demostrarse que esto había acontecido de acuerdo con las profecías, y que su resurrección de la muerte era una prueba infalible de que había sido enviado por Dios. Ahora había sido exaltado a ser Príncipe y Salvador para dar a Israel arrepentimiento y remisión de los pecados. Fácilmente podemos imaginar la sensación que produciría tal sermón de tal predicador, y el murmullo de conversaciones que se levantaría de entre los congregantes después de su separación de la sinagoga. Durante la semana sería el tema de conversación en la ciudad, y Pablo estaría listo para platicar en su trabajo o en los momentos desocupados de la tarde, con cualquiera que deseara recibir más informes. El siguiente sábado la sinagoga estaría llena, no de judíos solamente, sino también de gentiles que tendrían curiosidad de ver a los extranjeros. Y Pablo ahora descubriría el secreto de que la salvación por Jesucristo era, tanto para los gentiles como para los judíos. Esta sería generalmente la señal para que los judíos contradijeran y blasfemaran, y volviéndose de ellos, Pablo se dirigiera a los gentiles. Pero entre tanto el fanatismo de los judíos se excitaría, y levantarían a la gente o asegurarían el interés de las autoridades contra los extranjeros; y en un tempestuoso tumulto popular, o por decreto de las autoridades, los mensajeros del evangelio serían arrojados de la ciudad. Tal aconteció en Antioquia de Pisidia, su primera estación en el interior del Asia Menor, y fue después muy frecuente en la vida de Pablo.

Listra y Derbe

Algunas veces no escaparon con tanta facilidad. En Listra, por ejemplo, se encontraron entre paganos rudos, que al principio quedaron tan encantados con las palabras atractivas de Pablo y tan impresionados con la apariencia de los predicadores, que les tomaron por dioses, y estuvieron

al punto de ofrecerles sacrificio, .Esto llenó a los misioneros de tal horror que rechazaron las intenciones de la multitud con violencia. Una repentina revolución sucedió en el sentimiento popular, y Pablo fue apedreado y arrojado de la ciudad aparentemente muerto.

Tales fueron las escenas de excitación y peligro por las cuales tenían que pasar en esta región remota. Pero su entusiasmo nunca flaqueó. Nunca pensaron en volverse. Cuando eran arrojados de una ciudad, iban a otra. Y por malo que fuera su éxito algunas veces, no abandonaban una ciudad sin dejar tras ellos una pequeña compañía de convertidos, tal vez unos pocos judíos, algunos prosélitos y cierto número de gentiles. El evangelio encontró a aquellos para quienes había sido designado: a penitentes cargados con el pecado; almas no satisfechas con el mundo, ni con la religión de sus antepasados; corazones que anhelaban la simpatía y el amor divinos; y "los que estaban ordenados para la vida eterna creyeron". Estos formaron en cada ciudad el núcleo de una iglesia cristiana. Aun en Listra, donde la derrota pareció ser completa, un pequeño grupo de corazones fieles se reunió alrededor del cuerpo) molido del apóstol fuera de las puertas de la ciudad. Eunice y Loida estuvieron allí con sus ministraciones tiernas, y el joven Timoteo, al mirar aquella cara pálida y sangrienta, sintió que su corazón estaba unido para siempre con el héroe que había tenido el valor de sufrir hasta la muerte por su fe.

En el amor intenso de tales corazones Pablo recibió compensación por el sufrimiento y la injusticia. Si, como algunos suponen, el pueblo de esta región formó parte de las iglesias de Galacia, vemos en la epístola dirigida a ellos la clase de amor que le tenían. Le recibieron, dice, como a un ángel de Dios y aun como a Jesucristo mismo. Estuvieron listos aun para sacarse los ojos y dárselos a él. Fueron de bondad ruda e impulsos violentos. Su religión nativa era de vivas y excitantes demostraciones, y llevaron estas características a la nueva fe que habían adoptado. Se llenaron de gozo y del Espíritu Santo, y el avivamiento se extendió por todas partes con gran rapidez hasta que la palabra publicada por las pequeñas comunidades cristianas se oyó por los declives del Tauro y los valles del Cestro y Halis. El ardiente corazón de Pablo no pudo menos que regocijarse en tal exhibición de afecto. Correspondió a ella, dándoles su más profundo amor. Las ciudades mencionadas en su itinerario son Antioquia en Pisidia, Iconio, Listra y Derbe; pero cuando en la última de ellas había acabado su curso, y el camino se le abrió para descender por las puertas de Cilicia a Tarso y de allí a Antioquia, prefirió volver por el camino por donde había ido. A pesar de los peligros más inminentes volvió a visitar todos estos lugares, para ver otra vez a sus amados convertidos y consolarles en presencia de la persecución; y ordenó presbíteros en todas las ciudades para que velaran sobre las iglesias durante su ausencia.

El regreso.

Al fin, los misioneros bajaron de estos terrenos altos a la costa, y navegaron a Antioquia, de donde habían salido. Cansados con el trabajo y los sufrimientos, pero llenos de gozo por su buen éxito, aparecieron entre aquellos que los habían enviado y que sin duda los habían seguido con sus oraciones. Como exploradores que volvían de encontrar un nuevo mundo, relataron los milagros de la gracia que habían presenciado en el mundo desconocido de los paganos.

El segundo viaje

En su primer viaje, se puede decir que Pablo tan sólo probó sus alas porque dicho viaje, aunque venturoso, se limitó enteramente a un círculo alrededor de su provincia natal. En el segundo, hizo una expedición mucho más larga y peligrosa. En verdad, este viaje fue no solamente el más grande que llevó a cabo, sino tal vez el más importante de los registrados en los anales de la raza humana. En sus resultados, sobrepujo la expedición de Alejandro el Grande, cuando llevó las armas y la civilización de Grecia hasta el corazón de Asia, la de César, cuando desembarcó en las costas de Bretaña, y aun la de Colón cuando descubrió el Nuevo Mundo. Sin embargo, cuando partió no tuvo idea de la magnitud que su expedición había de asumir, ni aun de la dirección, que había de tomar. Después de gozar de un breve descanso al fin del primer viaje, dijo a sus compañeros: "Volvamos a visitar a los hermanos por todas las ciudades en las cuales hemos anunciado la palabra del Señor". Fue el anhelo paternal de ver a sus hijos espirituales lo que le atraía. Pero Dios tuvo designios mucho más extensos, que se abrieron delante de Pablo conforme adelantaba.

La separación de Bernabé.

Desgraciadamente el principio de este viaje fue dañado por una disputa entre los dos amigos, que tenían la intención de hacerlo juntos. La ocasión de esta diferencia fue el ofrecimiento de Juan Marcos de acompañarlos. Sin duda cuando este joven vio a Pablo y a Bernabé que volvían sanos y salvos de la empresa de la cual él había desertado, reconoció el error que había cometido, y ahora quiso repararlo uniéndose a ellos. Naturalmente Bernabé deseó llevar a su sobrino, pero Pablo se negó absolutamente. Uno de ellos, hombre fácilmente accesible a la benevolencia, arguyó el deber de perdonar, y el efecto que produciría la repulsa; mientras que el otro, lleno de celo para Dios, presentó el peligro de colocar una obra tan sagrada en manos de uno en quien no podían tener confianza, porque, "pie resbalador es la confianza en el prevaricador en tiempo de angustia". No podemos decir ahora quién de ellos tenía razón o si ambos habían errado en parte. Los dos, de todos modos, sufrieron por la separación: Pablo tuvo que apartarse en enojo del hombre a quien probablemente debió más que a cualquier otro ser humano; y Bernabé fue separado del más grande espíritu de la época.

Nunca más volvieron a encontrarse; no fue debido, sin embargo, a la continuación de su disputa. El calor de la pasión pronto se enfrió y el antiguo amor volvió. Pablo, en sus escritos, menciona con honra a Bernabé, y en la última de sus epístolas pide que Marcos venga a él a Roma, agregando especialmente que le es útil para el ministerio: es decir, para lo mismo de que había dudado antes con referencia a él. Pero por lo pronto, la disputa les separó. Acordaron dividirse la región que habían evangelizado juntos. Bernabé y Marcos fueron a Chipre, y Pablo procuró visitar las iglesias en el continente. Llevó como compañero a Silas en lugar de Bernabé, y no había hecho todavía mucho de su nuevo viaje, cuando se encontró con uno que ocuparía el lugar de Marcos. Este fue Timoteo, un convertido que había hecho en Listra, en su primer viaje; era joven y moderado, y continuó siendo el compañero fiel y el consuelo constante del apóstol hasta el fin de su vida.

La mitad del viaje no descrita.

En cumplimiento del propósito con que había salido, Pablo comenzó este viaje visitando de nuevo las iglesias en cuya fundación había tomado parte. Principiando en Antioquia, y siguiendo en dirección del noroeste, hizo este trabajo en Siria, Cilicia y otras partes, hasta que llegó al centro del Asia Menor, donde quedó cumplido el primer objeto de su viaje. Pero, cuando un hombre está en el camino del deber, toda clase de oportunidades se abren ante él. Cuando Pablo hubo pasado por las provincias que antes había visitado, nuevos deseos de penetrar más allá comenzaron a arder en su pecho, y la providencia abrió el camino. Todavía fue adelante en la misma dirección por Frigia y Galacia. Bitmia, una gran provincia situada a lo largo de la costa del mar Negro, y Asia, una provincia densamente poblada, en el oeste del Asia Menor, parecieron invitarle, y deseó entrar en ellas. Pero el Espíritu, que guiaba sus pasos, le indicó, por medios desconocidos a nosotros, que estas provincias le estaban cerradas en aquel tiempo; y moviéndose adelante, en la dirección en la que su divino guía le permitió ir, se halló en Troas, ciudad en la costa noroeste del Asia Menor.

Así viajó desde Antioquia, en el sudeste, hasta Troas, en el noroeste del Asia Menor, evangelizando por todo el camino. Debe haber empleado meses, tal vez aun años; sin embargo, de este largo y laborioso período no poseemos ningún detalle, excepto tal o cual noticia de su comunicación con los Gálatas, que podemos encontrar en su epístola a aquella iglesia. La verdad es que tan asombrosa como es la historia de la carrera de Pablo dada en los Hechos, este registro es muy breve e imperfecto; y su vida estuvo mucho más llena de aventuras, de trabajos y de sufrimientos por Cristo, que lo que la narración de Lucas nos conduciría a suponer. El plan de los Hechos es decir solamente lo que fue más nuevo y característico en cada viaje; pasa por alto, por ejemplo, todas sus visitas repetidas a los mismos lugares. Así, hay grandes vacíos en su historia, que, en realidad, estuvieron tan llenos de interés como las porciones de su vida de las que

tenemos una completa descripción. Hay una prueba asombrosa de esto en una epístola que escribió dentro del período cubierto por los Hechos de los Apóstoles. Mencionando en su argumentación algunas de sus aventuras, pregunta:

"¿Son ministros de Cristo? yo más: en trabajos más abundante; en azotes sin medida; en cárceles más; en muertes muchas veces; de los judíos cinco veces he recibido cuarenta azotes, menos uno; tres veces he sido azotado con varas; una vez apedreado; tres veces he padecido naufragio; una noche y un día he estado en lo profundo de la mar; en caminos muchas veces; en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi nación, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en la mar, peligros entre falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchas vigilias en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez; sin otras cosas además, lo que sobre mí se agolpa cada día, la solicitud de todas las iglesias". Ahora, de las aventuras de este catálogo extraordinario, el libro de los Hechos menciona muy pocas: de las cinco veces que fue azotado por los judíos no cita ninguna; de las tres veces que fue castigado por los romanos, solamente una; registra la vez que fue apedreado, pero ninguno de los tres naufragios, porque el naufragio detallado en los Hechos aconteció más tarde. No era parte del designio de Lucas exagerar la figura del héroe que estaba retratando. Su breve y modesta narración es más corta que la misma realidad, y al pasar por las pocas y simples palabras en que condensa la historia de meses o años, nuestra imaginación requiere ser activa, para llenar el bosquejo con trabajos y labores a lo menos iguales a aquellos cuya memoria se ha conservado.

Viaje a Europa.

Pareciera que Pablo llegó a Troas bajo la dirección del Espíritu sin conocimiento de la dirección que tomaría en seguida. Pero, ¿pudo dudar de cuál era el intento divino, cuando, mirando las aguas del Helesponto, vio las costas de Europa al otro lado? Estaba ahora dentro del círculo encantado, donde por varios siglos la civilización había tenido su hogar, y no podía quedar enteramente ignorante de aquellas historias de guerra y empresas, ni de aquellas leyendas de amor y valor que han hecho esta parte del mundo para siempre brillante y querida al corazón del género humano. Sólo a cuatro millas de distancia estaba el llano de Troya, donde Europa y Asia se encontraron en la lucha celebrada en el canto inmortal de Hornero. No muy lejos de allí Jerjes, sentado en un trono de mármol, revistió los tres millones de asiáticos con quienes trató de sujetar a Europa a sus pies. Por el otro lado de aquel estrecho estaban Grecia y Roma, los centros de donde habían salido la instrucción, el comercio, y los ejércitos que gobernaban el mundo. ¿Podría su corazón, tan ambicioso por la gloria de Cristo, dejar de arder en el deseo de arrojar sobre estos fuertes, o dudaría de que el Espíritu le guiaba en esta empresa? Conoció que Grecia, con toda su sabiduría, carecía de aquel conocimiento que hace sabio para la salvación; y que los romanos, aunque fueron los conquistadores de este mundo, ríamente conocían el modo de ganarse una herencia en el mundo venidero. Pero en su pecho llevaba el secreto que ambas requerían.

Puede haber sucedido que tales pensamientos, moviéndose vagos y confusos en su mente, se proyectaran en la visión que tuvo en Troas; o ¿fue la visión la que primero despertó en él la idea de cruzar a Europa? Mientras dormía al arrullo del mar Egeo, vio un hombre parado en la ribera opuesta, la que había visto antes de ir a descansar, llamándole y gritando: "Pasa a Macedonia y ayúdanos". Aquella figura representaba a Europa, y su grito demandando ayuda representaba la necesidad que ella tenía de Cristo. Pablo reconoció en todo esto un llamamiento divino; y el siguiente ocaso del sol que bañó el Helesponto con su áurea luz brilló sobre el misionero sentado en la cubierta de un buque cuya proa se movía hacia la costa de Macedonia.

Durante este traslado de Pablo, de Asia a Europa, estaba verificándose una gran decisión providencial que nosotros como hijos del Occidente no podemos recordar sin la más profunda gratitud. El cristianismo se levantó entre orientales y era de esperarse que se hubiera extendido primeramente a aquellas razas con quienes los judíos estaban más relacionados; en lugar de haber venido hacia el Occidente, podría haber penetrado en el Oriente, podría haber llegado a Arabia, y haber tomado posesión de aquellas regiones donde la fe del Falso Profeta ahora levanta su bandera; pudiera haber visitado *las* tribus errantes del Asia Central, y, atravesando los Himalayas, haber establecido sus templos a las orillas del Ganges, el Indus, y el Godavary; pudo haber caminado más allá hacia el Este para sacar a los millones de China del frío secularismo de Con-fucio. Si así hubiera sucedido, los misioneros de la India y del Japón hoy día atravesarían el océano para venir a predicar a Inglaterra la historia de la cruz; pero la providencia confirió a Europa la superioridad, y el destino de nuestro continente se decidió al cruzar Pablo el mar Egeo.

Grecia - Macedonia.

Como Grecia estaba más cerca de las costas de Asia que Roma, la conquista de dicha nación para Cristo fue el gran móvil de su segundo viaje misionero. Como el resto del mundo en aquel tiempo, encontrábase bajo el dominio de Roma, y los romanos lo habían dividido en dos provincias.

Macedonia en el Norte y Acaya en el Sur, Macedonia fue, por consiguiente, el primer escenario de la misión griega de Pablo. Estaba atravesada de oriente a occidente por un gran camino romano, por el cual viajó el misionero. Y los lugares de donde tenemos noticia de sus trabajos son Filipos, Tesalónica y Berea.

El carácter de los griegos en esta provincia septentrional estaba mucho menos corrompido que en la más pulida sociedad del Sur. En el pueblo macedonio todavía existía algo de la fuerza y el valor que cuatro siglos antes habían hecho de sus soldados los conquistadores del mundo. Las iglesias que Pablo fundó aquí le dieron mucho más consuelo que cualesquiera otras. Ninguna de sus epístolas demuestra más gozo y cordialidad que las que escribió a los tesalonicenses y filipenses; y como escribió esta última ya muy avanzado en la carrera de su vida, su perseverancia en el evangelio debe haber sido tan notable como la bienvenida que le dieron al principio. En Berea se encontró con una generosa sinagoga de judíos, la más rara experiencia que tuvo.

Una característica prominente de la obra en Macedonia fue la parte que tomaban en ella las mujeres. En medio de la decadencia general de las religiones en este período, muchas mujeres en todas partes buscaban la satisfacción de sus instintos religiosos en la fe pura de la sinagoga. En Macedonia, tal vez a causa de su profunda moralidad, estos prosélitos del sexo débil eran más numerosos que en cualquiera otra parte, de manera que acudieron en gran número a formar en las filas de la iglesia cristiana. Esto era un buen presagio; podemos decir que era la profecía del cambio feliz que la iglesia cristiana de las naciones de Occidente había de producir en el destino de la mujer. Si el hombre debe mucho a Cristo, la mujer le debe aun más; la ha librado de la degradación de ser esclava o juguete del hombre, y la ha levantado hasta ser su amiga e igual ante el cielo; mientras que, por otra parte, una nueva gloria ha sido añadida a la religión de Cristo, en la delicadeza y dignidad de que se halla investida por el carácter femenino. Estas cosas fueron vivamente ilustradas en los primeros pasos del cristianismo sobre el continente europeo. La primera conversión fue la de una mujer; al celebrarse el primer culto cristiano en el suelo de Europa, el corazón de Lidia fue abierto para recibir la verdad, y el cambio que se operó en ella prefiguró lo que la mujer sería en aquel continente bajo la influencia del cristianismo. En la misma ciudad de Filipos se veía, también al mismo tiempo, una imagen representativa de la condición de la mujer en Europa antes de que el evangelio llegara allí, en una pobre muchacha poseída de un espíritu de adivinación y tenida en esclavitud por hombres que hacían su fortuna con la desgracia de ésta, y a quien Pablo sanó. Su miseria y su degradación eran un símbolo de la condición femenina desfigurada; mientras que el carácter dulce y benévolo de la cristiana Lidia era símbolo de la misma condición transfigurada.

Otra característica que hacía notables a las iglesias macedonias era el espíritu de liberalidad. Insistían en suplir las necesidades de los misioneros; y aun después que Pablo los había dejado, le enviaban dádivas para cubrir sus gastos en otras ciudades. Mucho tiempo después, cuando él estaba prisionero en Roma, mandaron a Epafrodito, uno de sus maestros, con dones semejantes a los anteriores, y lo facultaron para quedarse con él asistiéndole. Pablo aceptó la generosidad de estos leales corazones, aunque en otros lugares se hubiera deshecho las manos y hubiera dejado su descanso natural antes que aceptar tales favores. Además, su voluntad de dar no se debía a superioridad en riquezas; al contrario daban de su pobreza; estaban pobres cuando comenzaron, y los volvieron aún más pobres las persecuciones que tenían que sufrir. Estas persecuciones fueron más severas después de que Pablo hubo salido, y duraron mucho tiempo. Por supuesto que en

Pablo fue en quien primero se hicieron sentir. Aunque él tuvo tanto éxito en Macedonia, al fin le echaron fuera de las ciudades como lo peor de todas las cosas; esto era generalmente hecho por los judíos que, o fanatizaban a las turbas y las excitaban contra él, o le acusaban ante las autoridades romanas de estar introduciendo una nueva religión, turbando la paz, o proclamando un rey que sería rival de César. Ellos no querían entrar en el reino de los cielos ni podrían sufrir que otros entraran.

Pero Dios protegió a su siervo. En Filipos le libertó de la prisión por un milagro físico, y por un milagro de gracia, todavía más maravilloso, efectuado en su cruel carcelero; y en otras ciudades le salvó por medios más naturales. A pesar de la amarga oposición, varias iglesias fueron fundadas en ciudad tras ciudad, y de éstas, las buenas nuevas pasaron a toda la provincia de Macedonia.

Acaya.

Cuando al dejar a Macedonia Pablo caminó al sur con dirección a Acaya, entró en la verdadera Grecia, el paraíso del genio y del renombre. La memoria de la grandeza del país se levantó a su derredor en el camino. Al partir de Berea pudo ver tras de sí las nevadas cumbres del monte Olimpo, donde se suponía habitaban las deidades de Grecia. Pronto estuvo cerca de las Termopilas, donde los trescientos inmortales permanecieron firmes contra millares de bárbaros; y a la terminación de su viaje veía delante de él la isla de Salamina, donde otra vez la Grecia fue salvada de destrucción por el heroísmo de sus hijos.

Atenas.

El destino de Pablo era Atenas, la capital del país. Al entrar en la ciudad no pudo ser insensible a los grandes recuerdos estrechamente unidos a sus calles y monumentos. Aquí la inteligencia humana había brillado con un esplendor que no ha exhibido nunca en otra parte. En la edad de oro de su historia Atenas poseía muchos más hombres del más alto genio que los que jamás hayan vivido en cualquiera otra ciudad. Hasta hoy, sus nombres llenan de gloria el suyo. Sin embargo, aun en el tiempo de Pablo la viviente Atenas era cosa del pasado. Cuatrocientos años habían transcurrido desde su edad de oro, y en el curso de estos siglos había experimentado un triste decaimiento. Habían degenerado la filosofía, la oratoria, el arte, la poesía. Vivía de su pasado. Sin embargo, aún tenía un gran nombre, y estaba llena de cierta cultura y saber. Abundaba en filósofos, así llamados, de diferentes escuelas, y en maestros y profesores de toda variedad de conocimientos; y millares de extranjeros de la clase rica, reunidos de todas partes del

mundo, vivían allí para estudiar o para satisfacer sus inclinaciones intelectuales. Todavía representaba para el visitante inteligente uno de los grandes factores en la vida del mundo.

Con la maravillosa adaptación que le capacitó para ser todas las cosas a todos los hombres, Pablo se adaptó a este pueblo también. En la plaza o en el lugar de los sabios entraba en conversación con los estudiantes y filósofos, como Sócrates había acostumbrado hacerlo en el mismo lugar hacía cinco siglos. Pero Pablo encontró aún menos apetencia de la verdad que el más sabio de los griegos. En vez del amor a la verdad, una insaciable curiosidad intelectual poseía a los habitantes. Esta los hizo bastante complacientes para tolerar a cualquiera que les presentara una nueva doctrina: y entre tanto que Pablo desarrollaba la parte meramente especulativa de su mensaje, le escuchaban con placer. Su interés pareció aumentar y al fin una multitud de ellos le llevaron al Areópago, el centro mismo de los esplendores de su ciudad, y le pidieron una presentación completa de su fe. Cumplió con sus deseos, y en el magnífico discurso que allí pronunció, gratificó muy satisfactoriamente su gusto peculiar, al desenvolver en oraciones de la más noble elocuencia las grandes verdades de la unidad de Dios y la unidad de los hombres que forman la base del cristianismo. Pero cuando avanzó de estos preliminares a tocar la conciencia de su auditorio y a hablarles de su propia salvación, le abandonaron todos.

Partió de Atenas, y nunca volvió a ella. En ninguna parte había fracasado tan completamente. Solía sufrir la más violenta persecución y reanimarse con corazón alegre; pero hay algo peor que la persecución para una fe tan vehemente como era la suya. Y aquí lo encontró. Su mensaje no despertó ni interés ni oposición. Los atenienses nunca pensaron en perseguirle; simplemente no hicieron caso de lo que dijo "este palabrero"; y tan frío desdén le cortó más severamente que las piedras del populacho o las varas de los lictores. Quizá nunca se había sentido tan desanimado. Cuando dejó a Atenas pasó a Corinto, la otra gran ciudad de Acaya; y él mismo nos dice que llegó allí en flaqueza, y en temor, y en mucho temblor.

Corinto.

Había en Corinto bastante del espíritu de Atenas para que estos sentimientos no desaparecieran fácilmente. Corinto era la capital mercantil de Grecia y Atenas la intelectual. Pero los corintios también estaban llenos de curiosidad disputadora e intelectual orgullo. Pablo temió tener una recepción semejante a la de Atenas; ¿pudo ser que estos fueran pueblos para quienes el evangelio no tuviera mensaje? Esta fue la difícil cuestión que le hizo temblar. Parecía no haber en ellos nada que el evangelio afectara. Parecían no sentir necesidades que éste pudiera satisfacer.

Hubo otros elementos de desmayo en Corinto. Era el París de los tiempos antiguos, una ciudad rica y lujuriosa, enteramente entregada a la sensualidad. Se desplegaba el vicio sin vergüenza, en formas que infundieron desesperación en la mente purísima de Pablo. ¿Podrían los hombres rescatarse de las garras de vicios tan monstruosos? Además la oposición de los judíos se levantó con malignidad mayor que la usual. Por fin tuvo que abandonar la sinagoga, y lo hizo con expresiones de los más fuertes sentimientos. ¿Iba el soldado de Cristo a ser arrojado del campo, y forzado a confesar que el evangelio no estaba adaptado a la nación culta? Así le pareció.

Pero vino un cambio. En el momento crítico Pablo fue visitado con una de aquellas visiones que solían serle concedidas en las crisis más penosas y decisivas de su historia. El Señor le apareció en la noche, diciéndole: "No temas, sino habla, y no calles. Porque yo estoy contigo, y ninguno te podrá hacer mal; porque yo tengo mucho pueblo en esta ciudad". El apóstol se reanimó y las causas del desmayo comenzaron a desaparecer. Se desplegó en oposición de los judíos cuando llevaron a Pablo con violencia ante Galio, el gobernador impuesto allí por los romanos, pero fueron despedidos de su tribunal con ignominia y desdén. El mismo presidente de la sinagoga llegó a ser cristiano, y las conversiones multiplicáronse entre los corintios nativos. Pablo gozó el solaz de vivir bajo el techo de Aquila y Priscila, amigos leales, de su propia raza y ocupación. Permaneció año y medio en la ciudad y fundó una de las más interesantes de sus iglesias, plantando así el estandarte de la cruz también en Acaya, y probando que el evangelio es el poder de Dios para salvación aun en los centros de la sabiduría del mundo.

El tercer viaje y Efeso.

Debe haber sido una historia conmovedora la que Pablo tenía que contar en Jerusalén y Antioquia, cuando volvió de su segunda expedición; pero no estaba dispuesto a dormir sobre sus laureles, y no mucho tiempo después emprendió su tercer viaje.

Era de esperarse que, habiendo en el segundo establecido el evangelio en Grecia, ahora dirigiera sus miradas a Roma. Pero si consultamos un mapa, observaremos que en medio, entre las regiones del Asia Menor, que había evangelizado durante su primera campaña misionera, y las provincias de Grecia, en donde había establecido iglesias durante la segunda, hay un espacio, la provincia populosa del Asia, al Occidente del Asia Menor. A esta región se dirigió en su tercer viaje. Permaneciendo por tres años en Efeso, su capital, se puede asegurar que llenó este espacio y conectó las conquistas de sus anteriores campañas. En realidad, este viaje incluía, al principio, una visita a todas las iglesias anteriormente fundadas en Asia Menor, y al fin una violenta visita a las iglesias de Grecia; pero fiel a su plan de detenerse solamente en lo que era nuevo en cada expedición, el autor de los Hechos sólo nos ha suministrado detalles con relación a Efeso.

Esta ciudad era en aquel tiempo el Liverpool del Mediterráneo. Poseía un espléndido puerto en el que estaba concentrado el tráfico del mar que era entonces el camino real de todas las naciones; y como Liverpool tiene detrás de sí las grandes ciudades del Lancashire, así Efeso tenía tras de sí y a su alrededor las ciudades que se mencionan con ella en las epístolas a las iglesias y en el libro de Apocalipsis: Smirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia, y Laodicea. Era una ciudad de vastas riquezas, y se había entregado a toda clase de placeres; se recordará que su teatro e hipódromo eran de fama universal.

Pero Efeso era todavía más famosa como ciudad sagrada. Era el asiento del culto a la diosa Diana, cuyo templo era uno de los más célebres altares del mundo antiguo. Dicho templo era inmensamente rico y albergaba a un gran número de sacerdotes. Era lugar de concurso, en ciertas estaciones del año, de multitudes de peregrinos de las regiones vecinas; y los habitantes de la ciudad florecían ministrando de varias maneras a esta gente supersticiosa. Los plateros hicieron un oficio de la fabricación de pequeñas imágenes de la diosa, semejantes a la que existía en el templo, y que se decía haber caído del cielo. Copias de los caracteres místicos grabados en esta antigua reliquia se vendían como encantos. Pululaban en la ciudad los hechiceros, adivinos, interpretadores de sueños y otras muchas gentes de esta clase, que explotaban a los marineros, peregrinos y comerciantes que frecuentaban el puerto.

Polémica sostenida contra la superstición

El trabajo de Pablo tenía, por consiguiente, que asumir la forma de polémica contra la superstición. Efectuó tan grandes milagros en el nombre de Jesús, que algunos de los engañadores judíos trataron de echar fuera demonios invocando el mismo nombre; pero el atentado no les produjo más que una derrota. Algunos otros profesores de artes mágicas fueron convertidos al cristianismo y quemaron sus libros. Los vendedores de objetos de superstición veían que su industria se les escapaba de las manos. A tal grado llegó esto en una de las fiestas de la diosa, que los plateros, cuyo tráfico en pequeñas imágenes se estaba arruinando, organizaron una revuelta contra Pablo, que se verificó en tal teatro y tuvo tanto éxito que le obligaron a salir de la ciudad.

Pero no salió antes de que el cristianismo se hubiera establecido firmemente en Efeso, y el faro del evangelio resplandeciera brillante en la costa asiática, correspondiéndose con el que fulguraba en las costas de Grecia, al otro lado del Egeo. Tenemos un monumento de su éxito en las iglesias establecidas por todas las cercanías de Efeso, a las que San Juan habló unos cuantos años después en el Apocalipsis; porque fueron probablemente el fruto indirecto de los trabajos de Pablo. Pero tenemos un monumento mucho más admirable de ello en la epístola a los Efesios. Este es, tal vez, el más profundo libro que hay. Y, sin embargo, su autor esperaba evidentemente que los efesios lo entendieran. Si los discursos de Demóstenes, con su compacta y sólida

demostración, entre cuyas articulaciones ni el filo de la hoja de navaja se puede introducir, son un monumento de la grandeza intelectual de Grecia, que los escuchaba con placer; si los dramas de Shakespeare, con sus profundas opiniones de la vida y su lenguaje oscuro y complejo, son un testimonio de la fuerza intelectual de la época de Isabel, que podía gozarse en un lugar de entretenimiento con tan sólidos asuntos; entonces la Epístola a los Efesios, que investiga las mayores profundidades de la doctrina de Cristo y que se eleva hasta las mayores alturas de la experiencia cristiana, es un testimonio del adelanto que los convertidos de Pablo habían alcanzado bajo su predicación en Efeso.

Capítulo 7

SUS ESCRITOS Y SU CARÁCTER

Sus escritos y Su principal período literario

Se ha hecho notar que el tercer viaje misionero de Pablo terminó con una visita a las iglesias de Grecia. Esta visita duró varios meses, pero la historia de ella en los Hechos está incluida en dos o tres versículos. Es probable que no abundó en aquellos incidentes excitantes que naturalmente inducen al biógrafo a entrar en detalles. Sin embargo, sabemos por otras fuentes que esa fue tal vez la época más importante de la vida de Pablo; pues durante este medio año escribió la más grande de todas sus epístolas, la de los Romanos, y otras dos de casi igual interés, la de los Galatas y la segunda de los Corintios.

Así hemos entrado en la porción de su vida más señalada por la obra literaria. Por grande que sea la impresión de la notabilidad de este hombre, producida por el estudio de su historia —cuando se apresura de provincia en provincia, de continente en continente, sobre la tierra y el mar, en persecución del objeto a que se había dedicado— esta impresión se hace mucho más profunda cuando recordamos que, al mismo tiempo, fue el pensador más grande de su época, si es que no lo fue de cualquiera época, y que en medio de sus trabajos exteriores estaba produciendo escritos que desde entonces han figurado entre las fuerzas intelectuales más poderosas del mundo, y cuya influencia crece todavía. Bajo este concepto, Pablo se levanta sobre todos los demás evangelistas y misioneros. Algunos de ellos pueden haberse aproximado a él en ciertos aspectos: Javier o Livingstone en el instinto de conquistar el mundo, San Bernardo o Whitefield en la consagración y actividad; pero pocos de estos hombres añadieron una sola idea nueva a las creencias del mundo, mientras Pablo, igualándoles en su línea especial, dio a la humanidad un nuevo mundo de pensamientos. Si sus epístolas pudiesen, la pérdida para la literatura sería la más grande

posible, con una sola excepción —la de los Evangelios— que registran la vida, las palabras y la muerte de nuestro Señor. Ellas han estimulado la mente de la iglesia como ningún otro escrito lo ha hecho, y han esparcido en el suelo del mundo multitud de semillas, cuyo fruto es ahora la posesión general de los hombres. De ellas se han originado los lemas de progreso en todas las reformas que la iglesia ha experimentado. Cuando Lutero despertó a Europa del sueño de los siglos, fue con una palabra de Pablo; y cuando, hace cien años, Escocia fue levantada de la casi completa muerte espiritual, fue llamada con la voz de hombres que habían vuelto a descubrir la verdad en las páginas de Pablo.

La forma de sus escritos.

Sin embargo, al escribir sus epístolas, Pablo mismo puede haber tenido poca idea de la influencia que habían de tener en el futuro. Las escribió simplemente a demanda de su obra. En el sentido más estricto de la palabra, fueron cartas escritas para responder a ocasiones particulares, y no escritos formales cuidadosamente proyectados y ejecutados con vista de la fama o del porvenir. Son buenas cartas, ante todo, producto del corazón; y fue el corazón ardiente de Pablo, anhelando el bien de sus hijos espirituales, o alarmado por los peligros a que estuvieron expuestos, el que produjo todos sus escritos. Fueron parte de su trabajo diario. De la misma manera que volaba sobre mar y tierra para visitar de nuevo a sus convertidos, o enviaba a Timoteo o a Tito para llevarles sus consejos y traerle noticias de cómo iban, así, cuando no pudo valerse de estos medios, enviaba una carta con el mismo propósito.

El estilo de sus escritos

Esto, parece, puede disminuir el valor de sus escritos; podemos inclinarnos a desear que en vez de tener el curso de su pensamiento determinado por las exigencias de tantas ocasiones especiales, y su atención distraída por tantas particularidades minuciosas, pudiera haber concentrado la fuerza de su mente en la preparación de un libro perfecto, y explicado sus opiniones sobre los profundos asuntos que ocuparon su pensamiento en una forma sistemática. No puede sostenerse que las epístolas de Pablo sean modelos de estilo. Fueron escritas con demasiada prisa y nunca pensó en pulir sus oraciones. A menudo, en verdad sus ideas, por la mera virtud de su delicadeza y hermosura, corren en formas exquisitas de lenguaje, o hay en ellas una emoción tal que les da espontáneamente formas de la más noble elocuencia. Pero más frecuentemente su lenguaje es áspero y de formas rudas; es indudable que fue lo que primero le vino a la mano para expresar su pensamiento. Comienza oraciones y omite el acabarlas, entra en digresiones y se olvida de volver a seguir la línea del pensamiento que había abandonado, presenta sus ideas en masa en lugar de fundirlas en coherencia mutua. Quizá cierta irregularidad conviene a la más alta *originalidad*. *La expresión* perfecta y el arreglo ordenado de las ideas es un procedimiento posterior, pero cuando los grandes pensamientos salen por primera vez a luz

hay cierta aspereza primordial en ellos. El pulimento del oro viene después: tiene que ser precedido por el arrancamiento del mineral de las entrañas de la tierra. En sus escritos Pablo arroja a la luz en bruto el mineral de la verdad. *Le* debemos centenares de ideas que no habían sido expresadas antes. Después que el hombre original ha sacado su idea, el más ordinario escriba puede expresarla a otros mejor que el que la originó. Así, por todos los escritos de Pablo se hallan materiales que otros pueden combinar en sistemas de teología y ética, y es el deber de la iglesia hacerlo; pero sus epístolas nos permiten ver la revelación en el mismo proceso de su nacimiento. Al leerlas cuidadosamente parece que somos testigos de la creación de un mundo de verdades, y quedamos maravillados como los ángeles al ver el firmamento desenvolviéndose del caos, y la tierra extendiéndose a la luz. Tan minuciosos como son los detalles de que a menudo tiene que tratar, toda su inmensa vista de la verdad es recordada en la discusión de cada uno de ellos, como todo el cielo es reflejado en una sola gota de rocío. ¿Qué prueba más impresionante de la fecundidad de su mente puede haber que el hecho de que, en medio de las innumerables distracciones de su segunda visita a los convertidos griegos, escribiera, en medio año, tres libros tales como Romanos, Calatas, y el segundo a los Corintios?

La inspiración de Pablo

Fue Dios por su Espíritu quien comunicó esta revelación de la verdad a Pablo. La misma grandeza y divinidad de ella suministran la mejor prueba de que no podía haber tenido otro origen. A pesar de esto, se presentó en la mente de Pablo con el gozo y el dolor del pensamiento original; le vino por la experiencia, empapó y pintó las fibras todas de su mente y su corazón; y la expresión de ella en sus escritos está de acuerdo con su peculiar genio y circunstancias.

Su carácter

Sería fácil sugerir compensaciones en la forma de los escritos de Pablo para las cualidades literarias que les faltan. Pero una de éstas prepondera tanto sobre todas las otras que es suficiente por sí misma para justificar en este caso la manera de actuar de Dios. En ninguna otra forma literaria podríamos tener tan fiel reflejo del hombre en sus escritos. Las cartas son la forma más personal de la literatura. Un hombre puede escribir un tratado particular, una historia y hasta un poema, y esconder su personalidad tras el escrito. Pero las cartas no tienen valor ninguno a menos que el escrito se muestre. Pablo está constantemente visible en sus cartas; podéis sentir palpitar su corazón en cada capítulo que escribió. Ha trazado su propio retrato —no sólo del hombre exterior sino de sus más íntimos sentimientos— como ningún otro podría haberlo trazado. A pesar de la admirable pintura que Lucas hace en el libro de los Hechos, no es de él de quien aprendemos lo que Pablo en realidad era, sino de Pablo mismo. Las verdades que revela se ven todas constituyendo al hombre. Así como hay algunos predicadores que son más grandes que sus sermones, y la ganancia principal de los que les escuchan se obtiene en los vislumbres que

distinguen de una personalidad grande y santificada, así también lo mejor de los escritos de Pablo es Pablo mismo, o más bien la gracia de Dios en él.

La combinación de lo natural y lo espiritual

Su carácter presentaba una combinación admirable de lo natural y lo espiritual. De la naturaleza había recibido una individualidad grandemente notable; pero el cambio que el cristianismo produjo no fue menos obvio en él. No es posible separar exactamente en el carácter de ningún hombre salvado lo que se debe a la gracia; porque la naturaleza y la gracia se confunden dulcemente en la existencia redimida. En Pablo la unión de las dos fue notablemente completa, y, sin embargo, era claro que había en él dos elementos de diverso origen; y ésta es en realidad la llave para estimar con éxito su carácter.

Características de Pablo

1. Su aspecto físico

Comencemos con lo que es más natural: su aspecto físico, que era una condición importante para su carrera. Así como la falta del oído hace imposible la carrera musical, o la ausencia de la vista suspende los progresos de un pintor, así la carrera misionera es imposible sin cierto grado de energía física. A cualquiera que haya leído el catálogo de los sufrimientos de Pablo y observado la facilidad con que se rehacía de los más severos para volver a su trabajo, se le ocurre que debe haber sido una persona de constitución hercúlea. Al contrario, parece haber sido de baja estatura y de una débil constitución. Esta debilidad parece que se agravó algunas veces por enfermedades que le desfiguraron; y él sentía mucho la decepción que su presencia excitaría entre los extraños; porque todo predicador que ama su trabajo quisiera predicar el evangelio con todas las cualidades que concilian el favor de los oyentes con el orador. Dios, sin embargo, usó su misma debilidad, lejos de lo que esperaba, para ganar la ternura de sus convertidos; y así, cuando estaba débil era fuerte, y aun en sus enfermedades era capaz de gloriarse. Hay una teoría que se ha extendido bastante, acerca de que la enfermedad que le aquejaba muy a menudo era una fuerte oftalmía, que le producía un color rojo desagradable en los párpados; pero sus fundamentos no son seguros. Al contrario, parece que tenía un poder notable de fascinar e intimidar a un enemigo con la perspicacia de su vista, como en la historia del hechicero Elimas, que nos trae a la memoria la tradición de Lutero, cuyos ojos, se dice, brillaban algunas veces de tal manera que los circunstantes apenas podían mirarlos. No hay fundamento ninguno para la idea de algunos biógrafos recientes de Pablo, acerca de que su constitución era excesivamente frágil y crónicamente afligida por enfermedades nerviosas. Ninguno podría haber pasado sus trabajos —

sufriendo azotes, habiendo sido apedreado y torturado de muchas otras maneras, como lo fue él—' sin tener una constitución excepcionalmente sana y fuerte. Es verdad que algunas veces se hallaba postrado por la enfermedad y hecho pedazos por los actos de violencia a que estaba expuesto; pero la rapidez con que se recuperaba en estas ocasiones prueba que tenía una gran cantidad de energía vital. Y ¿quién duda de que, cuando su cara se impregnaba de amor tierno para pedir que los hombres se reconciliaran con Dios, o cuando se encendía de entusiasmo al anunciar su mensaje, haya poseído una belleza noble muy superior a la mera regularidad de las facciones?

2. Su actividad

Hubo mucho de natural en otro elemento de su carácter, del cual éste dependía en gran parte: su espíritu de actividad. Hay muchos hombres que desean crecer donde han nacido. Les es intolerable tener que cambiar sus circunstancias y tener relaciones con nueva gente. Pero hay otros que desean cambiar de continuo su estado. Son las personas designadas por la naturaleza para ser emigrantes y exploradores, y si se dedican al trabajo del ministerio son los mejores misioneros. En los tiempos modernos ningún misionero ha tenido este espíritu de aventuras en el mismo grado que el lamentado héroe David Livingstone. Cuando por primera vez fue al África, encontró a los misioneros reunidos en el Sur del continente, apenas dentro de los límites del paganismo. Tenían sus casas y jardines, sus familias, sus pequeñas congregaciones de nativos, y estaban contentos. Pero desde luego Livingstone avanzó más allá de los demás, hacia el corazón del paganismo, y los sueños de regiones más distantes nunca cesaron de poblar su imaginación, hasta que al fin comenzó sus viajes extraordinarios por millares de millas en un país en el que jamás había estado misionero alguno; y cuando la muerte le sorprendió todavía estaba avanzando. La naturaleza de Pablo fue de la misma clase, llena de valor para las aventuras. Lo desconocido en la distancia, en vez de hacerle desmayar, le atrajo. No se contentaba con edificar sobre los fundamentos de otros hombres, sino que constantemente se apresuraba a ir a suelo virgen, dejando las iglesias para que otros las edificasen. Creía que si se encendía la lámpara del evangelio aquí y allí sobre vastas extensiones, la luz por su propia virtud se extendería en su ausencia. Le gustaba contar las leguas que había viajado, pero su lema era "siempre adelante". En sus sueños veía hombres llamándoles a nuevos países. Siempre tenía en su mente un gran programa por ejecutar, y cuando la muerte se aproximó, todavía estaba pensando en viajes a los más remotos rincones del mundo conocido.

3. Su influencia sobre los hombres

Otro elemento de su carácter, parecido al que acabamos de mencionar, fue su influencia sobre los hombres. Hay algunos para quienes es penoso tener que abordar a un extraño, aun tratándose de asuntos urgentes, y la mayor parte de los hombres no están tranquilos sino entre los suyos, o

entre los hombres de su misma clase o profesión; pero la vida que Pablo había escogido le puso en contacto con hombres de todas clases, y tuvo constantemente que presentar a extraños los asuntos de que estaba encargado. Se dirigía a un rey o un cónsul en una ocasión, y en otra a una compañía de esclavos o de soldados comunes. Un día tenía que hablar en la sinagoga de los judíos, otro entre una compañía de filósofos de Atenas, otro a los habitantes de alguna ciudad provincial lejos de los asientos de cultura. Pero pudo adaptarse a todos los hombres y a todos los auditorios: a los judíos hablaba como rabí acerca de las Escrituras del Antiguo Testamento; a los griegos citaba las palabras de sus poetas; y a los bárbaros hablaba del Dios que da la lluvia del cielo y las sazones fructuosas, llenando nuestros corazones de alimento y gozo. Cuando un hombre débil o falso procura ser todas las cosas a todos los hombres, termina siendo nada a nadie. Pero Pablo, arreglando su vida por esta norma, halló por todas partes entrada para el Evangelio, y al mismo tiempo ganó para sí mismo la estimación y amor de aquellos a quienes se adaptó. Si fue odiado amargamente por sus enemigos, nunca hubo un hombre amado más intensamente por los amigos. Le recibieron como a un ángel de Dios, aun como a Jesucristo mismo, y estuvieron listos para sacarse sus ojos y dárselos a él. Una iglesia estuvo celosa de que otra le tuviera demasiado tiempo. Cuando no pudo hacer una visita al tiempo prometido, se enojaron como si les hubiera hecho una injusticia; cuando estaba despidiéndose de ellos, lloraban, se arrojaban a su cuello y le besaban. Multitudes de jóvenes le rodeaban continuamente, listos para obedecer sus mandatos. En la grandeza del hombre estaba el secreto de esta fascinación, porque a una gran naturaleza todos acuden, sintiendo que cerca de ella les irá bien.

4. Su abnegación

Esta popularidad, sin embargo, era debida en parte a otra cualidad, que brillaba conspicuamente en su carácter: el espíritu de abnegación. Esta es la más rara cualidad en la naturaleza humana, y su influencia es la más poderosa sobre los demás, cuando existe puja y fuerte. La mayor parte de los hombres están de tal manera absortos en sus propios intereses, y esperan tan naturalmente que los otros lo estén, que si ven a otro que parece no tener interés propio, sino que desea servir a los demás como lo hacen para sí mismos, les parece sospechoso y tienen dudas respecto de si solamente estarán ocultando sus designios bajo la capa de la benevolencia; pero si se mantiene firme y prueba que su desinterés es genuino, no hay límite para el homenaje que están listos a tributarle. Como Pablo aparecía de país en país y de ciudad en ciudad, era, al principio, un enigma completo para los que se acercaban a él. Se formaban toda clase de conjeturas acerca de sus verdaderos designios. ¿Era dinero lo que buscaba? ¿Era poder, o alguna otra cosa todavía menos pura? Sus enemigos nunca cesaron de arrojar entre la gente estas insinuaciones. Pero aquellos que llegaban a vivir cerca de él y vieron qué hombre era, cuando supieron que rehusaba el dinero y trabajaba con sus propias manos día y noche para cuidarse de la sospecha de motivos mercenarios, cuando le oyeron orar con ellos uno por uno en sus hogares y exhortarles con lágrimas a una vida santa, y cuando vieron el interés personal tan sostenido que tomaba por cada uno de ellos, no pudieron resistir a las pruebas de su desinterés ni negarle su afecto. Nunca ha habido un hombre más desinteresado; no tenía literalmente interés en su vida propia. Sin lazos de familia, puso todos sus afectos, que pudieran haber sido dados a esposa e hijos, en su obra. Compara su ternura hacia sus convertidos con el amor de una madre para con sus hijos; aboga

con ellos para que recuerden que es el padre que los ha engendrado en el evangelio. Ellos son su gloria y su corona, su esperanza y su gozo. Deseoso como estaba de nuevas conquistas, nunca perdió su cuidado sobre las que había ganado. Pudo asegurar a sus iglesias que oraba y daba gracias por ellas día y noche, y recordaba por nombre a sus convertidos ante el trono de la gracia. ¿Cómo podía la naturaleza humana resistir a un desinterés como éste? Si Pablo fue un conquistador del mundo, lo conquistó por el poder del amor.

5. Su conciencia de tener una misión

Todavía tenemos que mencionar los rasgos más distintamente cristianos de su carácter. Uno de ellos fue la convicción de que tenía la misión divina de predicar a Cristo, la cual estaba pronto a cumplir. La mayor parte de los hombres nada más notan en la corriente de la vida, y su trabajo es determinado por muchas circunstancias indiferentes; tal vez debieran estar haciendo otra cosa, o preferirían, si fuera posible, no hacer nada. Pero desde el tiempo en que Pablo se hizo cristiano, supo que tenía una obra definida que llevar a cabo; y el llamamiento que recibió para ella nunca cesaba de sonar en su alma. "¡Ay de mí si no anunciare el evangelio!" Este era el impulso que lo llevaba adelante. Sentía en sí un mundo de verdades nuevas que debía expresar, y que la salvación de la humanidad dependía de tal expresión. Se comprendió llamado a dar a conocer a Cristo a todas las criaturas humanas que estuvieran a su alcance. Era esto lo que le hacía tan impetuoso en sus movimientos, tan ciego en el peligro. "De ninguna cosa hago caso, ni estimo mi vida preciosa para mí mismo; solamente que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios." El vivía con la cuenta que tenía que dar en el tribunal de Cristo, y su corazón se reanimaba en todas las horas de sufrimiento con la visión de la corona de vida que, si era fiel, el Señor, el juez justo, colocaría en su cabeza.

6. Su devoción personal a Cristo

La otra cualidad peculiarmente cristiana que modeló su carrera fue su devoción personal a Cristo. Esta fue la característica suprema de este hombre, y el principal origen de sus actividades desde el principio hasta el fin. Desde el momento de su primer encuentro con Cristo no tuvo más que una pasión: su amor al Salvador ardió con más y más vehemencia hasta el fin. Se deleitaba en llamarse el esclavo de Cristo, y no tenía ambición alguna excepto la de ser el propagador de las ideas y el continuador de la influencia de su Señor. Tomó la idea de ser el representante de Cristo sin vacilación. Afirmó que el corazón de Cristo latía en su pecho hacia sus convertidos, que la mente de Cristo pensaba en su cerebro, que continuaba la obra de Cristo y llenaba lo que faltaba en sus sufrimientos. Dijo también que las heridas de Cristo eran reproducidas en su cuerpo, que estaba muriendo para que otros vivieran, como Cristo murió para vida del mundo. Pero realmente era la mayor humildad la que se encontraba en estas expresiones francas. Sabía

que Cristo había hecho todo por él; que había entrado en él, arrojando al antiguo Pablo y concluyendo la antigua vida, y había engendrado un nuevo hombre con nuevos designios, sentimientos y actividades. Y era su más profundo deseo que este procedimiento siguiera y se completara; es decir, que su antiguo yo se desterrara completamente, y su nuevo yo, que Cristo había creado a su propia imagen, predominara de tal manera que, cuando los pensamientos de su mente fueran los de Cristo, sus palabras las de Cristo, sus hechos los de Cristo, y su carácter el de Cristo, pudiera decir: "y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí".

Capítulo 8

CUADRO DE UNA IGLESIA PAULINA

La vista exterior e interior de la historia

El viajero en una ciudad extranjera anda por las calles con el libro de guía en la mano, examinando los monumentos, iglesias, edificios públicos, y el exterior de las casas, y de esta manera se supone que se informa bien de la ciudad; pero al reflexionar hallará que ha aprendido muy poco, porque no ha estado dentro de las casas. No sabe cómo vive la gente, ni qué clase de muebles tienen, ni qué clase de alimentos comen, ni mucho menos cómo aman, qué cosas admiran y siguen, ni si están contentos con su condición. Al leer la historia, uno se pierde con frecuencia, porque solamente se ve la vida externa. La pompa y el brillo de la corte, las guerras hechas, y las victorias ganadas, los cambios en la constitución y el levantamiento y caída de administraciones, están fielmente registrados; pero el lector siente que podría aprender mucho más de la verdadera historia del tiempo, si pudiera ver por una sola hora lo que está pasando bajo los techos del campesino, del comerciante, del clérigo y del noble. En la historia de las Escrituras se halla la misma dificultad. En la narración de los Hechos de los Apóstoles recibimos relaciones vivas de los detalles externos de la historia de Pablo. Somos llevados rápidamente de ciudad en ciudad e informados de los incidentes de la fundación de las varias iglesias, pero algunas veces no podemos menos que desear detenernos para aprender lo que está dentro de una de estas iglesias. En Pafos o Iconio, en Tesalónica, Berea o Corinto, ¿cómo iban las cosas después que Pablo las dejó⁹ ¿A qué se asemejaban los cristianos y cuál era el aspecto de sus cultos? Felizmente nos es posible obtener esta vista interior. Como la narración de Lucas describe el exterior de la carrera de Pablo, así las Epístolas de este apóstol nos permiten ver sus aspectos interiores. Ellas escriben de nuevo la historia, pero bajo otro plan. Este es el caso especialmente en las Epístolas que fueron escritas al fin de su tercer viaje, las cuales inundan de luz el período de tiempo ocupado con todos sus viajes. En adición a las tres epístolas ya mencionadas como escritas en este tiempo, hay otra que pertenece a la misma época de su vida, la primera a los Corintios, que, puede decirse, nos transporta dos mil años atrás, y, colocándonos sobre una

ciudad griega, en la que hubo una iglesia cristiana, quita el techo del lugar de reunión de los cristianos y nos permite ver lo que está pasando en su interior.

Una iglesia cristiana en una comunidad pagana

Extraño es el espectáculo que vemos desde este lugar de observación. Es la tarde del sábado, pero por supuesto la ciudad pagana no conoce ningún sábado.

Han cesado las actividades del puerto, y las calles están llenas de los que buscan una noche de placeres, pues ésta es la ciudad más corrompida de aquel mundo antiguo corrompido. Centenares de comerciantes y marineros de países extranjeros se pasean. El alegre joven romano, que ha cruzado el mar para pasar un rato de orgía en esta París antigua, guía su ligero carro por las calles. Si es el tiempo de los juegos anuales se ven grupos de atletas rodeados de sus admiradores que discuten las probabilidades de ganar las coronas codiciadas. En tal cálido clima, todos, ancianos y jóvenes, están fuera de sus casas gozando la hora de la tarde, mientras el sol, bajando sobre el Adriático, arroja su luz áurea sobre los palacios y templos de la rica ciudad.

El lugar de reunión

Entre tanto, la pequeña compañía de cristianos viene de todas direcciones hacia su lugar de cultos, porque es su hora de reunión. El lugar en donde celebran sus cultos no se levanta muy conspicuamente ante nuestra vista, pues no es un magnífico templo, como aquellos de que está rodeado; no tiene siquiera las pretensiones aun de la vecina sinagoga. Quizás en un gran cuarto en una casa particular o el almacén de algún comerciante cristiano que se ha preparado para la ocasión.

Las personas presentes

Mirad a vuestro derredor, y ved los rostros. Desde luego discerniréis una distinción marcada entre ellos. Algunos tienen las facciones peculiares del judío, mientras los demás son gentiles de varias nacionalidades. Los últimos constituyen la mayoría. Pero examínadlos más de cerca, y notaréis otra distinción: algunos llevan el anillo que denota que son libres, mientras otros son esclavos, y los últimos predominan. Aquí y allí, entre los miembros gentiles, se ve uno con las

facciones regulares del griego, quizá sombreadas con la meditación del filósofo, o distinguidas por la seguridad de las riquezas; pero no se hallan allí muchos grandes, ni muchos poderosos, ni muchos nobles: la mayoría pertenece a lo que, en esta ciudad pretenciosa, sería contado como las cosas necias, débiles, viles y despreciadas de este mundo; son esclavos, cuyos antecesores no respiraban el transparente aire de Grecia, sino vagaban en hordas de salvajes en las orillas del Danubio o del Don.

Pero notad una cosa más en todos los rostros: las terribles señales de su vida pasada. En una moderna congregación cristiana se ve en las caras de algunos aquella característica peculiar que la cultura cristiana, heredada de muchos siglos, ha producido; solamente aquí y allí puede verse una cara en cuyos lineamientos está escrita la historia de borracheras o de crímenes. Pero en esta congregación de Corinto estos terribles jeroglíficos se ven por todas partes. "¿No sabéis", les escribe Pablo, "que los injustos no heredarán el reino de Dios? No erréis: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios; y esto erais algunos". Mirad a aquel alto y pálido griego, se ha arrastrado por el lodo de los vicios sensuales. Mirad a aquel escita de frente baja, ha sido ladrón y encarcelado. Sin embargo, ha habido un gran cambio. Otra historia, además del registro del pecado, está escrita en estos rostros. "Mas ya sois lavados, mas ya sois santificados, mas ya sois justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios." Escuchad; están cantando; es el Salmo XL: "Y me hizo sacar del pozo de la desesperación, del lodo cenagoso". Con cuánto entusiasmo cantan estas palabras! ¡Qué gozo reflejan sus caras! Saben que son monumentos de la gracia libre y el amor entrañable del moribundo Salvador.

Los cultos

Pero supongámosles reunidos; ¿cómo proceden al culto? Había la diferencia entre sus servicios y los nuestros, de que en lugar de nombrar una persona que dirigiera el culto —ofreciendo oraciones, predicando, y dando salmos— todos los hombres que se encontraban presentes tenían la libertad de contribuir con su parte. Tal vez había un jefe o persona encargada de presidir; pero un miembro podía leer una porción de las Escrituras, otro ofrecer una oración, un tercero dirigir un discurso, un cuarto comenzar un himno, y así sucesivamente. No parece que haya habido un orden fijo en que se sucedieran las diferentes partes del culto; cualquier miembro podía levantarse para conducir a la compañía en alabanza, oración, meditación, etc., según sus sentimientos.

Esta peculiaridad se debía a otra gran diferencia entre ellos y nosotros: los miembros estaban dotados de dones extraordinarios. Algunos de ellos tenían el poder de hacer milagros, tales como curar enfermos. Otros poseían un don extraño llamado el don de lenguas. No se sabe bien lo que

esto era; pero parece haber sido una expresión arrebatadora, en la cual el orador emitía una apasionada rapsodia por medio de la cual sus sentimientos religiosos recibían a la vez expresión y exaltación. Algunos de los que poseían este don no podían decir a los otros el significado de lo que decían, pero otros tenían este poder adicional; y había otros que, aunque no hablaban en lenguas ellos mismos, eran capaces de interpretar lo que hablaban los oradores inspirados. Había también miembros que poseían el don de profecía; una dádiva muy valiosa. No era el poder de predecir los eventos futuros, sino una facultad de elocuencia apasionada, cuyos efectos eran algunas veces maravillosos: cuando un incrédulo entraba en la reunión y escuchaba a los profetas, era arrebatado por una emoción irresistible, los pecados de su vida pasada se levantaban ante él, y cayendo sobre su rostro confesaba que Dios, en verdad, estaba entre ellos. Otros miembros ejercían dones más parecidos a los que conocemos hoy tales como el don de enseñar, de administrar, etc. Pero en todo caso parece haber sido una especie de inmediata inspiración, de manera que lo que hacían no era efecto de cálculo, ni de preparativos, sino de un fuerte impulso natural.

Estos fenómenos son tan notables que si se narraran en una historia, suscitarían en la fe cristiana un gran obstáculo. Pero la evidencia de ellos es incontrovertible; nadie, escribiendo a la gente acerca de su propia condición, inventa una descripción fabulosa de sus circunstancias; y además, Pablo estaba escribiendo más bien para restringir que para aumentar estas manifestaciones. Ellas demuestran con qué poderosa fuerza el cristianismo, a su entrada en el mundo, tomó posesión de los espíritus que tocaba. Cada creyente recibía, generalmente en el bautismo cuando las manos del que bautizaba estaban puestas sobre él, su don especial, que ejercía indefinidamente si continuaba fiel. Era el Espíritu Santo, derramado sobre ellos sin medida, quien entraba en sus espíritus y distribuía estos dones entre ellos tan diversamente como quería; y cada miembro tenía que hacer uso de su don para el bien de todos los demás.

Luego que se concluían los servicios que acabamos de describir, los creyentes se sentaban para tener una fiesta de amor, que concluía con el partimiento del pan en la cena del Señor; y entonces, después de un beso fraternal, se iban a sus hogares. Era una escena memorable, llena de amor fraternal y vivificado por el poder del Espíritu. Mientras los cristianos se dirigían a sus hogares entre los grupos descuidados de la ciudad gentílica, tenían la conciencia de haber experimentado lo que los ojos no habían visto ni los oídos habían escuchado.

Abusos e irregularidades

Pero la verdad pide que se muestre el lado oscuro lo mismo que el brillante. Había abusos e irregularidades en la iglesia, que es doloroso recordar. Eran debidos a dos cosas: los antecedentes de los miembros, y la mezcla en la iglesia de los elementos judío y gentil. Si se recuerda cuan grande fue el cambio que la mayor parte de los convertidos había experimentado al pasar de la

adoración de los templos paganos a la pura y simple adoración del cristianismo, no sorprenderá que su antigua vida quedara todavía algo adherida a ellos, o que no distinguiesen claramente qué cosas necesitaban ser cambiadas y cuáles podían seguir como antes.

De la vida doméstica

Sin embargo, nos admira saber que algunos de ellos vivían en una deplorable sensualidad, y que los más filosóficos defendían esto en principio. Una persona, aparentemente rica y de buena posición, vivía públicamente en una relación que habría escandalizado aun a los gentiles; y aunque Pablo escribió, indignado, que se le excomulgase, la iglesia dejó de obedecer, aparentando haber interpretado mal la orden. Otros habían sido halagados e invitados para volver a tomar parte en las fiestas de los templos idolátricos, a pesar de su compañía en la embriaguez y orgías. Se escudaban con el pretexto de que ya no comían los elementos en la fiesta en honor de los dioses, sino simplemente como una vianda ordinaria, y argüían que tendrían que salir del mundo si no se asociaban alguna vez con los pecadores.

Es evidente que estos abusos pertenecían a la sección gentílica de la iglesia. En la sección judaica, por otra parte, había dudas y escrúpulos extraños acerca de los mismos asuntos. Algunos, por ejemplo, escandalizados con la conducta de sus hermanos gentiles, iban al extremo opuesto denunciando completamente el matrimonio, y levantando ansiosas cuestiones acerca de si las viudas se podrían casar de nuevo, si un cristiano casado con una mujer pagana debía divorciarse, y otros puntos por el estilo. Mientras algunos de los convertidos gentiles estaban participando de las fiestas de los ídolos, algunos de los judaicos tenían escrúpulos acerca de comprar carne en el mercado, que hubiera sido ofrecida en sacrificio a los ídolos, y censuraban a sus hermanos que se permitían semejante libertad.

Dentro de la iglesia

Estas dificultades pertenecieron a la vida doméstica de los cristianos; pero en sus reuniones públicas también hubo graves irregularidades. Los mismos dones del Espíritu eran convertidos en instrumentos de pecado; porque los que poseían los más atractivos dones, tales como los de milagros y lenguas, eran demasiado afectos a exhibirlos, y los volvieron motivos de jactancia. Esto produjo confusión y aun desorden, porque algunas veces dos o tres de los que hablaban en lenguas emitían a la vez sus exclamaciones ininteligibles, de suerte que, como dijo Pablo, si entrara en sus reuniones algún extraño diría que todos estaban locos. Los profetas hablaban hasta el fastidio, y muchos se apresuraban a tomar parte en los cultos. Pablo tuvo que reprender estas extravagancias muy severamente, insistiendo en el principio de que los espíritus de los profetas

están sujetos a los profetas, y que por este motivo el impulso espiritual no era excusa para el desorden.

Pero hubo otras cosas todavía peores en la iglesia. Aun la sagrada cena del Señor era profanada. Parece que los miembros tenían la costumbre de llevar consigo a la iglesia el pan y el vino que se necesitaban para este sacramento. Pero los ricos llevaban en abundancia y de lo más escogido: y, en lugar de esperar a sus hermanos más pobres y participar con ellos, comenzaban a comer y beber de una manera tan glotona que la mesa del Señor algunas veces resonaba con borracheras y tumultos.

Otro rasgo oscuro tiene que añadirse a este triste cuadro. A pesar del beso fraternal con que terminaban sus reuniones habían caído en rivalidades y contiendas. Sin duda esto era debido a los elementos heterogéneos reunidos en la iglesia. Pero se permitió ir al extremo. Hermanos litigaban contra hermanos en las cortes paganas en vez de buscar el arbitraje de algún amigo cristiano. El cuerpo de los miembros se dividió en cuatro facciones teológicas. Algunos llevaban el nombre de Pablo; éstos trataban los escrúpulos de sus hermanos más débiles acerca de la comida y otras cosas, con desdén. Otros tomaron el nombre de Apolonios, de Apolos, un maestro elocuente de Alejandría, el cual visitó a Corinto entre el segundo y tercer viaje de Pablo. Estos eran del partido filosófico, negaban la doctrina de la resurrección, porque creían que era absurdo suponer que los átomos esparcidos del cuerpo muerto pudieran reunirse. El tercer partido tomó el nombre de Pedro, o Cefas, como en su purismo hebreo prefirieron llamarle. Estos eran judíos apocados que objetaron a la liberalidad de las opiniones de Pablo. El cuarto partido pretendió ser superior a todos los demás, y se llamaron simplemente cristianos. Estos eran los sectarios más intransigentes de todos, y rechazaron la autoridad de Pablo con malicioso desdén.

Inferencias

Tal es el variado cuadro de una de las iglesias de Pablo, presentado en una de sus epístolas, y que nos muestra varias cosas con mucha expresión. Muestra, por ejemplo, cuan excepcionales eran su mente y su carácter aun en aquella época, y qué bendición para la naciente iglesia eran sus dones y gracias de sentido común, de grande simpatía unida con firmeza concienzuda, de pureza personal, y de honor. Muestra que no hemos de buscar la "edad de oro" del cristianismo en el pasado sino en el futuro. Muestra cuan peligroso es creer que la regla de costumbres eclesiásticas de aquella época debe normar todas las épocas. Evidentemente todas las costumbres eclesiásticas estaban en su edad experimental. En verdad, en los últimos escritos de Pablo encontramos el cuadro de un estado de cosas muy diferente, en que el culto y la disciplina de la iglesia estuvieron mucho más fijos y arreglados. No debemos remontarnos a este tiempo primitivo para encontrar el modelo de la maquinaria eclesiástica, sino para ver un espectáculo de poder espiritual nuevo y transformador. Esto es lo que siempre atraerá hacia la edad apostólica los ojos

de los cristianos, pues el poder del Espíritu obraba en todos los miembros; emociones desconocidas llenaban todos sus pechos, y todos sentían que la mañana de una nueva revelación les había visitado; vida, amor y luz, se difundían por todas partes. Aun los vicios de la iglesia eran debidos a las irregularidades de la vida abundante, por falta de la cual, el orden inanimado de muchas generaciones subsecuentes ha sido una débil compensación.

Capítulo 9

LA GRAN CONTROVERSIA DE PABLO

La cuestión en disputa

La versión de la vida del apóstol suministrada en sus cartas está ocupada en gran parte con una controversia que le costó mucha pena y empleó mucho de su tiempo durante años, pero de la cual Lucas dice poco. En la fecha en que Lucas escribió ya era una controversia muerta, y pertenecía a otro departamento que aquel de que su historia trata. Pero durante el tiempo en que era activa molestó a Pablo mucho más que viajes fatigosos o tumultuosos mares. Estaba más acalorada hacia el fin de su tercer viaje, y las epístolas ya mencionadas como escritas en este tiempo, puede decirse, eran evocadas por ella. La Epístola a los Calatas especialmente es un rayo arrojado contra los opositores de Pablo en esta controversia, y sus oraciones ardientes demuestran cuan profundamente era movido por el asunto.

La cuestión en disputa fue si se requería que los gentiles llegasen a ser judíos antes que pudieran ser cristianos; o, en otras palabras, si tenían que ser circuncidados para ser salvos.

Plugo a Dios en los tiempos primitivos hacer elección de la raza judaica de entre las naciones, y constituir la en la depositaria de la salvación. Y hasta el advenimiento de Cristo, aquellos de otras naciones que querían ser partícipes de la verdadera religión tenían que buscar entrada como prosélitos en los límites sagrados de Israel. Habiendo destinado esta raza para ser el guardián de la revelación, Dios tuvo que separarla muy estrictamente de todas las demás naciones y de todos los demás asuntos que pudieran distraer su atención del sagrado depósito que les había sido entregado. Con este objeto normó su vida con reglas y ceremonias destinadas a hacerles un pueblo peculiar, diferente de todas las demás razas de la tierra. Todos los detalles de su vida, sus formas de culto, sus costumbres sociales, su alimento, fueron prescritos para ellos, y todas estas

prescripciones eran incorporadas en aquel vasto documento legal que llamaron la ley. La rigurosa prescripción de tantas cosas, que naturalmente son dejadas al gusto de los hombres, era un yugo pesado sobre el pueblo escogido. Fue una disciplina severa para la conciencia, y así lo creyeron ser los más activos espíritus de la nación. Pero otros vieron en ella una divisa de orgullo. Les hizo sentir que eran los escogidos de la tierra, y superiores a los otros pueblos, y, en vez de gemir bajo el yugo como habrían hecho si sus conciencias hubieran sido muy tiernas, multiplicaron las distinciones del judío, aumentando el volumen de las prescripciones de la ley con otros muchos ritos. Ser judío les pareció la señal de pertenecer a la aristocracia de las naciones. Ser admitido a los privilegios de esta posición, era, a sus ojos, el más grande honor que podía ser conferido a cualquiera que no perteneciera a la república de Israel. Todos sus pensamientos estaban encerrados en el círculo de esta arrogancia nacional. Aun sus esperanzas mesiánicas llevaban el sello de estas preocupaciones. Esperaban que sería el héroe de su nación, y concibieron que la extensión de su reino abrazaría las otras naciones en el círculo de la suya, por medio de la circuncisión. Esperaban que todos los convertidos del Mesías se sujetaran a este rito nacional y adoptarían la vida prescrita en la ley y tradiciones judaicas; en resumen, su concepción del reino del Mesías era la de un mundo de judíos.

Por este mismo tenor iban indudablemente los sentimientos en Palestina cuando Cristo vino; y multitudes de los que aceptaron a Jesús como el Mesías e ingresaron en la iglesia cristiana, tenían estas concepciones como su horizonte intelectual. Se habían hecho cristianos, pero no cesaban de ser judíos; todavía asistían al culto en el templo; oraban a las horas fijas, ayunaban ciertos días, se vestían al estilo del ritual judaico; se habrían creído manchados si hubieran comido con gentiles incircuncisos; y ellos no tenían otro pensamiento sino éste: *sí los gentiles se hicieren cristianos, deben circuncidarse y adoptar el estilo y las costumbres de la nación religiosa.*

El arreglo de ella

1. Por Pedro

La dificultad se arregló por la intervención directa de Dios en el caso de Cornelio, el centurión de Cesárea. Cuando los mensajeros de Cornelio estaban en camino para ver al apóstol Pedro en Jope, Dios mostró a aquel jefe entre los apóstoles, por la visión del lienzo lleno de animales puros e impuros, que la iglesia cristiana había de recibir igualmente a circuncisos e incircuncisos. En obediencia a este signo celestial, Pedro acompañó a los mensajeros del centurión a Cesárea, y vio tales evidencias de que Cornelio y su familia habían recibido realmente los dones cristianos de 'la fe y del Espíritu Santo, a pesar de ser incircuncisos, que no vaciló en bautizarlos considerándolos ya cristianos. Cuando volvió a Jerusalén sus procedimientos levantaron la indignación entre los cristianos de persuasión estrictamente judaica. El se defendió relatando la

visión del lienzo y apelando al hecho irrefutable de que estos gentiles incircuncisos demostraban por la posesión de la fe y del Espíritu Santo que ya eran verdaderos cristianos.

Este incidente debió haber dejado arreglada toda la cuestión una vez por todas; pero el orgullo de la raza y las prevenciones de una época no se dominan fácilmente. Aunque los cristianos de Jerusalén admitieron la conducta de Pedro en este caso especial, dejaron de extraer de él el principio universal que implicaba; y aun Pedro mismo, como se ve después, no comprendió enteramente lo que envolvía en cuanto a su propia conducta.

2. Por Pablo

Entre tanto, sin embargo, la cuestión había quedado arreglada en una mente mucho más fuerte y más lógica que la de Pedro. Pablo, por este tiempo, había comenzado su trabajo apostólico en Antioquia, y poco después salió con Bernabé para efectuar su primer gran viaje misionero en el mundo pagano, y donde quiera que iban admitían gentiles en la iglesia cristiana aun cuando no fueran circuncisos. Al hacer esto Pablo no copiaba la conducta de Pedro. El había recibido su evangelio directamente del cielo. En las soledades de la Arabia, en los años inmediatamente siguientes a su conversión, había reflexionado acerca de este asunto, y había llegado a conclusiones mucho más radicales que las que hubieran entrado en las mentes de cualquiera de los otros apóstoles. A él mucho más que a cualquier otro de ellos le había parecido la ley un yugo de servidumbre; vio que no era más que una rígida preparación para el cristianismo, no una parte de él; había en su mente un golfo profundo de contrastes entre la miseria y maldición de un estado y el gozo y libertad del otro. Para él, imponer el yugo de la ley a los gentiles habría sido destruir el mismo genio del cristianismo; habría sido la imposición de condiciones para la salvación totalmente diferentes de lo que él sabía que era la única condición en el evangelio. Estas fueron las profundas razones que establecieron el asunto en esta gran inteligencia. Además, como hombre que conocía el mundo, y cuyo corazón estaba puesto en ganar a los gentiles para Cristo, sentía mucho más fuertemente que los judíos de Jerusalén, con su horizonte provincialista, cuan fatal sería para el éxito del cristianismo imponer las condiciones que ellas querían, fuera de Judea. Los orgullosos romanos, los griegos de elevada inteligencia, nunca habían consentido en ser circuncidados ni en sujetar su vida a los reducidos límites de la tradición judaica; una religión embarazada por tantas trabas nunca podría llegar a ser la religión universal.

3. Por el Concilio de Jerusalén

Pero cuando Pablo y Bernabé volvieron de esta expedición, a Antioquia, encontraron que se necesitaba establecer decisivamente la cuestión, porque los cristianos de origen estrictamente judaico venían de Jerusalén a Antioquia, diciendo a los gentiles convertidos que no podrían ser salvos a menos que se circuncidaran. De esta manera los alarmaron, haciéndoles creer que les faltaba algo para el bienestar de sus almas, y confundiéndoles acerca de la sencillez del evangelio. Para calmar conciencias tan inquietas, resolviere que se apelaría a los principales apóstoles en Jerusalén, y Pablo y Bernabé fueron enviados a dicha ciudad para procurar una decisión. Este fue el origen de lo que se llama el Concilio de Jerusalén, en el cual se resolvió autoritativamente la cuestión. La decisión de los apóstoles y ancianos estuvo en armonía con la práctica de Pablo: no se requeriría de los gentiles la circuncisión; solamente debían comprometerse a la abstención de carnes ofrecidas a los ídolos, de la fornicación, y de la sangre. Pablo accedió a estas condiciones. Realmente no veía mal en comer carne que hubiera sido ofrecida en sacrificios idolátricos, cuando estaba expuesta de venta en el mercado; pero las fiestas en los templos de los ídolos que a menudo eran seguidas de actos horribles de sensualidad, a los que se aludía al prohibir la fornicación, eran tentaciones contra las cuales debían ser amonestados los conversos del paganismo. La prohibición de la sangre —es decir, de comer carne de animales cuya sangre no se había apartado— fue una concesión a una preocupación extrema de los judíos, a la que, como no envolvía ningún principio, no creyó necesario oponerse.

Así es que la agitada cuestión pareció haber sido resuelta por una autoridad tan augusta que no admitía objeción alguna. Si Pedro, Juan y Santiago, las columnas de la iglesia en Jerusalén, así como Pablo y Bernabé, jefes de la misión gentil, llegaban a una decisión unánime, todas las conciencias quedarían satisfechas y los opositoristas callarían.

Esfuerzos para desarreglarla

Nos llena de asombro descubrir que aun este arreglo no fue final. Parece que aun en los tiempos aquellos se le hizo una oposición feroz por algunos que estuvieron presentes en la junta donde se discutía, y aunque la autoridad de los apóstoles determinó la nota oficial que fue remitida a las iglesias distantes, la comunidad cristiana en Jerusalén estaba agitada por tormentas de terrible oposición. Y ni siquiera duró poco la oposición; al contrario, crecía cada vez más. Estaba alimentada por fuentes abundantes. El terrible orgullo y prevención nacionales la sostenían. Probablemente era nutrida por un interés propio, porque los cristianos judaicos vivirían en mejores términos con los judíos no cristianos mientras menor fuera la diferencia entre ellos; la convicción religiosa convirtiéndose rápidamente en fanatismo la fortalecía también; y muy pronto fue reforzada por todo el rencor del odio y el celo de la propaganda. Pues esta oposición se levantó a tal altura, que los opositores resolvieron por último enviar propagandistas a visitar las iglesias gentiles una por una, y en contradicción a la prescripción oficial de los apóstoles, amonestarles, diciéndoles que estaban poniendo en peligro sus almas por omitir la circuncisión y

que no podrían gozar de los privilegios del verdadero cristianismo a menos que guardaran la ley judaica.

Por años y años estos emisarios del mezquino fanatismo, que se creía ser el único cristianismo genuino, se difundieron entre todas las iglesias fundadas por Pablo en el mundo pagano. Su obra no era fundar iglesias por sí mismos; no tenían nada de la habilidad exploradora de su gran rival; su objeto era introducirse en las comunidades cristianas que Pablo había fundado y ganarlas para sus opiniones reducidas. Espiaban los pasos de Pablo a donde quiera que él iba, y por muchos años le fueron causa de inexplicable pena. Murmuraban al oído de sus convertidos que su versión del evangelio no era la verdadera y que no debían confiarse en su autoridad. ¿Era él uno de los doce apóstoles? ¿Había estado en compañía de Cristo? Ellos pretendían aparecer como los que traían la verdadera forma del cristianismo de Jerusalén, el centro sagrado; y no tenían escrúpulos en aparentar que habían sido enviados por los apóstoles. Y así desviaban precisamente las partes más nobles de la conducta de Pablo hacia sus propósitos. Por ejemplo, el hecho de que rehusara aceptar dinero por sus servicios, lo imputaban a un sentido de su propia falta de autoridad; los verdaderos apóstoles recibían siempre paga. De igual manera torcían su abstinencia del matrimonio. Eran hombres hábiles para la obra que habían asumido; tenían lenguas blandas, insinuantes; podían asumir un aire de dignidad y no se detenían en nada.

Desgraciadamente sus esfuerzos no eran estériles en modo alguno. Alarmaban las conciencias de los convertidos de Pablo, y envenenaban sus mentes contra él. Con especialidad la iglesia gálata les fue como una presa; y la iglesia de Corinto se permitió volverse contra su fundador. Pero realmente la defección se había pronunciado más o menos en todas partes. Parecía como si toda la construcción que Pablo había levantado con años de trabajo estuviera viniéndose al suelo. Esto era lo que él creía que estaba sucediendo. Aunque estos hombres se llamaban cristianos, Pablo negaba expresamente su cristiandad. Su evangelio era otro; si sus convertidos lo creían, les aseguraba que habían caído de la gracia, y en los términos más solemnes pronunció una maldición contra los que así estaban destruyendo el templo de Dios que él había construido.

Pablo vence a sus opositores.

El no era, sin embargo, el hombre que había de permitir tal seducción entre sus convertidos sin hacer los mayores esfuerzos para contrarrestarla. Se apresuraba, siempre que podía, a ver las iglesias en donde hubiera entrado; les mandaba mensajeros para volverlos otra vez a su deber; sobre todo, escribía cartas a las que se encontraban en peligro; cartas en las cuales se ejercitaban hasta lo sumo sus extraordinarios poderes intelectuales. Discutía el asunto con todos los recursos de la lógica y de la Escritura; exponía a los seductores con una agudeza que cortaba como el acero, y los abatía con salidas de ingenio sarcástico; se arrojaba a los pies de sus convertidos y

con toda la pasión y ternura de su poderoso corazón imploraba de ellos que fueran fieles a Cristo y a él. Poseemos los registros de estas ansiedades en nuestro Nuevo Testamento; y no podemos menos de sentir mucha gratitud hacia Dios y una extraña ternura hacia Pablo al pensar que de sus pruebas dolorosas nos haya venido tan preciosa herencia.

Es, sin embargo, consolador, saber que tuvo éxito. Por perseverantes que fueran sus enemigos, él fue más que igual a ellos. El odio es fuerte, pero el amor es todavía más fuerte. En sus escritos posteriores las señales de oposición son muy débiles o enteramente nulas; había dado lugar a la polémica irresistible de Pablo, y hasta sus vestigios habían sido barridos del suelo de la iglesia. Si los hechos no hubieran sucedido así el cristianismo habría sido un río perdido en las arenas de las preocupaciones cerca de su mismo nacimiento; sería en nuestros días una secta judaica olvidada en lugar de ser la religión del mundo.

Una rama subordinada de la cuestión: la relación de los judíos cristianos con la ley

A este punto podemos contraer claramente el curso de su controversia. Pero hay otra rama de ella, acerca de cuyo verdadero curso es difícil saber toda la verdad. ¿Cuál era la relación de los judíos cristianos hacia la ley, según la doctrina y predicación de Pablo? ¿Era su obligación abandonar las prácticas por las cuales habían sido obligados a regular sus vidas, y abstenerse de circuncidar a sus hijos y de enseñarles a guardar la ley? Esto parecía implícito en los principios de Pablo. Si los gentiles podían entrar en el reino de Dios sin guardar la ley, no era necesario que los judíos la guardaran. Si la ley era una disciplina severa que intentaba atraer a los hombres hacia Cristo, su obligación cesaba cuando se había llenado este propósito. La sujeción y la tutela cesaron tan pronto como el hijo entró en posesión de su herencia.

Es cierto, sin embargo, que los otros apóstoles y la masa de los cristianos en Jerusalén no realizaron esto por muchos días. Los apóstoles habían convenido en no exigir de los cristianos gentílicos la circuncisión y el cumplimiento de la ley. Pero ellos mismos la cumplían y esperaban que todos los judíos hicieran lo mismo. Esto envolvía una contradicción de ideas y condujo a tristes consecuencias prácticas; y si hubiera continuado, o si Pablo se hubiera rendido a ella, habría dividido la iglesia en dos secciones, una de las cuales habría visto mal a la otra. Porque era parte de la estricta observación de la ley rehusar comer con los incircuncisos; y los judíos habrían rehusado sentarse a la misma mesa de los que reconocían como sus hermanos cristianos. Esta contradicción llegó, pues, a una crisis formal. Sucedió que el apóstol Pedro estaba una vez en Antioquia, y al principio se mezcló libremente en roce social con los cristianos gentílicos. Pero algunos más intransigentes, que habían venido de Jerusalén, lo acobardaron de tal manera que se retiró de la mesa gentil y se mantuvo lejos de sus compañeros en el cristianismo. Aun Bernabé fue desviado por la misma tiranía del fanatismo. Pablo sólo fue fiel a los principios de la libertad en el evangelio. El resistió a Pedro y le echó en cara la inconsecuencia de su conducta.

Pablo, sin embargo, nunca sostuvo, en realidad, una polémica contra la circuncisión y la observancia de la ley entre los judíos; esto era lo que se decía de él entre sus enemigos, pero era un falso informe. Cuando llegó a Jerusalén, al concluir su tercer viaje misionero, el apóstol Santiago y los ancianos le informaron del mal que estas versiones estaban causando a su buen nombre, y le aconsejaron que las desmintiera públicamente, diciendo en palabra extraordinaria: "Ya ves, hermano, cuántos millares de judíos hay que han creído; y todos son celadores de la ley. Mas fueron informados acerca de ti, que enseñas a apartarse de Moisés a todos los judíos que están entre los gentiles, diciéndoles que no han de circuncidar a los hijos, ni andar según la costumbre. Haz, pues, esto que te decimos. Hay entre nosotros cuatro hombres que tienen voto sobre sí: tomando a éstos contigo, purifícate con ellos, y gasta con ellos para que rasuren sus cabezas, y todos entiendan que no hay nada de lo que fueron informados acerca de ti, sino que tú también andas guardando la ley". Pablo cumplió este consejo y siguió la regla que le recomendó Santiago. Esto prueba claramente que nunca consideró como parte de su obra disuadir a los judíos el vivir como tales. Puede pensarse que debía haberlo hecho así; que sus principios requerían una dura oposición a todo lo asociado con la dispensación que había pasado. El lo entendía de una manera diferente, y lo encontramos aconsejando a los circuncidados que eran llamados al reino de Cristo que no se hicieran incircuncisos, y a aquellos que habían sido llamados en incircuncisión que no se sometieran a la circuncisión; y la razón que da es que la circuncisión no es nada y la incircuncisión tampoco. La distinción para él, bajo un punto de vista religioso, no era mayor que la distinción de sexo y la distinción de esclavo y señor. En una palabra, no tenía ningún significado religioso para él. Sin embargo, si un hombre prefería el modo judaico de vivir como una nota de su nacionalidad, Pablo no tenía disputa con él; antes bien quizá le prefería en cierto grado. No tomaba partido contra sus meras formas; solamente si ellas se interponían entre el alma y Cristo o entre un cristiano y sus hermanos, era su opositor seguro. Pero sabía que la libertad podía convertirse en instrumento de la opresión a semejanza del cautiverio, y por esa razón en cuanto a las viandas, por ejemplo, escribió aquellas nobles recomendaciones de abnegación en favor de las conciencias débiles y escrupulosas, que están entre los más conmovedores testimonios de su perfecto desinterés.

Aquí tenemos, en verdad, un hombre tan eminentemente heroico, que no es cosa fácil definirlo. Por su visión clara de las líneas de demarcación entre lo antiguo y lo nuevo en la gran crisis de la historia humana, y por su defensa decisiva de los principios cuando envolvían consecuencias reales, vemos en él la más genial superioridad a meras reglas formales, y la más alta consideración para los sentimientos de aquellos que no veían como él podía ver. De un solo golpe él se había hecho libre de la servidumbre del fanatismo; pero no cayó nunca en el fanatismo de la libertad, y siempre tuvo a la vista fines mucho más elevados que la pura lógica de su propia posición.

Capítulo 10

EL FIN

Vuelta de Pablo a Jerusalén

Después de haber completado su breve visita a Grecia, al fin de su tercer viaje misionero, Pablo volvió a Jerusalén. Por este tiempo debe haber tenido cerca de sesenta años de edad; y durante veinte años había estado llevando a cabo trabajos casi sobrehumanos. Había estado viajando y predicando incesantemente, y llevando sobre su corazón pesos enormes de cuidados. Su cuerpo estaba gastado por las enfermedades y molido por los castigos; y su pelo debe haber emblanquecido y su cara mostrado surcos por las arrugas de la edad. Sin embargo, aún no había señales de que su cuerpo estuviera en decadencia, y su espíritu todavía era tan entusiasta y tan ardiente como antes en el servicio de Cristo. Sus miras se dirigían especialmente a Roma, y antes de salir de Grecia envió a decir a los romanos que tal vez lo podrían esperar pronto; pero mientras se dirigía hacia Jerusalén por las costas de Grecia y Asia, sonó la señal de que su trabajo estaba casi concluido, y la sombra de una muerte próxima apareció en su camino. Ciudad tras ciudad, los miembros de comuniones cristianas que tenían el don de profecía predijeron que le aguardaban cadenas y prisiones; y mientras más se aproximaba al fin de su viaje, eran más frecuentes estas profecías. Él sentía su solemnidad; era de valiente corazón, pero demasiado humilde y reverente para que no le impusiera respeto el pensamiento de la muerte y el juicio. Tenía varios compañeros, pero buscaba oportunidades de estar solo. Partió de entre sus convertidos como un hombre que muere, diciéndoles que no verían más su rostro. Pero cuando le rogaron que volviera y evitara el peligro amenazante rechazó suavemente sus amantes brazos, y les dijo: "¿Qué hacéis llorando y afligiéndome el corazón? Porque yo no sólo estoy presto a ser atado, mas aun a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús".

No sabemos qué negocio tenía entre manos que demandaba tan urgentemente su presencia en Jerusalén. Tenía que entregar a los apóstoles una colecta para sus santos pobres, que él mismo había reunido en las iglesias gentílicas; y puede que haya sido de importancia que él hiciera este servicio personalmente. O, tal vez, estaba solícito por procurarse de los apóstoles un mensaje para sus iglesias gentiles, dando una contradicción autoritativa a las insinuaciones de sus enemigos acerca del carácter no apostólico de su evangelio. De todas maneras había alguna cosa

importante que lo llamaba, y a pesar del terror de la muerte y de las lágrimas de sus amigos fue a su destino.

Arresto

Era la fiesta de Pentecostés cuando llegó a la ciudad de sus padres, y como de costumbre en tales estaciones del año, Jerusalén estaba llena de judíos peregrinos de todas partes del mundo. Entre éstos, por fuerza, debía haber algunos que le habían visto en su obra de evangelización en las ciudades de los paganos. Su cólera contra él había sido reprimida en el extranjero por la interposición de las autoridades paganas; pero ¿no podrían saciar en él su venganza si lo encontraban en la capital judía, contando con todo el pueblo?

Tumulto en el templo

Este fue el verdadero peligro en que cayó. Ciertos judíos de Efeso, el escenario principal de sus trabajos durante esta tercera expedición, le reconocieron en el templo, y, gritando que allí estaba el hereje que blasfemaba de la nación, la ley y el templo de los judíos, le rodearon en un momento de un rabioso mar de fanáticos. Es raro que no haya sido hecho pedazos allí mismo; pero la superstición prohibía derramar sangre en el patio de los judíos, y antes de que le hubieran sacado al patio de los gentiles donde pronto le hubieran despachado, la guardia romana, cuyos centinelas se paseaban sobre la muralla desde la que se veían los patios del templo, corrieron y le tomaron bajo su protección, y cuando su capitán supo que era ciudadano romano su vida quedó completamente asegurada.

Pablo ante el sanedrín

Pero el fanatismo de Jerusalén ya se había levantado, y rabiaba contra la protección que rodeaba a Pablo. El capitán romano, el día después de la aprehensión, le llevó al concilio para asegurarse de los cargos que se le hacían; pero la vista del prisionero levantó un clamor tan terrible que tuvo que sacarle muy de prisa para evitar que le hicieran pedazos. ¡Extraña ciudad y extraño pueblo! Nunca hubo nación alguna que produjera hijos más ricamente dotados de todo lo necesario para hacerla inmortal; nunca hubo una ciudad cuyos hijos se apegaran a ella con un afecto más apasionado; y sin embargo, como una madre furiosa, hizo pedazos a los mejores de ellos y los arrojó destrozados de su pecho. Jerusalén dentro de pocos años sería destruida; aquí estaba el último de sus hijos inspirados y proféticos, que había venido a visitarla por última vez, con un

amor sin límites; pero ella le habría asesinado, si los escudos de los paganos no le hubieran salvado de su furia.

Trama de los celosos

Cuarenta fanáticos se alistaron so pena de maldición para arrebatarse a Pablo aun de entre las espadas romanas; y apenas pudo el capitán romano frustrar sus proyectos remitiéndole con una guardia poderosa a Cesárea. Esta era una ciudad romana en la costa del Mediterráneo; residencia del Gobernador de Palestina, y cuartel general de las guarniciones imperiales; y en ella el apóstol quedó completamente a salvo de la violencia de los judíos.

Prisión en Cesárea

Aquí quedó en prisión por dos años. Las autoridades judaicas trataron una y muchas veces de obtener su condenación por el Gobernador, y de que se les dejara a ellos para juzgarle como ofensor eclesiástico; pero no pudieron convencer a la autoridad romana de que hubiera sido culpable de algún crimen digno de ser juzgado por ella, ni hacer que les entregara un ciudadano romano a sus tiernas caricias. El prisionero debió haber sido puesto en libertad, pero sus enemigos fueron tan vehementes en asegurar que era un criminal de la peor clase, que fue detenido para esperar a que viniera una prueba contra él. Además, su libertad fue estorbada por el corrompido Gobernador Félix, esperando que la vida del jefe de una secta religiosa quizá sería comprada por el soborno. Félix estaba interesado en su prisionero y aun le oía con gusto, como Herodes había oído al Bautista.

Razón providencial de su confinamiento

Pablo no fue incomunicado; tenía cuando menos hasta los límites del cuartel en donde estaba detenido. Allí le podemos imaginar paseándose sobre las azoteas a orillas del mar Mediterráneo, y mirando atentamente sobre las aguas azules en dirección de Macedonia, Acaya y Efeso, donde sus hijos espirituales estaban pensando en él, o tal vez encontrando peligros en los que necesitaban mucho de su presencia. Fue una providencia misteriosa la que así contuvo su energía y condenó al ardiente obrero a la inactividad. Sin embargo, encontramos una razón para ello: Pablo necesitaba descanso. Después de veinte años de incesante evangelización necesitaba reposo para almacenar la cosecha de la experiencia. Durante todo ese tiempo había estado predicando sólo aquella faz del evangelio de que tanto había pensado al principio de su vida cristiana, bajo la in-

fluencia del Espíritu revelador, en las soledades de Arabia. Pero ahora había llegado a una edad en que, con tiempo y calma para pensar, podía penetrar a las más recónditas regiones de la verdad cual es en Jesús. Y era tan importante que tuviera este descanso que, para asegurarlo, Dios había permitido aun su prisión.

El último evangelio de Pablo

Durante estos dos años no escribió nada, fue un tiempo de actividad mental interna y de progreso silencioso. Pero cuando comenzó a escribir otra vez, los resultados fueron palpables. Las epístolas escritas después de esta prisión tienen un tono más dulce y establecen opiniones de doctrina mucho más profundas que sus primeros escritos. No hay, en verdad, inconsecuencia ni contradicción entre sus primeros y sus últimos escritos; en la Epístola a los efesios y en la que dirigió a los colosenses, construye sobre los vastos cimientos de Romanos y Galatas; pero la superestructura es más elevada y más imponente. El vive menos en el trabajo de Cristo y más en la persona de El; menos en la justificación del pecador, y más en la santificación del creyente. En el evangelio que le había sido revelado en Arabia manifestaba a Cristo como dominando la historia mundana, y mostraba su primera venida como el punto hacia el cual habían estado tendiendo los destinos de los judíos y los gentiles. En el evangelio que le fue revelado en Cesárea el punto de vista es extraordinario: Cristo es representado como la razón para la creación de todas las cosas, y como el Señor de los ángeles y de los mundos, a cuya segunda venida se dirige el proceso gigante del universo entero, de quién, y por quién, y a quién son todas las cosas. En las primeras epístolas el acto inicial de la vida cristiana -la justificación del alma— es explicado hasta agotar el trabajo; pero en las últimas trata de las relaciones subsecuentes para con Cristo de la persona que ya ha sido justificada. En conformidad con esta enseñanza, todo el espectáculo de la vida cristiana es debido a una unión entre Cristo y el alma; y para la descripción de estas relaciones ha inventado un vocabulario de ilustraciones y frases. Los creyentes están en Cristo, y Cristo en ellos; tiene para con él la misma relación que las piedras de un edificio para con la piedra angular, que las ramas para con el árbol, que los miembros para con la cabeza, que la esposa para con el esposo. Esta unión es ideal, porque la mente divina en la eternidad hizo el destino de Cristo y el del creyente, uno; es legal, porque sus deudas y méritos son propiedad común; es vital, porque la conexión con Cristo suministra el poder de una vida santa y progresiva; es moral, porque en mente y corazón, en carácter y conducta, los cristianos constantemente se están haciendo más y más idénticos a Cristo.

Su ética

Otro rasgo de estas últimas epístolas es el balance entre sus enseñanzas teológicas y morales. Esto es visible aun en la estructura externa de las más grandes de ellas, porque están divididas en dos partes casi iguales: la primera se ocupa de los principios doctrinales, y la segunda de

exhortaciones morales. Las enseñanzas éticas de Pablo se extienden a todos los departamentos de la vida cristiana; pero no se distinguen por un arreglo sistemático de diversas clases de obligaciones, aunque los deberes domésticos están tratados con bastante extensión. Su característica principal consiste en los motivos que presentan para normar la conducta. Para Pablo, la moralidad cristiana era enfáticamente una moralidad de motivos. Toda la historia de Cristo, no en los detalles de su vida terrenal, sino en las grandes facciones de su viaje redentor del cielo a la tierra y de la tierra otra vez al cielo, considerada desde el punto de vista extramundano de estas epístolas, es un ejemplo que debe ser copiado por los cristianos en su conducta diaria. Ningún deber es demasiado pequeño para ilustrar uno u otro de los principios que inspiraron los actos divinos de Cristo. Los hechos más comunes de beneficencia y humildad deben ser imitaciones de la condescendencia que le trajo de la posición de igualdad con Dios a la obediencia de la cruz; y el motivo principal del amor y la bondad practicados por los cristianos entre sí debe ser el recuerdo de la conexión común con él.

Viaje a Roma y la apelación a César

Después de que Pablo hubo estado prisionero por dos años, Félix fue sucedido en el gobierno de Palestina por Festo. Los judíos nunca cejaron en el empeño de que se les entregara a Pablo en sus manos, e inmediatamente abordaron al nuevo gobernante con nuevas importunidades. Como Festo parecía estar vacilando, Pablo se sirvió del recurso de apelación como ciudadano romano, y pidió ser mandado a Roma y juzgado ante el tribunal del emperador. Esto no podía rehusársele; y un prisionero tenía que ser enviado a Roma después de haberse admitido su apelación. Muy pronto, pues, Pablo se embarcó bajo el cuidado de soldados romanos y en compañía de muchos otros prisioneros que eran dirigidos al mismo destino.

El viaje a Italia

El diario de su viaje ha sido conservado en los Hechos de los Apóstoles y se reconoce como el más valioso documento acerca de la marina en los tiempos antiguos. Es también un documento precioso de la vida de Pablo, porque muestra cómo su carácter brilló en una nueva situación. Un barco es una especie de mundo en miniatura. Es una isla flotante, en que hay gobierno y gobernados. Pero el gobierno es, como el de los países, susceptible de fluctuaciones sociales violentas. Este fue un viaje de peligros extremos, que requería la mayor presencia de ánimo y una singular energía, para ganar la confianza y obediencia de los que estaban a bordo. Antes de que se concluyera. Pablo era virtualmente el capitán del buque, a la vez que el general de los soldados; y todos a bordo le debían sus vidas.

Llegada a Roma

Por fin, los peligros de la mar quedaron atrás, y Pablo se aproximaba a la capital del mundo romano por la Vía Apia, el gran camino real por donde entraban los viajeros del Oriente a Roma. El movimiento y el ruido crecían a medida que se acercaba a la ciudad, y las señales del esplendor y renombre romanos se multiplicaban a cada paso. Por muchos años había estado dirigiendo su vista hacia Roma pero siempre había pensado entrar a ella en circunstancias muy diferentes de las que ahora le rodeaban. Siempre había pensado en Roma como un buen general piensa en el centro de la fuerza del país que está conquistando, que espera ansioso el día en que dirigirá la carga contra sus puertas. Pablo estaba comprometido en la conquista del mundo para Cristo, y Roma era el último reducto adonde había esperado llevar el nombre de su Maestro. Pocos años antes había dirigido a ella el famoso desafío: "Estoy presto a anunciar el Evangelio también a vosotros que estáis en Roma; porque no me avergüenzo del evangelio; porque es potencia de Dios para dar salud a todo aquel que cree". Pero ahora, cuando se encontraba ya a sus puertas, y pensaba en la condición abyecta en que se hallaba —un hombre viejo, cano, decaído: un prisionero encadenado que acababa de escapar del naufragio— su corazón se entristeció y se sintió enteramente solo. En estos momentos, sin embargo, sobrevino un pequeño incidente que le restauró un tanto: en una pequeña población, a cuarenta millas de Roma, le encontró un pequeño grupo de hermanos cristianos, quienes, al oír hablar de su llegada, habían salido a darle la bienvenida, y diez millas adelante encontró otro grupo que venía con el mismo propósito. Era excesivamente sensible a la simpatía humana, y la vista de estos hermanos, así como el interés que tenían por él le reanimaron por completo. Dio gracias a Dios y tomó valor; sus antiguos sentimientos volvieron con fuerza, y cuando en compañía de estos amigos llegó a aquella altura de los montes Albani, desde donde se obtiene la primera vista de la ciudad, su corazón se ensanchó con la anticipación de la victoria; porque sabía que llevaba en su pecho la fuerza que cautivaría a la orgullosa ciudad. No fue con el paso del prisionero, sino con el del conquistador, que pasó por las puertas de la capital. Su camino tenía que ser precisamente aquella Vía Sacra por la que tantos generales romanos habían pasado en triunfo para dirigirse al Capitolio, sentados en un carro de victoria, seguidos por los prisioneros y despojos del enemigo, y en medio de las aclamaciones de la entusiasta Roma. Pablo no se parecía mucho a tales héroes. Ningún carro de victoria le llevaba; andaba con sus pies, lastimados por el camino. No iba adornado con medallas ni ornamentos; una cadena de hierro colgaba de sus puños. Ninguna multitud entusiasta festejaba su llegada, unos cuantos amigos humildes formaban toda su escolta. Sin embargo, nunca pisó el suelo de Roma un conquistador más verdadero; ni pasó jamás bajo sus puertas un corazón más confiado en la victoria.

Primera prisión en Roma y la dilación del proceso

Mientras tanto, sus pasos no se dirigían al Capitolio, sino a una prisión; y estaba destinado a quedar en ella mucho tiempo, pues su proceso no vino hasta después de dos años. Las dilaciones de la ley han sido proverbiales en todos los países y en todas las épocas; y la ley de la Roma

imperial no era fácil que estuviera libre de este reproche durante el reinado de Nerón, hombre tan frívolo que cualquier compromiso de placer, o cualquier capricho, era suficiente para apartarle del negocio más importante. A decir verdad, la prisión fue del carácter más suave. Puede haber sido que el oficial que le trajo a Roma haya dado buenos informes en favor del hombre que le salvó la vida durante el viaje; o puede haber sido el oficial bajo cuya jurisdicción quedó y a quién se conoce en la historia profana como hombre de justicia y humanidad, el que haya tomado informes en este caso y formado una opinión favorable de su carácter. Pero de todas maneras, se le permitió a Pablo alquilar una casa por sí mismo y vivir en ella en completa libertad, con la única excepción de que debía cuidarle constantemente un soldado que tenía la responsabilidad de él.

Ocupaciones de una prisión

Esto estaba muy lejos de la condición que habría deseado un espíritu tan activo. El habría querido andar de sinagoga en sinagoga en la inmensa ciudad, predicando en las calles y en las pías/as, y fundando congregación tras congregación entre este numeroso pueblo. Otro hombre así arrestado en medio de una carrera de incesante movimiento, y encerrado dentro de las paredes de una prisión, pudo haber permitido a su mente estancarse en la inactividad y la desesperación. Pero Pablo se ocupó de una manera distinta enteramente. Valiéndose de todas las posibilidades de la situación, convirtió su propio cuarto en un centro de extensa actividad y beneficencia; en los pocos pies cuadrados de superficie que le estaban permitidos, fijó el punto de apoyo de una palanca con que movió el mundo, y estableció dentro de los muros de la capital de Nerón una soberanía más extensa que la de aquel monarca.

Aun la circunstancia más tediosa de su suerte se volvía buena. Esta era el soldado que le vigilaba. Para un hombre del temperamento fogoso y activo de Pablo esto debe haber sido a menudo una molestia intolerable; y en verdad, en las cartas que escribió durante su prisión frecuentemente habla de sus cadenas, como si nunca hubiera podido apartar él esta idea de la mente. Pero no permitió que esta irritación le quitara la oportunidad de hacer el bien que las circunstancias le presentaban. Por supuesto, su vigilante se cambiaba a ciertas horas, pues un soldado relevaba a otro en la guardia. De esta manera tal vez haya habido seis u ocho con él cada veinticuatro horas. Pertenecían a la guardia imperial, la flor del ejército romano. Pablo no podía sentarse horas enteras al lado de otro hombre sin hablarle del asunto que estaba más cerca de su corazón. Les habló a estos soldados acerca de sus almas inmortales, y de la fe en Cristo. Para hombres acostumbrados a los horrores de la guerra romana y a las maneras de los cuarteles romanos, nada podía ser más admirable que una vida y carácter como los de él; y el resultado de estas conversaciones fue que muchos de ellos se volvieron hombres cambiados, y un avivamiento se extendió por entre los cuarteles y penetró hasta la servidumbre de la casa imperial. El cuarto del apóstol estaba algunas veces lleno de hombres de rostro severo y como de

bronce, contentos de verle a otras horas que en aquellas en que la obligación los forzaba a estar allí. El simpatizó con ellos, y entró en el espíritu de su ocupación; en realidad estaba lleno del espíritu guerrero. Tenemos una imperecedera reliquia de estas visitas en una arenga de elocuencia inspirada que le dictó este período: "Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Por tanto, tomad toda la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y habiendo acabado todo estar firmes. Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y vestidos con la *coraza* de justicia; y calzados los pies con el apresto del evangelio de la paz. Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Y tomad el yelmo de la salvación, y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios". Esta figura fue tomada de la armadura de los soldados que asistían a su cuarto, y tal vez estas vivas sentencias fueron escuchadas por sus guerreros auditores antes de que hubieran sido transferidas a la epístola en que están conservadas.

Sus guardias convertidos

Pero tenía otros visitantes. Todos los que tenían interés en el cristianismo en Roma, judíos y gentiles, se reunieron con él. Tal vez no hubo un día, de los dos años que duró su prisión, en que no haya tenido estas visitas. Los cristianos de Roma aprendieron a ir a este cuarto como a un oráculo. Muchos maestros cristianos afilaron allí su espada; y se difundió una nueva energía por los círculos cristianos de la ciudad. Muchos padres ansiosos trajeron a sus hijos, muchos amigos a sus amigos, esperando que una palabra de los labios del apóstol despertara la conciencia dormida. Muchos hombres errantes, que vagaban por allí por casualidad, se volvieron hombres nuevos. Tai fue Onésimo, un esclavo de Colosas, que llegó a Roma habiendo huido de su dueño, pero que fue mandado otra vez a su amo Filemón, no ya como un esclavo, sino como un hermano amado.

Visitas de ayudantes apostólicos

Venían visitas todavía más interesantes. En todos los períodos de su vida ejerció una fuerte fascinación sobre los jóvenes. Ellos eran atraídos por el alma varonil que encerraba, en la cual encontraban simpatía para sus aspiraciones e inspiración para el más noble trabajo. Estos jóvenes amigos, que estaban esparcidos por todo el mundo en la obra de Cristo, lo visitaban en regular número en Roma. Timoteo y Lucas, Marcos y Aristarco, Tíquico y Epafras, y muchos otros venían a beber de este fresco e inagotable manantial de vigor y de sabiduría. Y él los mandaba otra vez para llevar mensajes a sus iglesias o traer noticias de sus circunstancias.

Mensajeros de sus iglesias

Nunca cesó de pensar en sus hijos espirituales que tan distantes se encontraban. Diariamente vagaba su imaginación por los valles de Galacia y a lo largo de las costas de Asia y Grecia; todas las noches hacía oración por los cristianos de Antioquía y Efeso, de Filipos, Tesalónica y Corinto. No faltaban pruebas agradables de que ellos también hacían recuerdo de él. De vez en cuando aparecía en su alojamiento un delegado de alguna iglesia distante que traía las saluciones de sus convertidos, o tal vez un auxilio para subvenir a sus necesidades temporales o pedir su decisión sobre algún punto de doctrina o sobre alguna práctica acerca de la que se hubieran levantado ciertas dudas. Estos mensajeros no volvían vacíos: llevaban mensajes escritos de todo corazón, o palabras áureas de consejo de su amigo apostólico. Algunos de ellos llevaban más aún. Cuando Epafrodito, delegado de la iglesia de Filipos que había mandado a su padre en Cristo un ofrecimiento amoroso, volvía a su iglesia, Pablo mandó con él en reconocimiento a su bondad la Epístola a los filipenses, la más hermosa de todas sus cartas, en la cual pone de manifiesto su corazón desnudo, y en cada sentencia brilla un amor más tierno que el de una mujer. Cuando el esclavo Onésimo fue mandado otra vez a Colosas, recibió como el ramo de paz para ofrecer a su amo, la exquisita y pequeña Epístola a Filemón, monumento inapreciable de la cortesía cristiana. Llevó también una carta dirigida a la iglesia de la ciudad en donde vivía su amo, la Epístola a los colosenses. La composición de estas epístolas fue con mucho la parte más importante de la variada actividad de Pablo en la prisión; y coronó este trabajo escribiendo la Epístola a los efesios, que es tal vez el libro más profundo y más sublime que el mundo haya conocido. La iglesia de Cristo ha derivado muchos beneficios de las prisiones de los siervos de Dios; el libro más grande de genio religioso no inspirado, "El Viador", fue escrito en una cárcel; pero nunca vino a la iglesia mayor bendición con el disfraz de la desgracia, que cuando el arresto de las actividades corporales de Pablo en Cesárea y Roma le suministró el reposo que necesitaba para alcanzar las profundidades de la verdad sondeadas en la Epístola a los efesios.

Sus escritos

Puede haber parecido una oscura dispensación de la Providencia a Pablo, que el curso de la vida que había llevado se hubiera cambiado tan completamente; pero los pensamientos de Dios son más altos que los del hombre, y sus caminos más altos que los de éste; y él dio a Pablo gracia para dominar las tentaciones de su situación y hacer mucho más en su inactividad forzada por el bienestar del mundo y la estabilidad de su propia influencia, que lo que había podido hacer en veinte años de trabajo misionero. Sentado en su prisión, reunió en su corazón simpático los suspiros y las tristezas de millares de hombres, y desde sus fuentes inagotables de amor difundió valor y auxilio en todas direcciones. Su mente se sumergía más y más en el pensamiento solitario hasta que, hiriendo la roca en la oscura profundidad a que había llegado, dio origen a corrientes que todavía alegran la ciudad de Dios.

Últimas escenas

El libro de los Hechos cesa repentinamente después de haber dado un breve resumen de los dos años de la prisión de Pablo en Roma. ¿Es que no había nada más que decir? Cuando vino su proceso, ¿resultó en su condenación y muerte? ¿O fue puesto en libertad y volvió a sus antiguas ocupaciones? Cuando la narración lúcida de Lucas nos deja tan de improviso, la tradición viene a ofrecernos su inseguro auxilio. Nos dice que fue absuelto en su proceso y fue puesto en libertad; que volvió a sus antiguos viajes y visitó a España, entre otros lugares; pero que poco tiempo después fue de nuevo aprisionado, y vuelto a mandar a Roma, donde murió como tantos otros mártires en las manos crueles de Nerón.

Por fortuna, sin embargo, no dependemos enteramente de la ayuda precaria de la tradición. Tenemos escritos de Pablo indudablemente posteriores a los dos años de su primera prisión. Estas son las epístolas llamadas pastorales: las Epístolas a Timoteo y a Tito. Por estos escritos vemos que obtuvo su libertad y asumió de nuevo su empleo de visitar sus antiguas iglesias y fundar otras nuevas. Después de esto sus pasos no pueden seguirse ya, en realidad, con certidumbre. Lo encontramos otra vez en Efeso y Troas; lo encontramos en Creta, una isla en donde hizo escala durante su viaje a Roma, y en la cual quizá tomó interés; lo encontramos también explorando nuevos territorios en el norte de Grecia. Lo vemos una vez más como el jefe de un ejército que manda a sus edecanes por el campo de batalla, enviando a sus jóvenes ayudantes a organizar y vigilar las iglesias.

Su libertad y Nuevos viajes

Pero esto no había de durar mucho. Había tenido lugar un evento inmediatamente después de haber sido puesto en libertad, que no podía menos de tener influencia en su destino. Este fue el incendio de Roma: espantoso desastre, cuyo fulgor siniestro, aun a esta distancia, hace estremecer el corazón. Probablemente fue un capricho loco del malicioso monstruo que entonces llevaba el manto imperial. Pero Nerón vio la oportunidad de atribuirlo a los cristianos, e instantáneamente se desató contra ellos la más atroz persecución. Por supuesto, la fama del suceso pronto se extendió por el mundo romano; y no era probable que el más notable apóstol del cristianismo pudiera escapar por mucho tiempo. Todo Gobernador pensó que no podía prestar un servicio más agradable al Emperador que remitirle a Pablo encadenado.

Segunda prisión en Roma

Por consiguiente, no mucho tiempo después, Pablo estaba de nuevo aprisionado en Roma; pero esta vez no fue una prisión ligera, sino la peor dispuesta por la ley. No había grupos de amigos que ahora llenaran su habitación, porque los cristianos de Roma habían sido asesinados y esparcidos, y era peligroso para cualquiera llamarse cristiano. Tenemos una carta escrita desde su calabozo, la última que escribió, la segunda Epístola a Timoteo, la cual nos suministra una ligera idea de indecible elocuencia de las circunstancias del prisionero. Nos dice que una parte de su prueba ha terminado ya. Ni un amigo queda a su lado, cuando ve al tirano, sediento de sangre, que ocupa el tribunal de juez. Pero el Señor le acompañaba y le capacitaba para hacer escuchar al Emperador y a los espectadores de la concurrida basílica la voz del evangelio. El cargo contra él se había nulificado; pero no tenía esperanza de escapar. Todavía debían de venir otros trámites del proceso, y sabía que las pruebas para condenarlo serían descubiertas o inventadas. La carta denuncia la miseria de su calabozo. Le ruega a Timoteo que le traiga una capa que había dejado en Troas, para defenderse de la humedad de la prisión y del frío del invierno. Pide sus libros y pergaminos, para poder aliviar el tedio de las horas solitarias con el estudio que siempre había amado. Pero sobre todo, suplica a Timoteo que venga él mismo, porque estaba anhelando sentir el toque de una mano amiga, y ver el rostro de un amigo, siquiera una vez antes de morir. ¿Había sido por fin conquistado el bravo corazón? Leed la epístola y veréis. ¿Cómo comienza? "Asimismo padezco esto: mas no me avergüenzo; porque yo sé a quién he creído, y estoy cierto que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día". ¿Cómo concluye? "Yo ya estoy para ser ofrecido, y el tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida". Esta no es la queja del vencido.

Proceso y muerte

Poca duda hay de que haya aparecido nuevamente ante el tribunal de Nerón, y esta vez la acusación no haya sido nulificada. En toda la historia no hay una ilustración más notable de la ironía de la vida humana que esta escena de Pablo ante el tribunal del déspota romano. En el tribunal como juez, ataviado con la púrpura imperial, estaba sentado un hombre que en un mundo malo había ganado la nota del ser peor y más miserable que existía: un hombre manchado con toda clase de crímenes, el asesino de su propia madre, de sus esposas y de sus más adictos bienhechores; un hombre cuyo ser entero estaba empaquetado de tal manera en todos los vicios imaginables que su cuerpo y alma no eran, como alguien dijo en su tiempo, más que un compuesto de lodo y sangre; y en el banco del acusado estaba el mejor hombre que el mundo poseía, con sus cabellos emblanquecidos por sus trabajos para el bien de sus semejantes y la gloria de Dios. Tal era el ocupante del lugar de la justicia, y tal el hombre que estaba colocado en el lugar del criminal.

Concluyó el proceso y Pablo fue condenado y entregado en manos del verdugo. Fue conducido fuera de la ciudad, con una multitud de la peor gente siguiéndole. Se llegó al sitio fatal; se arrodilló junto al tajo; el hacha del verdugo brilló al sol y cayó; y la cabeza del apóstol del mundo rodó por el polvo.

Epilogo

Así cometió el pecado su peor mal. Sin embargo, cuán pobre y vano fue su triunfo! El golpe del hacha solamente rompió la cerradura de la prisión y dejó al espíritu ir a su hogar y a su corona. La ciudad falsamente llamada eterna lo arrojó con execración de sus puertas; pero miles de miles le dieron la bienvenida en la misma hora a las puertas de la ciudad que realmente es eterna. Aun en la tierra no era posible que Pablo pereciera. El vive entre nosotros hoy con una vida cien veces más influyente que aquella que latía en su cerebro mientras la casa terrena, que le hacía visible, todavía estaba padeciendo en la tierra. Dondequiera que los pies de los que publican las buenas nuevas pisen sobre las montañas, él va a su lado como un inspirador y un guía; en miles de iglesias cada domingo, y en miles de hogares cada día sus elocuentes labios enseñan aún ese evangelio del que nunca se avergonzó. Dondequiera que haya almas humanas buscando la blanca flor de la santidad o escalando las difíciles alturas de la abnegación, allí él, cuya vida fue tan pura, cuya devoción a Cristo fue tan completa, y cuyo afán de alcanzar un propósito único fue tan incesante, es bienvenido como el mejor de los amigos.